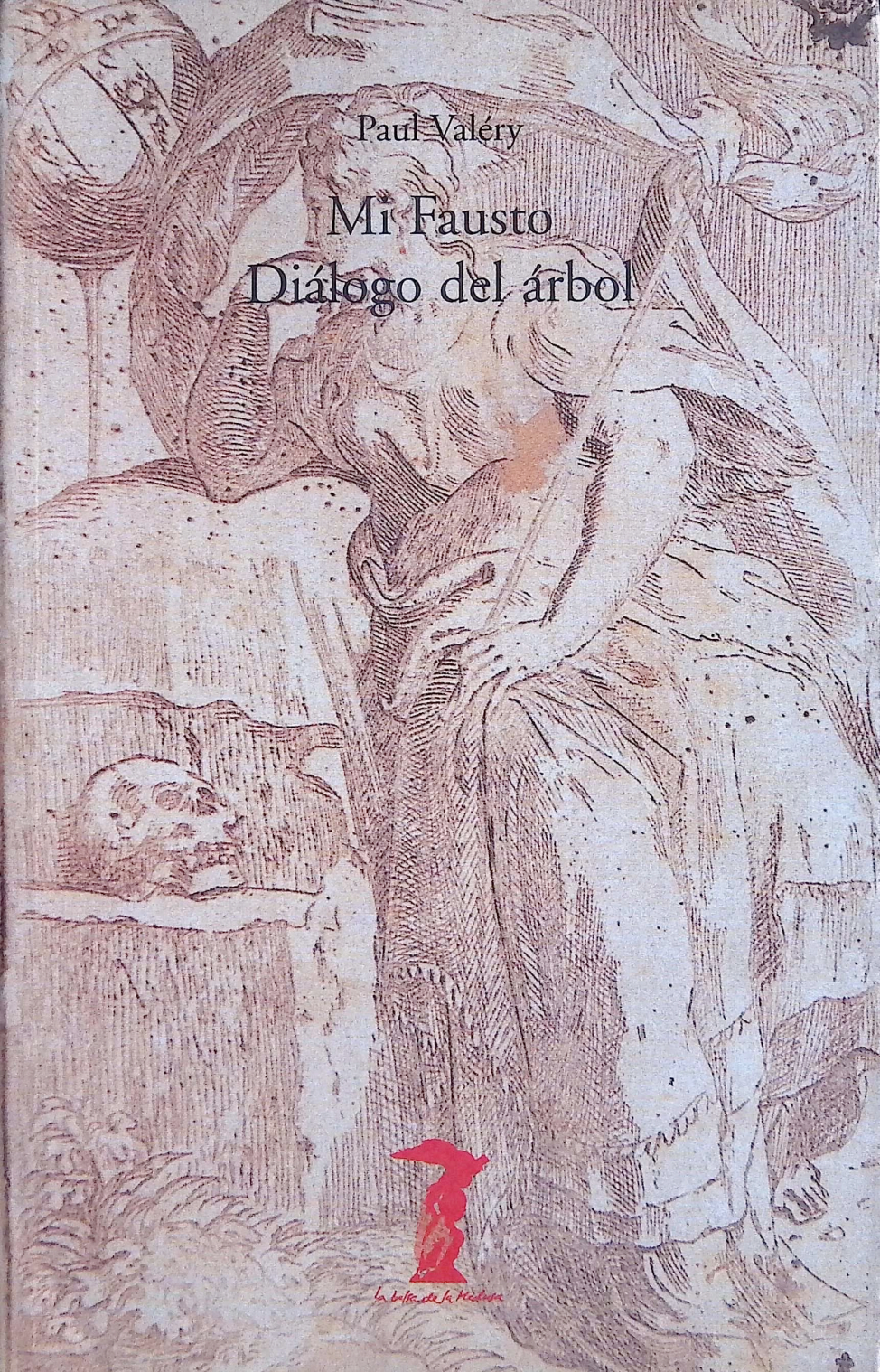
Paul Valéry

Mi Fausto
Diálogo del árbol



La balsa de la Medusa

Ant Machado Libros

www.machadolibros.com

Mi Fausto
(Esbozos)
Diálogo del árbol

Traducción de
José Luis Arántegui

Del mismo autor
en **La balsa de la Medusa:**

4. *Escritos sobre Leonardo da Vinci*
18. *La idea fija*
39. *Teoría poética y estética*
62. *Estudios filosóficos*
64. *Escritos literarios*
98. *Monsieur Teste*
100. *Piezas sobre arte*
110. *Eupalinos o el arquitecto. El alma y la danza*

Paul Valéry

Mi Fausto
(Esbozos)
Diálogo del árbol

La balsa de la Medusa, 134

Colección dirigida por
Valeriano Bozal

Título original: *Mon Faust - Dialogue de l'arbre*
© Éditions Gallimard, 1946
© de la presente edición, A. Machado Libros, S.A., 2003
C/ Labradores, s/n. P. I. Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 84-7774-634-6
Depósito legal: M-47.446-2003

Visor Fotocomposición
Impreso en España - *Printed in Spain*
Gráficas Rógar, S.A.
Navalcarnero (Madrid)

Índice

Mi Fausto (Esbozos) 11

Lust. La dama de cristal 17

El solitario. Maldiciones de universo 113

Apéndice. *Le solitaire* (pasajes en verso) 139

Diálogo del árbol 149

Mi Fausto
(Esbozos)

Al lector
de buena fe y mala voluntad

El personaje de Fausto y su espantoso compinche tienen derecho a cualquier reencarnación.

El acto genial de recogerles hechos unos títeres de la feria o de la leyenda, y llevarles, como por efecto de su propia temperatura, al más alto grado de existencia poética, parece que hubiera de prohibir para siempre a cualquier otro empresario de ficciones tomarles por sus nombres y obligarles a moverse y manifestarse en nuevas combinaciones de sucesos y palabras.

Mas nada demuestra la potencia de un creador con mayor certeza que la infidelidad o insumisión de su criatura. Cuanto más viva la ha hecho, más libre. Aun su rebelión enaltece a su autor: Dios lo sabe...

El creador de estos dos, de Fausto y del Otro, los engendró tales que vinieran a ser después de él instrumentos del espíritu universal: desbordan de lo que en su obra fueron. Él les dio antes «empleos» que papeles; los consagró para siempre a expresar ciertos extremos de lo humano y lo inhumano; y así, los desvinculó de cualquier aventura particular. De modo que me he atrevido a servirme de ellos.

Tantas cosas han cambiado en este mundo desde hace cien años, que bien podía uno dejarse seducir por la idea de sumergir en este espacio nuestro, tan diferente de aquel de los primeros lustros del siglo XIX, a los dos famosos protagonistas del *Fausto* de Goethe.

Entonces, cierto día de 1940, me sorprendí hablando a dos voces, y me dejé llevar a escribir cuanto venía. De manera que así, con presteza y sin plan, lo confieso, sin cuidarme de acciones ni dimensiones, esbocé los actos que

aquí ofrezco de dos piezas muy diferentes, si es que lo son. Veladamente, me encontraba algo así como el vago propósito de un tercer Fausto, que podría comprender un número indeterminado de obras más o menos hechas para el teatro: dramas, comedias, tragedias o fantasías escénicas, según la ocasión; verso o prosa, según el humor; producciones paralelas, independientes, que yo sabía, empero, que jamás existirían... Pero así es como de escena en escena, de acto en acto, se compusieron estas tres cuartas partes de *Lust* y esos dos tercios del *Solitario* reunidos en este volumen.

P. V.

LUST[1]
La dama de cristal
(*Comedia*)

[1] Placer, en alemán; recuerde el lector que también Faust es nombre común en esa lengua: vamos a oir al Dr. Puño y la Srta. Gusto. Por no mentar a Mefistófeles.

ACTO PRIMERO
Gabinete de trabajo de Fausto

ESCENA PRIMERA
Al levantarse el telón, FAUSTO *y* LUST *riéndose a carcajadas.*

FAUSTO.–¡Basta, Lust! ¡Vale ya! ¡Aquí no se ríe! (*Ella deja de reír.*) ¡Si usted supiera lo que es la risa! (*Ella vuelve a reírse a más y mejor.*) ¡Basta le digo... basta! Es insoportable. O váyase usted a reír al jardín...

LUST.–Perdón, Maestro.

FAUSTO.–¿Y de qué se reía?

LUST.–Pues... una idea que tenía.

FAUSTO.–¿Qué idea?

LUST.–(*Nuevo ataque de risa.*) Una hi... hi... idea... (*Deja de reir.*) Fíjese, ¿pero usted ha visto?... una idea... no sabría cómo contársela... lo primero, que seguro que no es del todo una idea; y luego, que me noto que me volverá a entrar la risa, como me ponga otra vez con esa cosa del espíritu que me hace cosquillas por todo el bicho... No se crea, que a mí no me gusta esto de reír... ¡hace un daño!...

FAUSTO.–Y a mí me aburre, y pierdo el tiempo esperando que a usted se le agote su carga de potencia pueril...

LUST.–Perdón, Maestro... Un poco es culpa suya. Demasiado sé yo lo que es reír. El otro día, me dictó usted que

reír es rehusarse a pensar, y que el alma se desembaraza de una imagen que le parece imposible, o inferior a la dignidad de su función... igual que hace... el estómago, con todo aquello de lo que no quiere asumir responsabilidades, y por el mismo procedimiento, una convulsión grosera.

FAUSTO.–¿Y qué, no es verdad? ¿Y no es muy notable que alma y estómago recurran por igual a la fuerza bruta para... rechazar?

LUST.–Sí, pero reír es menos repugnante.

FAUSTO.–Eso depende de quién se ría... Bueno... ¿y su idea?

LUST.–Perdón, Maestro... Resulta que hace un momento, de repente, estaba pensando otra vez en su hermosa definición... no sé qué es lo que ha dicho que me ha hecho pensar en ella; y mira por dónde, al llegar a las palabras «convulsión grosera», algo, no sé bien qué, ha querido que yo me riera, ¡y ya, hecho...! Inútil resistirse. Y más, cuando a cada pausa yo misma me decía convulsión grosera, convulsión grosera... ¡Ésta, para el Maestro: aquí tiene una convulsión grosera que observar!... ¡Qué tontería... qué tontería!...¡Y me reía!

FAUSTO.–¡Está bien, ríase, ríase! (*Ella ríe.*) ¿Sabe que como convulsión grosera no está nada mal... enseña usted unos dientes pero que muy blancos, señorita, y ese bello desorden, esa hermosa agitación con que su cuello desmandado se bate en retirada, podría hacer cundir una de esas deserciones del pensamiento que llevan muy lejos... Guárdese usted de reír delante del primero que pase.

LUST.–Pero dicen que la risa desarma...

FAUSTO.–Pero lo que no dicen es que está inerme.

LUST.–Perdón, Maestro, perdón otra vez. No lo haré más.

FAUSTO.–Estoy tan seguro de eso como usted. Vale. ¿Está dispuesta a concederme un poco de trabajo? Bien. Retomemos lo que le dicté ayer.

LUST.–¿Las memorias, o el tratado?

FAUSTO.–Ya le he explicado, ayer mismo, que estaba haciendo de las dos una sola obra.

LUST.–No le había entendido. Es que a veces su espíritu se eleva tan deprisa y tan alto que...

FAUSTO.–No está aquí para entender, pequeña. Está para escribir lo que yo le dicte, releerme lo dictado, y aparte de eso... aparte de eso, para no resultar desagradable al mirarla sin reflexionar ¿Entiende?

LUST.–Como no estoy aquí para entender...

FAUSTO.–Entienda lo que le digo, y no se meta a entender lo que le dicto, ¿está claro? ¿O es que hay que explicárselo?: le dicto lo que pienso. Mientras pienso, mientras espero a mi pensamiento... o alguna palabra más afortunada que la más afortunada de las ya venidas, conviene que mis ojos estén ocupados en algún objeto particularmente propicio, en el que se queden prendidos y se entretengan inocentemente, como la mano que distraída halaga y acaricia, bien lejos del espíritu, cualquier cosa, un adorno o un marfil que le son familiares...

LUST.–Soy yo, Maestro, la que se siente halagada por desempeñar este papel, tan honroso y modesto, de objeto particularmente propicio para hacer discretamente que la máquina de sus pensamientos marche con suavidad... Pero ¿no cree usted que a esa mano distraída le resultaría de verdad más agradable acariciar una bonita gata, dulce y tibia, que un marfil, que es duro y frío?

FAUSTO.–¿Una gata? ¡Dulce, y tibia! ¡La idea no es absurda! Pero no abuse de ella... ¡Vamos, a trabajar!... Primera-

mente, he de repetirle la economía de mi proyecto, para que no cometa más errores con el orden de los fragmentos. Capte bien mi propósito general: puedo escribir mis memorias... por otra parte, puedo componer diversos tratados sobre temas varios. Pero eso justamente es lo que no quiero hacer, y lo que me aburriría hacer. Y además, lo encuentro una especie de falsificación, eso de separar el pensamiento, aun el más abstracto, de la vida, aun la más...

LUST.–¿...viva?

FAUSTO.–Digamos la más vivida... Así es que he resuelto insertar pura y simplemente, tal como me vinieron, mis observaciones, especulaciones y tesis en el relato, francamente asombroso, de cuanto aconteció y de mi trato con hombres y cosas...

LUST.–¿Con hombres nada más?

FAUSTO.–Y mujeres, sin duda.

LUST.–¿Hombres y mujeres nada más?

FAUSTO.–Y algunos otros personajes de alto rango, o de muy bajo, que ni son hombres ni mujeres.

LUST.–Entiendo... He oído decir que toda persona extremadamente superior no era de ningún sexo, o de los dos.

FAUSTO.–Venga, vuelva a leerme ese comienzo.

LUST.–(*Coge su cuaderno y lee.*) «Tratado de la Aristía. La aristía es el arte de la superioridad...»

FAUSTO.–¡Que no!... la aristía no debe aparecer hasta el capítulo décimo, o undécimo...

LUST.–(*Coge otro cuaderno.*) Perdón... ¿Entonces será esto... (*lee*) «Eros energúmeno...»?

FAUSTO.–¿Pero qué dice?... ¿Qué título es ése?...

LUST.–Me lo habrá dictado usted. Yo leo lo que pone. Igual he oído mal.

FAUSTO.–¿Eros energúmeno?... ¡Eso es imposible! ¿Eros energúmeno?... Eso no es mío. Pero no está mal. Sea fruto del azar, trabuque mío, o distracción suya, me gusta: ¡me lo quedo! Eros energúmeno, Eros como fuente de una energía extrema... ¡Ya estoy viendo lo que puedo sacar de ahí! Sí. Con que apúnteme ese título en un papel rosa... Toda una bacanal de ideas se agita en mí tras esas dos palabras. Para qué más: ¡Eros energúmeno!... Algún día encontraremos el tesoro del que son la clave... ¡Venga!

LUST.–Apuntado... Esto sí que es el genio...

FAUSTO.–¿A que sí?... Ya ve que simple. Se trata de ser sensible a cualquier azar. Venga, encuéntreme ya de una vez el comienzo de mis memorias.

LUST.–¡Ah!, esta vez sí que lo tengo. Aquí está... (*lee*) «Memorias de mí, por el profesor doctor Faustus, miembro de la academia de ciencias muertas, etc. Héroe de varias obras literarias reputadas...»

FAUSTO.–El título está bien... Añada: «literarias y musicales muy reputadas...». Sigamos.

LUST.–«Al lector de buena fe y mala voluntad...»

FAUSTO.–Es el lector ideal... Lo pondré en latín... Déle...

LUST.–(*Lee.*) «Tanto se ha escrito sobre mí que ya no sé quién soy. Ciertamente no he leído todas esas obras, tan numerosas, y sin duda hay más de una cuya existencia ni siquiera me ha sido señalada. Pero aquellas de que he tenido conocimiento me bastan para darme una idea singularmente rica y múltiple de mi propio destino. De suerte que puedo escoger libremente lugar y fecha de nacimiento entre varios millares, todos igualmente ates-

tiguados por documentos y testimonios irrefutables, producidos y discutidos por críticos equivalentemente eminentes. De manera semejante, con el corazón en la mano me cabe dudar si he estado casado o no, si una o varias veces; si mi esposa tuvo una conducta conforme a la costumbre...» Perdón, Maestro, pero esto es un poco... ambiguo...

FAUSTO.–En mí, todo debe serlo... Por lo demás, la costumbre es lo que uno quiera, en materia de conducta... Siga.

LUST.–(*Lee.*) «... conforme a la costumbre o a la naturaleza; y otro tanto ocurre con mis modales, de los que se puede y se debe decir todo, ya que soy un hombre célebre...». ¿De verdad?

FAUSTO.–Sin duda... son las otras caras de la gloria. Siga.

LUST.–(*Lee.*) «De todo ello resulta que mi vida, tal como la recuerdo, se entremezcla con todas esas vidas no menos imaginarias, pero tampoco menos auténticas, que se me han atribuido. Poco importa. Eso es lo que yo soy...» Es maravillloso... Decir que existe... y que es todo usted.

FAUSTO.–¿Y usted que sabrá...? Siga.

LUST.–(*Lee.*) «Poco importa. Eso es lo que yo soy. El pasado no es más que una creencia. Una creencia es una abstención de las potencias de nuestro intelecto, al que repugna formarse todas las hipótesis concebibles sobre cosas ausentes y darles a todas igual fuerza de verdad. Pero jamás me abstuve de dar forma así a lo que debía ser mi historia; y por consiguiente yo, propiamente hablando, no tengo pasado. Lo que he hecho, lo que he querido hacer, lo que hubiera podido hacer, están ante mí en estado de ideas igualmente vivas; y me encuentro capaz por igual de cada una de las aventuras que mi memoria me presenta o me prestan mis biográfos con tal generosidad. Con todo...»

FAUSTO.–¿Con todo...?

LUST.–Es todo. Aquí se paró... Vinieron a recordarle la hora de la gran cena de gala con el Ministro de la Intelectualidad. Tuvo que ponerse ese traje suyo tan bonito, con la espada, y las cintas, y las plumas, y las estrellas... Estaba usted magnífico de verdad, ¡un auténtico príncipe de las ideas!

FAUSTO.–¡Las he hecho esclavas mías!... Dígame: ¿no encuentra todo esto bastante abstracto, jovenzuela?

LUST.–¿Le tengo que decir la verdad?

FAUSTO.–Le dejo que escoja la mentira que le parezca más digna de ser la verdad.

LUST.–¡Ay, Maestro!, que yo no tengo tanto ingenio para poder escoger. Usted lo que quiere preguntar es si ese trozo no es demasiado abstracto, ¿y qué le voy contestar yo? Le confieso que casi no escucho lo que releo... Y cuando me dicta, siempre estoy pensando en otra cosa, mientras escribo.

FAUSTO.–¡Cómo...! Entonces ¿no puedo apoyarme en usted para nada?

LUST.–¡Al contrario, Maestro!... Si yo pensara en lo que me dicta, escribiría peor... Llegaría a mezclar cosas mías en su hermoso estilo.

FAUSTO.–Quizá quedara bastante bien... Pequeños arroyos de agua fresca en mi arena reseca... ¿Y qué se le viene en mente, por ejemplo?

LUST.–Oh... naderías. Naturalmente. Cualquier cosa. A veces preguntas indiscretas. No se puede estar cerca de usted sin pensar en un montón de cosas...

FAUSTO.–¿Como qué? Dígame un poco.

LUST.–No.

FAUSTO.–Sí. Yo quiero. Es preciso. Ya que le dicto mis memorias, me expongo a toda su curiosidad... ¡A propósito!, le prevengo... es mi deber prevenirla de que en estas memorias que he emprendido llegará con toda seguridad más de una página que quizá le resulte bastante embarazoso escuchar. Y aún más, releérmelo a continuación. Pero quiero dar la impresión de sinceridad más fuerte y más punzante que haya podido dar jamás libro alguno, y no se logra tan poderoso efecto sino cargando uno con todos los horrores, ignominias íntimas o experiencias execrables, ciertas o falsas, que un hombre pueda haber cavilado. No hay nada tan vil o tan tonto que no dé un toque de verdad a la historia de uno mismo. Por consiguiente, si sus castos oídos...

LUST.–¿Mis oídos?... ¡Pero cómo!, ¡hasta los oídos! Eso sí que no lo sabía... ¿Así que los oídos pueden no ser castos? ¡Mis lindas orejitas! Pero ¡vaya inventos! ¿Qué diantres se puede hacer con las orejas, aparte de un pequeño agujerito para las perlas...?

FAUSTO.–El hecho es que los oídos llaman a las perlas... Son encantadoras, esas pequeñas orejas... (*Coge una entre sus dedos.*) Maravillosamente desplegadas... Hechas para oír sin comprender, y para captar lo que no se dice. Estoy seguro de que ésta entiende muy bien lo que le estoy contando en este momento. (*Suelta la oreja.*) La naturaleza tiene cierta debilidad por las espirales nacaradas, con las que moldea raras joyas en la mar, y ese adorno que son los oídos a ambos lados de una cabeza bonita... Pero no, se trataba de algo muy distinto. Quería decirle que si no se siente segura, completamente segura de que no le va a molestar ni a chocar... ni a interesar... ni a interesarle demasiado lo que le dicte, será mejor para usted y para mí que vaya pensando en un empleo menos expuesto para sus talentos...

LUST.–Maestro, si entiendo lo que me dicte, puedo oírlo, y si no lo entiendo...

FAUSTO.–Si no lo entiende, intentará entenderlo; y eso es lo peor, con mucho. ¿Quién sabe qué se inventará? Los inocentes son terribles. Usted misma me dice que ya le vienen a la mente preguntas indiscretas, y eso que aún no le he dictado nada que no sea perfectamente puro.

LUST.–¿Mis preguntas, Maestro? La verdad, no había más que una...

FAUSTO.–Diga.

LUST.–¡Oh, no...! Jamás me atrevería...

FAUSTO.–Sí. Yo lo quiero. Lo ordeno. Hay que llegar hasta el final. Hasta el final, sin el que...

LUST.–¿Sin el que qué...?

FAUSTO.–Sin el que todo el resto de sus pensamientos que se reserve para usted le pesará en el corazón, mientras la sensación de su reticencia quizá se propague a mi espíritu. Y desde ese momento se acabó la confianza, y nuestro trabajo se resentirá. Pero a mí, por el contrario, me gustaría tanto tener la certeza de una confianza plena y clara entre nosotros, tener por secretaria una dama de cristal...

LUST.–¡Qué título más bonito! ¡La Dama de Cristal! Y además suena a apellido, un hermoso apellido: Lust de Cristal... La vizcondesa Lust de Cristal... Se pueden firmar novelas.

FAUSTO.–En fin, ¿lo quiere usted? ¿Se lo queda? Pues bien, ¡merézcalo! Sea transparente. Hable. Contésteme.

LUST.–Bueno, ya que es necesario.... ya que usted lo exige... ya que debo ser transparente... hablaré... le voy a preguntar... pero no me lo tome a mal... el espíritu sopla por donde quiere...

FAUSTO.–Error común. Sopla por donde puede, y lo que puede ¡Venga, hable!

LUST.–Pues bien, Maestro, ¿es verdad que ha tenido tratos con...?

FAUSTO.–¿El diablo? (*Lust asiente con una seña.*) Naturalmente. Como todo el mundo ¿Conoce usted a alguien que no haya tenido relaciones particulares con él? Es imposible. ¿Cómo hacer para no tenerlas? Haría falta no pensar, ni soñar, ni sentir... Mire, ¿qué hace usted en este momento, pequeña? Arde de ganas, joven Lust, arde por saber...

LUST.–Vaya, que sí le ha visto.

FAUSTO.–Así se ha dicho. Así se ha escrito. Hasta se ha cantado, y mucho. Tan dicho, tan escrito y tan cantado, que he acabado por creérmelo... Pero ahora... empiezo a no creerlo.

LUST.–¿Después de tres mil representaciones? ¿Y por qué?

FAUSTO.–Es que mi destino es dar la vuelta entera a todas las opiniones posibles, pasar por todos sus puntos, conocer sucesivamente todos los gustos y todos los ascos, y hacer y deshacer y rehacer todos esos nudos que son los sucesos de una vida... Ya no tengo edad... Y esta vida no estará acabada hasta que no haya acabado por quemar cuanto adorara, y adorar cuanto quemara.

LUST.–¡Pobres de las señoras que le amaron! Las habrá metido al horno del laboratorio.

FAUSTO.–Sería inútil. Con la vida basta. Además, la mujer tira mal. Hay que estar vigilando la combustión todo el tiempo, y mantener el hogar. Es muy costoso, y cansado.

LUST.–Eso de la vuelta entera a las opiniones me recuerda al médico de mamá. Durante diez años le quitó la sal, bajo

pena de muerte... Luego, se la volvió a poner; y estoy segura de que se prepara para desalarla otra vez, algún día. Pero... ¿y mi respuesta? Aún no la tengo... ¿de verdad le ha visto, lo que se dice ver? ¿Cómo es?

FAUSTO.–Pues lo que uno quiera. ¿Lo entiende?: lo que uno quiera. Todo lo que se quiere, se quiera lo que se quiera, siempre puede ser él.

LUST.–Sigo sin mi respuesta, Maestro... No tengo más que réplicas.

FAUSTO.–Y añadiré que se transforma en muchas cosas, bajo las cuales basta tener buen ojo para reconocerle. Fíjese, qué buen tiempo hacía ayer. Templado y suave, después de la tormenta... era él. Aquel pequeño banco al sol, que invitaba a cuanta languidez pueda proponer un banco suavemente dorado, y notablemente apartado, bajo unas hojas que lo acarician, eso es él. Cierto sabor a fresas, o más bien su recuerdo, aún más poderoso, sigue siendo él... Y usted misma, para perdición del paseante que se vuelve al pasar y ventea su vuelo... es él, Lust... él es usted misma.

(*Llaman.*)

LUST.–No, Maestro. Todo eso es literatura. Eso no es él.

FAUSTO.–¿Literatura? La literatura, ay, no siempre es él. Como se ha dicho a propósito de otra cosa, muy a menudo no tiene ni su encanto ni su profundidad... (*LLaman. Entra el Sirviente Típico.*) ¿Qué hay?

EL SIRVIENTE TÍPICO.–Señor profesor, es un señor.

FAUSTO.–¿Le ha dicho su nombre?

EL SIRVIENTE TÍPICO.–Es un señor que dice que era amigo del señor... es más bien grande, más bien flaco... No me he quedado con su nombre... habla con un acento curioso, más bien extranjero.

FAUSTO.–*(Declamando.)* Habla italiano con acento ruso...

EL SIRVIENTE TÍPICO.–No lo sé, señor.

FAUSTO.–Está bien. Hágale subir. (*A Lust.*) Señorita, sea tan amable de esperarme en el laboratorio, donde no vendría nada mal cierta idea de limpieza y una pizca de orden.

LUST.–Allí voy, Maestro. (*Aparte.*) ¡Es él!...

(*Exit.*)

ESCENA SEGUNDA

FAUSTO, MEFISTÓFELES, *en levita de clergyman, muy elegante, con orejas puntiagudas de cabrón.*

MEFISTÓFELES.–Esta pequeña especie es sumamente curiosa respecto al diablo ¿Es que había que venir de rojo y en cuernos, con los alerones, las garras y la cola?

FAUSTO.–Estás muy bien así...¡Y te sirves de una puerta para entrar...! ¡Y hueles que embalsamas, a fe mía!

MEFISTÓFELES.–¿A que sí? Una ínfima modificación en el clásico sulfuro, y voy difundiendo la flor más halagadora para el olfato.

(*Se instala tan guapamente sobre la mesa.)*

FAUSTO.–Sabes muy bien que los perfumes son lo más traicionero del mundo. Anuncian, esbozan y denuncian los más deliciosos deseos. ¡Quien se perfuma se ofrece! Un gran santo pretendía que los olores impiden meditar.

MEFISTÓFELES.–Eso que llevaremos ganado. La meditación es un vicio solitario, que cava en el aburrimiento un agujero negro que la idiotez viene a colmar. Yo le debo mucho a la meditación... ¿Qué hay que hacer con esta muchacha?

FAUSTO.–No corras tanto. No se trata de deshojar una nueva Margarita.

MEFISTÓFELES.–¿Le has prometido perlas?

FAUSTO.–Que no...

MEFISTÓFELES.–Aquí tienes. (*Abre la mano: cae una sarta de perlas.*)

FAUSTO.–Que no, que no... Tú escuchas cuanto se dice, pero he notado que a menudo lo entiendes todo torcido. Estás lleno de ideas preconcebidas.

MEFISTÓFELES.–Confieso que he tenido una bonita idea, de las mejor preconcebidas, cuando te he colado en tu barullo de papeles la cuartilla del Eros energúmeno.

FAUSTO.–Ese título es arrebatador ¿Me lo das?

MEFISTÓFELES.–¿Y qué quieres que haga? Cógelo... Saca el genio de tu genio malo. Pero no creo que nunca saques gran cosa de esas dos palabras mágicas... Han puesto demasiado nerviosa a la señorita. En cuanto a ti... ¡A ti!... ¡Tú, Eros energúmeno!... ja, ja, ja. (*Ríe.*) ¡Convulsión grosera... tú... ja, ja, ja!

FAUSTO.–Te repito que no se trata de un nuevo caso Margarita.

MEFISTÓFELES.–Espero sinceramente que el género se haya agotado. Ni tú ni yo, cada cual conforme a su natural, estamos ya para combinar un rejuvenecimiento suplementario con una virginidad complementaria. Aunque... siempre se puede pensar en ello... Yo siempre pienso en todo. Con que explícate, ya que me has invocado.

FAUSTO.–¿Yo?

MEFISTÓFELES.–Tú. Tú has pensado tres mil doscientas veces en tu viejo servidor desde hace ocho días, desde que

la señorita transparente está en tu casa. De bien lejos he sentido estremecerse la resonancia de la idea que tienes de mí... pero no he podido distinguir con qué fin. Tu docta cabeza es tan abstrusa, tan complicada, tan embrollada de raros conocimientos y tan penetrada de análisis extremos, petrificada por tantas contradicciones, tan hiperdelirante y extralúcida a un tiempo, que jamás sé a qué vas ni qué quieres, puesto que ni tú mismo lo sabes, con que yo no voy a saber de ti más que tú. Pero he percibido perfectamente, sin embargo, tres mil y doscientas veces, en ese caos de espíritu, cierto deseo o necesidad de verme; deseo o necesidad confusamente ligado con la Lust en cuestión. Yo también tengo orejas. De cabrón, se entiende, nada de perlas.

FAUSTO.–Puede que tengas razón. Tengo proyectos. El amor no viene al caso. En lo tocante a Lust, mis intenciones son simples y casi puras.

MEFISTÓFELES.–Una pizca de energúmeno, un esbozo de Eros...

FAUSTO.–No sé yo si tu bestialidad puede entenderme. Los espíritus son brutales como actos puros que son, por su misma esencia. ¿Puedes concebir que yo necesite a mi lado una amable devoción, una presencia dulce y complaciente, y muy cerca de ser tierna? E incluso... bastante tierna. Sí, la ternura sin más.

MEFISTÓFELES.–La ternura desnuda.

FAUSTO.–Que no... La ternura bastante bien vestida. Eso es todo. Nada de demostraciones excesivas. Nada de amor: demasiado bien sé que acaba en ruina, disgustos y desastres: ¡y es el frío, el odio, o la muerte quien da término a esos juegos de la carne o el corazón, quien ajusta las cuentas a las delicias! Pero te vuelvo a decir que no quiero más que una presencia dulce cerca de mi pensamien-

to, una asistencia sensible, y efectiva, pues Lust tendrá que trabajar bajo mis...

MEFISTÓFELES.–Bajo tus.

FAUSTO.–Guárdate tus idioteces. ¡Te digo que no eres más que un espíritu, y no hay espíritu ni genio que tenga ingenio! Ser no es tener.... En suma, que veo junto a mí a una persona relativamente seria en la alegría, y relativamente alegre en las cosas serias; relativamente tierna en el trabajo; relativamente hacendosa...

MEFISTÓFELES.–En las ternuras... ¿Por qué no pones un anuncio?

FAUSTO.–Pero si ya la tengo, estoy seguro.

MEFISTÓFELES.–De lo que yo estoy seguro es de que lo que tienes te tiene.... todo esto no me dice nada de qué es lo que pinto ahora en tu historia, ya tan cargada. ¿Qué me quieres? ¿Qué hago aquí? Tú ya no eres negocio; nuestras cuentas están saldadas. En cuanto a esa persona relativamente alegre y etcétera, llegará ella solita adonde tiene que llegar... irá corriendo. Es vano ocuparse de eso. ¿Y entonces?

FAUSTO.–Me puedes hacer cierto servicio.

MEFISTÓFELES.–Bien lo sé. Nunca se piensa en mí con ánimo desinteresado. He ahí la triste suerte de toda potencia verdadera. Se nos toma por servicio doméstico afecto a menesteres difíciles que requieren talentos sobrenaturales... Se invoca a los santos, o se convoca al diablo: ahí no se anda nadie con miramientos. Con que la gente se apañe su asunto, ni les preocupa si el socorro viene de arriba o de abajo.

FAUSTO.–Es justo. El hombre está a medio camino entre los dos. Pero aún no he terminado. Quisiera servirme de ti; pero en una empresa bien distinta de todas aquellas en que por lo general se te da empleo.

MEFISTÓFELES.–El mal es bueno para cualquier cosa.

FAUSTO.–¡Espera! Quisiera servirme de ti, pero quizá prestarte a la vez cierto servicio.

MEFISTÓFELES.–¿A mí?

FAUSTO.–Escucha. No te puedo ocultar que ya no ostentas en el mundo la posición tan alta que ocupaste antaño.

MEFISTÓFELES.–¿Tú crees...?

FAUSTO.–Te lo aseguro... ¡Oh, no hablo de tu volumen de negocios, ni siquiera de beneficios netos! Sino del crédito, la reputación, los honores...

MEFISTÓFELES.–Puede ser, puede ser...

FAUSTO.–Apenas das miedo. El Infierno ya no aparece más que en el último acto. Ya no rondas los espíritus de los hombres de estos tiempos. Cierto que quedan algunos grupitos de aficionados, y poblaciones atrasadas... Pero tus métodos están caducos, y tu físico resulta ridículo...

MEFISTÓFELES.–¿Y se te ha metido en la cabeza rejuvenecerme, acaso?

FAUSTO.–¿Por qué no? Cada quien a su turno.

MEFISTÓFELES.–Tentador...

FAUSTO.–Sobre todo me quiero divertir un poco. Es el medio que he encontrado para distraerme un poco de mí mismo. Haríamos intercambio de poderes.

MEFISTÓFELES.–Esto me desborda. ¿Osas pretender siquiera que yo pueda necesitarte?

FAUSTO.–Sé lo que me digo. Tú estás en la eternidad, mi querido diablo, y no eres más que un espíritu. De modo que no tienes ni sombra de pensamiento. No sabes dudar ni buscar. En el fondo eres infinitamente simple.

Simple como un tigre, que es pura omnipotencia a la hora de hacer presa, y que se reduce a un instinto de ladrón. Todo se lo debe a carneros y cabras: sus músculos y sus colmillos, sus astucias y su formidable paciencia. ¡Nada más hay en ti, devorador de almas que no sabes saborear! No dudes siquiera de que hay en el mundo otra cosa bien distinta del bien y el mal. No te lo voy a explicar. Serías incapaz de entenderme. Sólo te digo que puedes tener necesidad de alguien que piense y reflexione por ti. El puro espíritu, aun el impuro, es absolutamente incapaz.

MEFISTÓFELES.–Jamás se me ha hablado en ese tono. Al menos, desde... hace mucho. Dices que soy incapaz de pensamiento, yo que penetro todos los vuestros...

FAUSTO.–No. Tú te mueves como el rayo por los caminos más cortos de la naturaleza humana. Esos son los caminos del mal.

MEFISTÓFELES.–Todo eso está por ver... ¡Eres un personaje tan extraño! He conocido muy pocos que hayan sabido, querido y podido ponerse fuera del juego como tú. Han pasado entre mis uñas miles de millones de almas, y bien se hayan librado, bien se hayan quedado en ellas, lo que sí he observado es qué pequeño es, entre ese enorme número, el de los seres sin par. He visto diez mil Césares tan brillantes como Julio, y Platones, Sófocles, Arquímedes, Confucios y Praxiteles, a esgalla. Y no te digo nada de bellezas que se creyeron sin rival, virtuosas de primera magnitud, anacoretas desmedidos, y toda clase de artífices de algo sublime... Si supieras qué divertido y qué cómico es considerar una masa de gentes únicas, aglutinadas todas como abejas. Es una de las vistas más bonitas de mi casa. Cada cual se cree único en su valor, y sin duda ha hecho lo que hiciera falta para no tener semejante en su talento, gracia, violencia o profundidad. Allá

abajo, me basta con poner al genio con el genio de la misma especie para arrojar a la desesperación eterna a todos los orgullosos a lo grande, y mantenerles allí. Allí pasa con ellos como con el diamante, que con todo su resplandor se os haría semejante al vidrio si ese carbón recocido alfombrara las playas, o conocierais como yo las entrañas de los viejos volcanes. Si se supiera la sobreabundancia que hay de lo más raro, y la cantidad de hombres de primera fila por cada millar de siglos, el diamante del orgullo caería hasta cero... Pero tú sí me interesas. Tu caso –quizá– es muy particular.

FAUSTO.–Respiro.

MEFISTÓFELES.–Sí. No han podido retenerte ni el cielo ni el infierno. Se diría que has vomitado indistintamente la miel de sus promesas y la hiel de sus amenazas. Por eso es posible que me asombres, cosa sumamente asombrosa.

FAUSTO.–Bien, cerremos un trato...

MEFISTÓFELES.–Pero si no me has dicho nada...

FAUSTO.–Escucha: quiero hacer una gran obra, un libro...

MEFISTÓFELES.–¿Tú? ¿No te basta con ser un libro?

FAUSTO.–Tengo mis razones. Sería una íntima amalgama de mis recuerdos falsos y verdaderos, de mis ideas y previsiones, de hipótesis y deducciones bien sacadas, de experiencias imaginarias: ¡todas mis distintas voces! Se podrá coger en cualquier punto y dejar en cualquier otro.

MEFISTÓFELES.–Eso no es demasiado nuevo. Ya se ocupa cada lector.

FAUSTO.–Quizá no lo lea nadie; pero quien lo haya leído ya no podrá leer otro.

MEFISTÓFELES.–Se habrá muerto de aburrimiento...

FAUSTO.–Cállate... Quiero que esa obra esté escrita en un estilo de mi invención, que permite pasar y repasar a maravilla de lo raro a lo común, de la absoluta fantasía al extremo rigor, de la prosa al verso, y de la verdad más llana a los ideales más... más frágiles.

MEFISTÓFELES.–No conozco otros.

FAUSTO.–Un estilo, en fin, que abrace todas las modulaciones del alma y todos los saltos del espíritu; y que, como el espíritu mismo, a veces se recobre en lo que expresa para sentirse el que expresa, y que se haga reconocer como voluntad de expresión, cuerpo vivo del que habla, despertar del pensamiento que de golpe se asombra de haber podido confundirse por algún tiempo con algún objeto, por más que tal confusión sea precisamente su esencia y su papel...

MEFISTÓFELES.–Jo, jo... se ve que has tenido tratos conmigo. ¡Ese estilo me parece completamente mefistofélico, señor autor! En resumen, que el estilo es el... diablo.

FAUSTO.–Los más grandes me han dado ejemplo en eso de tomar prestado.

MEFISTÓFELES.–¡Por mi tenedor, que lo apruebo! Si ocurre que una bella roba las joyas de una fea opulenta, no veo en ello más que la reparación de un desorden y el justo restablecimiento de la armonía; y secundo tal justicia con lo mejor de mí mismo. Es justo y digno que la bella lo sea lo más posible, y la fea no haga escarnio del decreto que la hizo objeto lamentable del que la vista huye.

FAUSTO.–Así es que tengo en la cabeza esa gran obra que debe desambarazarme al fin de mí mismo, del que tan desligado estoy ya... Quiero acabar ligero, desligado para siempre de cuanto se asemeje a algo... y partir ha-

cia ti... o hacia tus antiguos colegas, con el espíritu y las manos libres, como un viajero que abandona su equipaje y parte a la ventura sin cuidarse de lo que deja atrás.

MEFISTÓFELES.–¡Vamos, que quieres acabar de literato, como un simple conquistador! Así que es difícil sostener la pluma... ¿acaso sé yo escribir?

FAUSTO.–Pero ahí está, es justamente de eso de lo que mi gran obra debe librarme de una vez por todas.

FAUSTO.–¿Y yo qué?, ¿me has tomado por viñeta?

FAUSTO.–¡Mira!, ¡qué buena idea! Pero no. Os necesito a Lust y a ti. Os conduciré a los dos (aunque con la ayuda de tus poderes) a diversos lugares del mundo, en los que me gustaría ver al Demonio clásico que tú eres. No te puedo ocultar que pareces pasado de moda. Parece que no concibes lo terriblemente nuevo de esta edad del hombre.

MEFISTÓFELES.–El hombre es siempre el mismo, y yo también. Yo persevero.

FAUSTO.–Perseveras en el error histórico. Hasta aquí los medios del espíritu humano eran tan débiles que no hacían más que arañar la superficie de las cosas, sin alcanzar de lleno a la sustancia de la vida. El mayor de los monarcas no podía más que matar y construir. Todo cuanto se imaginara que sobrepasaba a un poder tan limitado se suponía perteneciente a un orden sobrenatural. De esa creencia vivía la magia. Algo sabes tú de eso, ilustre Mefistófeles. Y tanto mejor debieras saberlo, no siendo sino un producto de la tradición...

MEFISTÓFELES.–Primero viñeta... ¿y ahora mito?

FAUSTO.–Pero si no hago más que tomarte por lo que te estás volviendo.

MEFISTÓFELES.–Y eso, a la vez que me pides un favor, ¡mira que eres humano! Los hombres sois siempre lo mismo, si es que no siempre los mismos.

FAUSTO.–Te digo que quiero hacerte un servicio, para empezar, haciéndote entender qué gravemente comprometida está tu propia posición por ese cambio inaudito del que te hablo.... Venga, si día tras día el hombre se está despojando del famoso «el mismo hombre» que te trabajas tú desde el pobre Adán. Tú te has consagrado devotamente a confundir y perder de generación en generación a ese viejo tipo de criatura, y practicas tu oficio...

MEFISTÓFELES.–Perdón: mi arte...

FAUSTO.–... tu arte, siguiendo una rutina bastante afortunada... hasta ahora. Aplicas una ciencia del corazón totalmente elemental, de una simplicidad absolutamente angelical, ilustrada más que ayudada por algún que otro golpe de efecto de física recreativa, siempre un poco parecidos... ¡Espera! ¡Déjame hablar! Y mientras reposabas así en la pereza de tu eternidad, apoyado en tus procedimientos del año I, el espíritu del hombre al que precisamente tú sacaste del nido... ha terminado por emprenderla con los fondos de la creación... figúrate que han vuelto a encontrar en lo íntimo de los cuerpos, y como más acá de su realidad, al viejo CAOS...

MEFISTÓFELES.–El CAOS... ¿el que yo conocí? No es posible...

FAUSTO.–Se te puede enseñar...

MEFISTÓFELES.–El CAOS....

FAUSTO.–Sí, el Caos, el viejo Caos, ese desorden primero en cuyas contradicciones inefables espacio, tiempo, luz, posibilidades y virtualidades se hallaban en estado futuro...

MEFISTÓFELES.–Han encontrado el Caos... ¡yo era arcángel!

FAUSTO.–Y hasta empiezan a palpar a tientas los principios de la vida. Escucha: en adelante ya saben cómo no extraviarse en sus propios pensamientos. Han entendido que el intelecto por sí solo no puede sino llevar a error, y que es preciso intruirse en someterlo por entero a la experiencia. Toda su ciencia se reduce a poderes de la acción bien demostrados. El discurso ya no es más que un accesorio... Y escucha esto aún: de cuanto así descubren, nada se parece a lo que antaño imaginaran. No queda nada de las verdades y ni siquiera de las fábulas que les venían de los primeros tiempos.

MEFISTÓFELES.–Es terrible.

FAUSTO.–Veo que empiezas a emocionarte. Es una sensación que me importa, pues mi idea es hacerte ver todo eso de bien cerca.

MEFISTÓFELES.–Con la dama...

FAUSTO.–Sí, quiero observar yo, y que ella las anote para mi gran obra, las reacciones del diablo ante las varias irritaciones que su visita al tiempo nuevo no podrá dejar de provocar en el espíritu infernal... Medita, Satán, medita que tan extraordinario cambio puede alcanzarte incluso a ti en persona, en tu temible persona... Está en juego la suerte misma del Mal.... ¿Sabes que eso puede ser el fin del alma? Ese alma que a cada cual se le imponía como sentimiento omnipotente de un valor incomparable e indestructible, como deseo inagotable y poder de gozar, sufrir y ser uno mismo que nada podía alterar, ese alma es un valor depreciado. El individuo se muere. Se ahoga en el número. Las diferencias se desvanecen ante la acumulación de seres. Vicio y virtud no son ya sino distinciones imperceptibles que se funden en la masa de lo que llaman «material humano». La muerte ya no es más que una de las propiedades estadísticas de esa aterradora

materia viva. En donde pierde su significado y dignidad... clásicos. Pero la inmortalidad de las almas ha de seguir necesariamente la misma suerte de la muerte que la definía y le daba su sentido y su precio infinito...

MEFISTÓFELES.–¡Estás diciendo auténticos horrores!

FAUSTO.–Digo lo que se está haciendo. No hay nada de mí en todo eso. Pero hacía falta dejarte claro lo que hay para acabar de seducirte.

MEFISTÓFELES.–Pues acaba... Y toma mis cuernos, después de tal afrenta... además, bien pronto tendrás los tuyos, mi querido profesor...

FAUSTO.–No es momento de bromear. Ya acabo. ¿Estás seguro acaso, mi querido diablo, de que tu puesto eminente te será consevado eternamente, de que allá Arriba no les parecerá alguna vez que eres un agente cuyo celo se entibia, que no renueva sus métodos, que rinde poco...? Tu empleo es el más importante que hay en la administración de la Justicia Suprema. Pero puede que ya no inspires la misma confianza. No está escrito que nunca vayan a encontrar alguno peor que tú...

MEFISTÓFELES.–Querido, no hay sustituto para el Primer Arcángel... yo habré caído, sí, ¡pero de lo más alto! *(por un instante aparece iluminado por una luz violácea).*

FAUSTO.–Sin duda... Pero cuando hayas conocido mejor a los mortales de hoy, ya entenderás. Todo el sistema del que tú eras una de las piezas esenciales no es ya más que ruina y disolución. Debes confesarte que te sientes perdido, casi incompetente, entre todas esas gentes nuevas que pecan sin saberlo y sin darle importancia, que no tienen ninguna idea de eternidad, que arriesgan sus vidas diez veces al día por disfrutar de sus nuevas máquinas y hacen mil trucos de prestidigitación que tu magia

ni soñó nunca, y ahora están al alcance de niños y de idiotas.... y que hacen producir a esos milagros un volumen de negocios inconcebible...

MEFISTÓFELES.–¿Hacen oro?

FAUSTO.–No tardarán. Por lo demás, el mismo oro se muere, y ahora obtienen metales cien mil veces más preciosos.

MEFISTÓFELES.–Y el becerro de oro, qué...

FAUSTO.–Mañana valdrá menos que el natural.

MEFISTÓFELES.–¿Acaso resucitan a los muertos?

FAUSTO.–Ni ganas.

MEFISTÓFELES.–¿Por qué? Ése era el gran juego.

FAUSTO.–Porque les parece que cada cual a su turno, y que los que entran ocuparán esos puestos.

MEFISTÓFELES.–¡Ah!... Son fuertes los de hoy... Miedo me da que hayan comprendido. Esto es grave. ¡No, si ya veía yo con mi rayo especial que todo se estaba yendo a... a la diablesa. Las gentes se convierten, se pervierten, y vuelven a su confesión para casarse o por escribir un libro. Pasan de un salto por las religiones como el acróbata a través de un aro de papel. En la India se hacen bautizar por unos pantalones, y en París, por entrar en la Academia. Y se casan, se descasan y se recasan, mientras la Iglesia pierde la cabeza entre anulaciones, uniones mixtas, y casadas falsas y verdaderas, sin saber ya dónde empiezan ni dónde acaban concubinas, esposas, consumadas y por consumir. ¡Ay!, ¡qué mal lo pasan en Roma! Y en lo que me toca, me veo obligado a rehacer mi derecho canónico; sobre todo con los norteamericanos, que tienen tantos medios, es algo de locura...

FAUSTO.–¡Pobre diablo!

MEFISTÓFELES.–Sí... pero ¡pobres gentes! ¡Era tan bello el mal, antaño! Y yo, su inteligencia y su principio. Dolor y placer eran dos cuerdas de un violín que tocaba yo como un Orfeo.

FAUSTO.–La Belleza ya no existe. Y el Mal es envilecido. Así es que... ya te tengo. ¿Ves lo que te espera si te quedas en el viejo diablo con sus viejas trampas? ALLÁ ARRIBA, ELLOS te juzgarán insuficiente, y ya no valdrás más que para cargar grillos en el último fondo de los infiernos. Aquí, no dejarás memoria más que en el guiñol, bajo la cachiporra...

MEFISTÓFELES.–Después de todo... puede que no sirva para nada. Quizá me funde en una idea falsa...

FAUSTO.–¿Cuál?

MEFISTÓFELES.–Que la gente no es lo bastante... mala para perderse por sí sola, por sus propios medios.

FAUSTO.–A fe mía, no veo nada que no te dé la razón... Pero ¿qué decides?

MEFISTÓFELES.–Venga... ¡sea! Firmo. (*Descubre un brazo muy velludo.*)

FAUSTO.–No seas bruto. Nada de sacar sangre. Eso ya no es más que una formalidad terapéutica. Los papeles y las firmas se han acabado. Hoy los escritos vuelan aún más deprisa que las palabras que la luz lleva en volandas. Ya nadie los quiere. Así que estamos de acuerdo. Voy a llamar a la señorita...

MEFISTÓFELES.–Inútil. Ya está hecho ¡Ahí llega jadeante! ¡Aún me quedan algunos pequeños trucos en la manga! ¿La oyes?

(*Se oye gritar a Lust.*)

ESCENA TERCERA
LOS MISMOS, LUST

LUST.–¡Maestro... Maestro... Socorro...! (*Entra.*) ¡Deprisa, venga... Maestro... ¡Llame a todo el mundo...!

FAUSTO.–¿Qué pasa?

LUST.–El fuego... De repente ha invadido el laboratorio... Deprisa, venga... Todo está en llamas...

MEFISTÓFELES.–Es inútil, se acabó.

LUST y FAUSTO.–*(A una.)* Ah... Ah...

MEFISTÓFELES.–Sí.

LUST.–Ah... Ya entiendo... Es usted... el Diantre. (*Hace una reverencia.*) Es curioso, no me da ningún miedo.

MEFISTÓFELES.–Eso espero, bella muchacha. Si diera miedo no sería yo el diablo. Yo tan sólo... puedo dar miedo.

LUST.–¡Oh, claro que creo que puede convertirse en algo espantoso, en una bestia horrible, en monstruo, en pulpo, en mono...!

MEFISTÓFELES.–No salgo todos los días en traje de gala. Precisamente cuando me arreglo de repulsivo es cuando menos hay que asustarse.

LUST.–Pero entonces, no tengo la sensación de haber visto al diablo de verdad; y no tendré nada que contar. Está usted bastante bien así, pero se parece a todo el mundo.

MEFISTÓFELES.–Tenga cuidado... Nada más peligroso que todo el mundo. Y si no, escuche un poco lo que todo el mundo dice de todo el mundo...

LUST.–Ya sé... está lleno de víboras, seguro.

MEFISTÓFELES.–(*A media voz.*) Y si supiera lo que todo el mundo dice de usted...

LUST.–¿De mí?... ¿Qué es lo que dicen de mí? No pueden decir nada... ¿Qué es lo que dicen?

FAUSTO.–Espíritu del mal, no me le calientes la cabeza.

MEFISTÓFELES.–Eso sería inútil. Sólo quiero darle una ligera idea del diablo. Una simple impresión. Bella niña, ¿sigue usted en lo de tener miedo?

LUST.–Ya no sé, señor... ya no lo sé

MEFISTÓFELES.–Venga, un poco más aquí. Acérquese... Acérquese. Mire, ahora se acerca usted sola... Míreme a los ojos. Fijamente... Más aún...

Lust lanza un grito y se cubre la cara.

FAUSTO.–Vamos, no la atormentes... ¿Qué le has enseñado en tus pupilas?

MEFISTÓFELES.–Nada. El fondo del fondo de sus pensamientos.

LUST.–¡Ay!... ¡Dios mío...! (*Se deja caer en una silla.*)

FAUSTO.–¡Chsst! (*Le tapa la boca.*)

LUST.–Estoy segura de que acabo de ver algo del infierno...

MEFISTÓFELES.–Qué va... Que no... Venga aquí conmigo, un poco más, Dama de Cristal. Quiero verla a usted en transparencia... A mi manera... Venga, venga... (*Va, como atraída*) Ahí... ahí... dése la vuelta.... déme la espalda... ahí. Ahí. Ahora, sin miedo... ¿Sin miedo? ¿Aún sin miedo? Ahí... Ahora le voy a coger la nuca. Ahí. ¿No le hago daño? Yo nunca hago daño. ¡Ahí! Suave. Muy suave... ahí. (*A ella le tiemblan todos sus miembros.*) ¿Le hago daño? No... (*Muy lentamente, con una pausa entre sílaba y sílaba, con voz profunda.*) Es...ta no...che, es...ta no...che, se acos...tó a... las... dos (*Pausa.*) Hací...a... ca....lor, mucho... ca...lor, de...ma...siado... calor... Us-

ted... se que...dó... dor...mida, dor...mida... boca... arriba... boca... arriba... bien... ancha... an...cha... y... so...ñó... soñó que... que... (*Le habla al oído: ella se contorsiona voluptuosa bajo la mano de Mefistófeles.*) Bien... Luego... se des...pertó, se despertó... y des...pierta, despierta usted... usted se... (*Le dice unas palabras al oído y retira su mano. Lust cae de rodillas, luego se apoya en las manos; se levanta entre lágrimas que ahoga y huye tapándose la cara, toda ruborizada.*)

FAUSTO.–Es innoble. ¡Me repugnas! La machacas... Y tenemos que trabajar juntos...

MEFISTÓFELES.–Bah, si no era nada... ¡Una convulsión grosera! (*Se encoge de hombros.*)

ACTO II

En el jardín, ante la casa de Fausto

ESCENA PRIMERA

FAUSTO, *luego, un* DISCÍPULO (*muy joven*)

FAUSTO.–*(Solo, con una carta que arruga y estira luego.)* No. No, seguro. No me puedo decidir a vender esta poca tierra y esta casa mediocre... Les tengo apego... Sin embargo, este es el argumento decisivo. Les tengo apego, luego hay que deshacerse de ellas. Se lo tengo, luego me tienen. Pero si mis principios se salen con la suya frente a la dulzura de este lugar, es que entonces me atengo a mis principios; y ellos me tienen. Pero si vendo, deberé comprar alguna otra cosa. ¡Qué fastidio! Una vez formada, la costumbre libera y encadena. (*Se sienta.*) Amo todas estas cosas, cada una de estas plantas que veo cuando quiero e ignoro cuando me apetece... Si se supiera que todas las mañanas voy a saludar a mi hermoso plátano, que le abrazo con todo mi corazón... Ese bribón de notario... ¿Se cree que no sé leer un documento mercantil? ¡Oh, los leguleyos!

(Entra el Discípulo.)

DISCÍPULO.–Maestro... Maestro mío... (*reverencia*) ¡Es posible! Le saludo con todo respeto... Perdóneme... estoy tan emocionado...

FAUSTO.–Bienvenido, señor. No se emocione jamás ante un hombre.

DISCÍPULO.–Usted no es un hombre, maestro. ¿Es posible acaso que un hombre haya hecho lo que usted, todos esos descubrimientos, y esos libros que tengo tan leídos y releídos allá en el fin del mundo, de donde vengo? ¡Si supiera usted lo que es para mí y para tantos otros! Perdone que le diga tan mal lo que siento con tanta fuerza. No he podido resistirme al deseo de verle, de asegurarme de su existencia, maestro...

FAUSTO.–¿Viene usted del fin del mundo? Eso está lejos. Siéntese, se lo ruego.

DISCÍPULO.–No, maestro, dispénseme... delante de usted, no...

FAUSTO.–¿Y dónde cae ese fin del mundo? Me gustaría hacer un viaje que me asegurara, a mí también, de mi existencia... He hecho algunos otros que al final me han traído hasta este banco, y me han enseñado... cosas diversas. Pero sobre mí, nada que no hubiera encontrado antes en mi cuarto o en este jardín.

DISCÍPULO.–Es bonito este jardín... Usted debe conocer inmensas alegrías en este pequeño recinto apacible...

FAUSTO.–Conozco cada día algunas pequeñas molestias... los caracoles, los bichos, todo ese maravilloso pequeño mundo que practica la oposición permanente...

DISCÍPULO.–Aun así, maestro, aquí está usted entre su gran genio que crea y toda su gloria, la que le devuelve todo a lo largo y ancho el universo pensante...

FAUSTO.–Sí. Sí... Creo que mi genio no es sino mi costumbre de hacer lo que puedo. Supuesto que sea eso precisamente lo que las gentes llaman «genio», me admira que haya adoptado la forma regular, la rutina de las costumbres, y venga a «crear» (como dice usted) en mí o por medio de mí de tal a tal hora, casi todos los días... De donde concluyo que, o bien no tengo genio, o bien el

genio del que habla la gente no es en absoluto lo que creen que es... Por otra parte, ¡extraño papel ése, distribuir los regalos del azar a una multitud de desconocidos!

DISCÍPULO.–¡Oh! Maestro, ¿qué dice usted? No hay duda alguna de que usted es la antorcha misma de esta época. ¡La juventud entera lo proclama!

FAUSTO.–¿De esta época? Entonces sí, es posible, pues estos tiempos no valen nada y su antorcha es la que merecen... en cuanto a la juventud, pérdoneme, tiene de su parte todas las oportunidades de equivocarse.

DISCÍPULO.–Estoy verdaderamente confundido por su modestia y simplicidad, maestro. Más confundido aún que al llamar a su puerta.

FAUSTO.–Amigo mío, no creo ser modesto, y tengo la esperanza de no ser simple... Pero estoy cansado de todo lo que impide serlo. Es molesto y fatigoso poner cara de gran hombre: los que se complacen en ello dan lástima.

DISCÍPULO.–Pero maestro, al cabo, usted es consciente de la obra admirable que ha dado a los hombres. Existe... es inmortal. El «De Subtilitate» por sí solo... y ese extraordinario tratado del «Cuerpo del espíritu», que nunca me abandona, y eso que lo sé de memoria... ¡Fíjese! (*Saca un libro de su bolsillo.*)

FAUSTO.–Está hecho un pingo. Confieso que si amara mis libros, es así como me gustaría volverlos a ver, en ese noble estado de fatiga y suciedad.

DISCÍPULO.–¿No los ama?

FAUSTO.–Pero ¿cómo quiere que ame lo que ya no puede sino entristecerme? ¿No lo entiende? Veamos: si entreabro una de mis obras, y me gusta, si me admiro, es tanto como sentirme inferior al que la escribió. Me digo: hoy no harías otro tanto, eres tu propia mengua. Es un senti-

miento muy penoso. Y si el texto, por el contrario, me parece absurdo o de un estilo que ya no soporto, me da vergüenza haber sido el desdichado que pudo escribirlo... No hay escapatoria. En los dos casos hay que llorar, al que se es o al que se fue, y el presente tiene siempre las dos caras de Jano, ambas muy tristes.

DISCÍPULO.–Me hace usted desesperar... Quién me hubiera dicho que encontraría en el ilustre Fausto tan profunda amargura. Todo aquello que uno ama, usted lo ilumina con una luz fría y extraña.

FAUSTO.–La verdad, amigo mío, es que ni amo ni odio el pasado, ni a mis libros, que son fragmentos y frutos suyos... ya no son nada mío. No me encuentro de ningún modo en el pasado... ¿Es que lo tiene un Yo? No, esa palabra, pasado, ya no tiene sentido para ese yo... He vivido... ¡y más que vivido! ¿Cómo se lo explicaría? No sé darle más que una figura de mi destino rigurosamente singular... Suponga que vivir se representa por una especie de movimiento que vaya de un lugar y día en que se nace al lugar y día en que se muere. El sol de una vida se alza en un punto del horizonte, se desgaja de las brumas y las tiernas formas de la infancia. Se alza el pleno día de las sensaciones, deseos, conocimiento, afectos y pensamientos... La luz se precisa y se hace más dura. El astro de las fuerzas y las certezas alcanza lo más alto de su carrera, luego declina y desaparece... Así es que el hombre es algo efímero que jamás vuelve a vivir ese único día que es su vida. El sol de su presencia no luce nunca dos veces, ni ilumina nunca más que espectáculos sin par entre la novedad de su nacimiento y la de su muerte... pero yo, joven amigo, merced a la intervención de potencias misteriosas, yo he visto proseguir el día de mi vida por debajo del horizonte fatal. La otra cara de la naturaleza y las antípodas de la creación me han sido re-

veladas. He dado la verdadera vuelta al mundo verdadero... Después, arrastrado siempre por mi fatalidad, volví al tiempo. Volví a revivir. Revivo. Vivo, veo, conozco, si es que es vivir, ver y conocer, revivir, revisar y reconocer. Habla usted de genio... Ya le he dicho que eso para mí ya no puede tener otro significado ni otro valor que el de una costumbre. La más rara idea y la más osada de las que me vienen no me da jamás la impresión de novedad. Tan pronto surge, me parece haberla ya pensado y repensado... Y además, qué se me puede dar a mí de la gloria, cuando sé que no es sino producto de esos seres que no viven más que su único día?

DISCÍPULO.–Maestro, todo lo que me dice me transporta a una esfera de verdades tan difíciles, tan severas, que no me atrevo a hablarle de su obra ni de usted... De modo que lo que yo pensaba estaba bien lejos de lo que habría que pensar... Yo estaba lleno de preguntas. Esperaba obtener de usted respuestas que, salidas de su boca, debían decidir mi carrera y darme seguridad en mis trabajos... Pero temo que no pueda usted decirme nada que no sobrepase infinitamente cuanto yo pueda aplicarme. Ya veo que ni siquiera su obra es para usted lo que para nosotros ¡Conforme a sus palabras, crear no sería para usted sino jugar como juega un gran jugador, harto de sus talentos, su partida de cada tarde, a la misma hora, en la misma mesa!... A nosotros, lo que hace nos parece fruto de una empresa siempre temeraria y siempre afortunada, que ataca con decisión cuanto hay en el alma de infuso e inasible, y que sentimos del más alto valor aunque se le escape indefinidamente a cualquier otro, como se le escapa al nadador desesperado esa boya que es su salvación pero él repele con el gesto mismo en que se agota por agarrarla... ¡Pero usted! Se diría que nunca falta palabra a sus pensamientos, y que siempre pura, siempre armada de cuanto rigor se precisa, sostenida

por la armonía necesaria para incitar y constreñir a los espíritus al disfrute de fuerzas y claridades que poseyeran sin saberlo, esa palabra heroica no la emprende nunca sino con lo inexpresable, y lo reduce siempre a sus designios...

FAUSTO.–¡Qué bien habla usted...! Pero si le entiendo bien, ¿esperaba usted consejos, amigo mío?... Si el mejor de los consejos no vale la menor de las imprudencias, ni le ha ahorrado jamás a nadie un error sin lanzarle en otro. Le juro que es preciso equivocarse, y que nada excelente puede derivar de la experiencia ajena... Todos los políticos han leído la historia; pero se diría que sólo para beber en ella el arte de recrear catástrofes.

DISCÍPULO.–¿Entonces no me va a decir nada que pueda llevar conmigo, que sea para mí algo más que un recuerdo extraordinario? De usted, Maestro, esperaba algo así como una mordedura de la serpiente de la sabiduría en la carne de mi espíritu, la picadura de un veneno de transformación profunda y maravillosa... Dígame tan sólo una palabra, una pequeña sentencia que pueda yo decirme y repetirme en memoria suya...

FAUSTO.–«Guardaos del amor.»

DISCÍPULO.–¿Condena usted el amor?

FAUSTO.–No he dicho eso. Eso no tiene sentido.

DISCÍPULO.–¿Cuál es su sentido, entonces?

FAUSTO.–El que se le aparecerá a usted algún día. No es ningún consejo. Es un pequeño presente de tres palabras que yo le hago.

DISCÍPULO.–¿Me permitiría el atrevimiento de pedirle que las escriba en mi libro de propia mano?

FAUSTO.–Yo ya no escribo nunca. Dicto. Simplemente saber firmar mi nombre de propia mano ya me ha costado bastante caro, antaño, en tiempos de mi vejez... Pero espere. (*Llama.*) ¡Lust! ¡Traígase recado de escribir! Adiós, señor. Que le vaya bien, y buen viaje de vuelta a casa.

Sale por el jardín. El Discípulo se inclina profundamente.

ESCENA SEGUNDA

El DISCÍPULO, *solo, se entrega a toda clase de gestos de alivio ya sin trabas. Saca la lengua, hace muecas, se encoge de hombros...*

DISCÍPULO.–¡Hete aquí un viejo farsante! Hasta una simple firma me ha negado... Y yo no he sabido contestarle.... Te pone tan incómodo con su simplicidad... Debe de ser una comedia, el último grito del género. Se ha burlado de mí, con su vuelta al mundo, y su último consejo ¡No, no se habrá roto la cabeza! (*Imitando a Fausto.*) «Guardaos del amor...» Lo traduciré: Cave Amorem. En latín suena a menos nadería... ¿O mejor Cave Amores? No... Cave venerem, así está mejor. Pero Cave Amorem hace pensar en Cueva de amor. Sería un bonito nombre para un cabaré oscuro, de mujeres... ¡Guardaos del amor!... Ese Fausto es un santísimo farsante. Es maligno. Impone. ¡Y esos aires de estar harto de todo! El señor ni coge la pluma... yo, en su lugar, tendría otras maneras... no es natural ser tan natural siendo sobrenatural... no. A fe que me gustan los grandes hombres que tienen aires de gran hombre, olímpicos, con una enorme frente y el dedo encima... y los ojos... ¡los ojos, ahí está todo! En fin, todo lo que hace falta para semejar lo que se quiere parecer... pero aquí estoy haciendo el tonto. ¿Qué hará ese maldito secretario del demonio?

ESCENA TERCERA

El DISCÍPULO, MEFISTÓFELES, *que aparece detrás de él*

MEFISTÓFELES.–¿Me llamaba el señor?

DISCÍPULO.–¡Uy! ¿Es usted el secretario del Maestro?

MEFISTÓFELES.–Si a usted le parece bien...

DISCÍPULO.–Era para que me escribiera en este libro unas palabras que ha tenido a bien improvisar para mí, ¿eh?, para mí. Me ha dicho que él no escribe nunca, y que usted...

MEFISTÓFELES.–Sí. Le pesa la pluma. Yo imito a rabiar su antigua escritura. La verdad es que en ella sólo se ve fuego. Únicamente, que la mía es un poco más nerviosa. ¿Le interesan a usted los autógrafos? Entre nosotros, podría revender muy bien lo que le voy a escribir. Se pegan por NUESTROS manuscritos.

DISCÍPULO.–Usted cree? ¡Ah, vaya un tipo! Le juro que hubiera guardado hasta la muerte una línea que hubiera puesto, él mismo, con su mano, en este libro viejo. Pero siendo de usted, perdóneme...

MEFISTÓFELES.–¡Pardiez!, si con que fuera de mi zarpa, se la quitarían de las manos en un santiamén. Es algo humano. De verdad que no sé qué consejo darle... ¿Puede que hiciera usted bien en no guardar... hasta la muerte la menor palabra de mi escritura?... Entre nosotros, si se supiera quién... vería lo que valdría en una subasta... Sólo conozco otra que la superaría en una puja... el original de un pequeño poema, muy viejo, y muy seco, grabado hace mucho, mucho tiempo, en piedra pulida...

DISCÍPULO.–¿Qué poema?

MEFISTÓFELES.–Se llama Decálogo, único autógrafo del Autor.

DISCÍPULO.–Ah, eso... ¡ya vale, señor secretario!... Menuda casa de farsantes... ¿es que todo el mundo me va a tomar el pelo? ¡Venga, dígalo, usted y su patrón se dedican a burlarse del mundo entero! ¡Al diablo con esta gente!

MEFISTÓFELES.–¡Eso sí que está bien dicho! Pero señor, le juro por su salvación eterna que no hay nada más serio que lo que usted ha oído de boca del Maestro y de la mía. Si me permite... usted traía consigo un espíritu que no estaba dispuesto a escuchar sino lo que se había prometido oír... son los inconvenientes, como decía el otro, de no buscar más que lo que ya se ha encontrado. Pero el hombre, eso lo dijo otro diferente, el hombre es absurdo por lo que busca y grande por lo que encuentra, y no hay nada precioso que no se haya encontrado, y que no se lo haya encontrado tropezándoselo... Así... ¡usted se tropieza conmigo! Pero en fin, ¿qué es lo que hay que escribir en este libro?

DISCÍPULO.–Tres palabras nada más: Guardaos del amor... No es muy profundo ¿verdad? Ni muy nuevo... Creo que me ha tomado por bobo.

MEFISTÓFELES.–¿Se cree usted que trabaja de encargo? Mire, el doctor siempre piensa un poco de soslayo... como mirando a un lado de las personas a quienes habla. Sabe tanto de ellas que no puede dirigirse a alguien en particular. Habla para la humanidad, ¿entiende? Puede que... para un poco más allá. Pero tengo que escribirle esas tres palabras. Si quiere, les puedo poner un poco de profundidad... es mi especialidad... Soy bastante conocido como deprofundista. ¡Venga, venga usted!, no tengo aquí mi pluma... Venga conmigo. «Guardaos del amor»... ¿y a usted le resulta eso simple? Apuesto a que es usted un completo novicio en esta materia. No se ponga colorado... nunca hay que ponerse colorado hasta después... ¡Venga! Hablaremos un poco de todo eso, y de muchas otras cosas, cantidad de cosas. (*Le coge con fuerza por el brazo.*)

DISCÍPULO.–¡Eh!, ¡no tan fuerte! ¡Me arrastra usted, sapristi!

MEFISTÓFELES.–¡En maaarcha!

Exeunt

ESCENA CUARTA

LUST *aparece en una ventana baja que abre rápidamente*

LUST.–Perdón, Maestro... ¡ya voy!... ¡No está! ¡Maestro! (*Desaparece, y vuelve a aparecer saliendo de la casa.*) El caso es que me ha parecido que me llamaba ¿Era él?... ¿o el Otro?... ¿o acaso yo? Me he sentido un poco aturdida. Y se habrá pasado un rato, ¿no? Ni un minuto, estoy segura... Y ya no hay nadie. Pero ¿no hay nadie de verdad?, no sé.. Se me ha vuelto todo raro en la cabeza desde que estoy en casa de este gran señor del espíritu. Suelo tener la impresión de que hay alguien en el aire, en las cortinas, en los árboles, que no me deja nunca sola... Y me parece también como si ya no hubiera nadie en mí. Ya no puedo pensar en nada ¿Tanto pensamiento hay aquí? Quizá sienta demasiado que sería demasiado poco todo lo que pudiera pensar... mi alma debe de sentirlo tan bien que ya ni siquiera intenta hablar consigo misma... Después de todo ¿no será el alma un vacío? ¿Quizá tan sólo eso que pide sin parar lo que no hay? Pero, ¿dónde está? (*Llama por todas partes.*) Maestro... Maestro...

ESCENA QUINTA

LUST, FAUSTO. *Él llega del jardín con una rosa en la mano*

FAUSTO.–Ya voy, señorita... tenga, una rosa para usted... pero venga, deprisa, coja con qué escribir... voy a dictarle aquí... me vienen las ideas en tropel.

LUST.–¡Gracias, Maestro! Es de un frescor profundo. Se querría pasar una la vida con los ojos cerrados, bebiendo de esta flor todo lo suave y embriagador que ofrece a la vista... ¡Oh, qué dulce, y poderoso!...

FAUSTO.–Sí. Pero las ideas no esperan ¿Está lista? Deje la flor ahí.

LUST.–Lo tengo todo, papel, lápiz... (*Se pone la rosa en el corsé.*)

FAUSTO.–(*Sentándose.*) Vamos. Le voy a dictar sin orden. Las ideas no cuestan nada... lo que cuesta es la forma. Pero hay que agarrarlas...

LUST.–Ya estoy, Maestro.

FAUSTO.–Bien. Bien... Pero ahora soy yo el que no está. (*Tras unos momentos.*) Hace una tarde divina...

LUST.–(*Relee.*) «una tarde divina...»

FAUSTO.–... que no... no estoy dictando... existo. Hace una tarde divina. Demasiado buena, demasiado dulce, demasiado hermosa, incluso... la tierra es tierna.

LUST.–¿Me quedo? ¿Quiere estar solo?

FAUSTO.–No... es demasiado para uno solo. Siéntese por ahí... Debe quedarse. Debe disfrutar conmigo, como yo, del fresco olor de la tierra mojada, de los preciosos efluvios que el fin del día inspira en todas mis flores. Para mí, los perfumes son promesas. Puras promesas, nada más. Pues nada va más lejos en gozo que la promesa... sobre todo, nada de ir más lejos...

LUST.–¿De verdad no quiere trabajar?

FAUSTO.–Trabajaremos luego. Es de sabios empezar por la recompensa. Vale tanto este momento... me posee como esos acordes de sonidos que van más allá de los deseos

del oído, que hacen que se funda el ser entero, que se vuelva a no sé qué nacimiento de dichosa confusión de sus fuerzas y flaquezas. Todo lo que nos rodea canta. Lo más bello de este día canta antes de morir.

LUST.–*(Con amore.)* Pero si es usted el que canta, Maestro... parece un dios esta tarde... es más que vivir lo que hace... parece que usted mismo fuera uno de esos momentos maravillosamente plenos de todas las potencias que se oponen a la muerte. Su rostro, a esta hora, es el más bello de todos sus rostros. Le ofrece a la rica luz del ocaso lo más espiritual y más noble que puede iluminar. No, yo no le había visto nunca, porque nunca había visto esta dulzura suprema, esa mirada más grande que cuanto se ve... ¿Es que... no va a morir? Sus ojos parecen contemplar el universo en medio de este pequeño jardín que consideran, y para ellos es como el pequeño guijarro que recoge un sabio y en la palma de su mano le habla de una época del mundo.

FAUSTO.–El universo no me importa, y no pienso en nada.

LUST.–¿Qué sabrá usted?

FAUSTO.–Le digo que no pienso en nada... Pero aquí debe decidirse algo, y lo sé precisamente por eso, porque no pienso en nada.

LUST.–¿Pero qué?

FAUSTO.–Algo. Y quizá... otra cosa. Pero mi cuerpo aún no sabe, y mi espíritu nada me dice. Sola, esta hora canta a la profusión de la tarde.

LUST.–Es extraño... Yo tampoco pienso en nada.

FAUSTO.–Hace una tarde demasiado hermosa. Ya no hay nada que pensar ¿Qué edad tiene usted?

LUST.–Podría estar casada hace cinco años.

FAUSTO.–Y yo muerto hace mucho, mucho tiempo... he sido joven, Lust.

LUST.–Pero nunca tan bello, estoy segura...

FAUSTO.–He sido joven, Lust. He sido viejo. Y luego otra vez joven. He corrido más de un mundo... pero he sopesado deseos y experiencias en soledad.

LUST.–¿En el desierto?

FAUSTO.–¿Por qué? La soledad es un producto que se fabrica por todas partes.

LUST.–¿Y... ahora?

FAUSTO.–Lo he sopesado todo. El peso total es nulo. He hecho el bien. He hecho el mal. He visto al bien salir del mal, y al mal del bien.

LUST.–¿La vuelta entera, entonces?

FAUSTO.–Sí.

LUST.–¿Y... ahora?

FAUSTO.–Y ahora, hete aquí que soy el que soy, y estoy seguro de no ser otra cosa. Hicieron falta tantas esperanzas y tantas desesperaciones, tanto triunfos y tantos desastres para venir a esto... pero aquí estoy... con un poco más de inteligencia, habría llegado sólo con inteligencia...

LUST.–Maestro, no entiendo todo lo que dice. Habla; no habla. Pero yo no tengo necesidad de entenderle. Esta tarde no puedo seguir una idea. Pero es su voz la que se hace seguir como una música. Me lleva... muy cerca del llanto... Oh, siga diciendo lo que quiera... Casi hace daño... Tengo ganas de sentirme mal por estar demasiado bien. Soy muy feliz, y no obstante me ahogo... No me encuentro palabras ni nada que pueda descargar mi corazón de esta abundancia de... de mí. ¡Oh!, y luego

esos terribles pájaros, tan alto en el cielo, con sus gritos tan agudos que atraviesan mi felicidad...

FAUSTO.–*(Para sí.)* ¿Estaré en la cumbre de mi arte? Vivo. Y no hago sino vivir. He aquí una obra... Al final, lo que fui ha terminado por construir lo que soy. Yo ya no tengo ninguna otra importancia. Heme aquí, el presente mismo. Mi persona casa exactamente con mi presencia, en intercambio perfecto con cuanto sobreviene. Sin resto. No hay ya profundidad. El infinito está definido. Lo que no existe ya no existe. Si conocimiento es lo que hay que producir mediante el espíritu para que aquello que es sea, hete aquí, Fausto, conocimiento pleno y puro, plenitud y cumplimiento. Soy el que soy. Estoy en la culminación de mi arte, en el período clásico del arte de vivir. He aquí mi obra: vivir. ¿No es eso todo? Pero hay que saberlo... no se trata de encontrarse en este altiplano de la existencia sin saber. ¡Qué de aventuras, razones, sueños y faltas, para ganar la libertad de ser lo que se es, nada más lo que se es! ¿Qué es la perfección, sino la supresión de todo lo que nos falta? Lo que falta siempre está de sobra... Pero en el presente la menor mirada, la menor sensación, los menores actos y funciones de la vida vienen a ser para mí de igual dignidad que los designios y voces interiores de mi pensamiento... Es un estado supremo, donde todo se resume en vivir, que rechaza todas las preguntas y todas las respuestas con una sonrisa que se me sale... VIVIR... siento, respiro mi obra maestra. Nazco de cada instante para cada instante ¡VIVIR!... RESPIRO ¿No es eso todo? RESPIRO... Abro profundamente cada vez, siempre la primera, esas alas interiores que baten marcando el tiempo verdadero. Ellas llevan lo que es de lo que fue a lo que va a ser... SOY, ¿no es extraordinario? ¿Sostenerse sobre la muerte como una piedra que se sostuviera en el espacio? Es increíble... RESPIRO, y nada más. El imperioso perfume de mis flores quiere

que respire, y el olor de la tierra fresca viene a surgir en mí, cada vez más deseado, cada vez más deseable, de las potencias de mi aliento. RESPIRO; y nada más, pues no hay nada más. RESPIRO, y VEO. Este lugar es dulce a la vista... pero ¿qué importa este lugar? ¿Qué importa lo que se ve?... eso es toda una ciencia. Veo ese pino. ¿Y qué importa el pino mismo? Podría ser una encina. La vería. Y ese techo de brillante pizarra, lo mismo podía ser un espejo de agua quieta. Lo vería. Y en cuanto a la figura de esas colinas a lo lejos que cierran accidentalmente el paisaje, siento en mis manos el poder de modelar a mi antojo la larga línea blanda... Conque VER es también ver otra cosa; es ver lo que es posible, tanto como ver lo que es... ¿Qué son si no las visiones excepcionales que asaltan a los ascetas, comparadas con este prodigio de ver lo que sea? El alma es una pobreza. Si cierro los ojos y me concentro, heme aquí entre el espíritu y el alma... ¡qué miseria! ¿Dónde están las formas precisas, los matices, la perspectiva que el menor movimiento transforma? ¿A qué precio de fatiga debo pagar en este momento, bajo mis párpados, la duración, la nitidez y el brillo de los objetos que trato de figurarme? ¿Y qué fe intensa, qué obstinadas maceraciones, qué oración excesiva podría crearse un sol como éste, que luce y derrama tan generosamente su sangre de púrpura para todo el mundo?

LUST.–*(Aparte, se acerca a él por detrás, con precaución, como arrastrada invenciblemente.)* No puedo quedarme tan lejos. Sería como quedarme lejos de mí misma... ¿qué diría si le besara la mano? ¿Qué haría?

FAUSTO.–RESPIRO y VEO... pero lo que hay de más presente en la presencia es esto: TOCO... *(Golpea el brazo del banco en que está sentado.)* Y de un solo golpe encuentro y creo lo real... mi mano se siente tocada tanto como toca. Real quiere decir eso. Y nada más.

LUST.–*(Tras él, a media voz.)* Habla, y me hablo; y nuestras palabras no se cruzan ni en un punto. Y sin embargo, no puede ser que no haya entre lo que siente y lo que siento yo ni siquiera alguna semejanza... viva. Demasiado madura la hora, demasiado cargada de frutos maduros de un día de pleno esplendor para que fuera posible que dos seres, aun tan diferentes, no estuvieran igualmente al cabo de su resistencia a la fuerza de las cosas... igualmente colmados como están, igualmente ricos en exceso, como cargados de una potencia de felicidad casi insoportable que no encuentra su efusión, su término natural, su acto, su fin... una especie de muerte...

FAUSTO.–Sí. ¿Qué, más real? ¿Toco? Soy tocado. Un viejo autor decía: «Tocar y ser tocado no pertenece sino a los cuerpos»... *(Hay un silencio. Lust le ha puesto suavemente la mano en el hombro.)* Me tocan... ¿Quién...? ¿Eres tú, Lust?... creía que te habías ido...

LUST.–Soy yo... ¿por qué llamarme de tú?

FAUSTO.–Porque me ha tocado... ¿por qué me has tocado?

LUST.–Temía que se quedara dormido soñando... eso no es prudente, sabe...

FAUSTO.–Nada tengo que temer de un sol más que se pone... Deje la mano.

LUST.–No ¿Por qué iba a dejarla?

FAUSTO.–Porque ya no hay razón... retírela.

LUST.–No.

FAUSTO.–¿Por qué?

LUST.–Porque ha venido aquí ella sola... De verdad, no sé por qué ha venido, por qué había de quedarse aquí en su hombro ni por qué había de retirarse ¿Por qué? Se

dice pronto ¿Es que usted sabe, con todo lo sabio que es, por qué me ha llamado de TÚ hace un momento? Eso pasa solo, como todo lo importante. (*Quita la mano.*)

FAUSTO.–Así que ha nacido de usted y de mí, y no de usted o de mí. Su mano y esa palabra, eso forma algo, una especie de ser. Del que no sabemos más que quienes dan forma a un niño sobre lo que están haciendo. La intimidad nace a veces de nada, de una distracción, de un error compartido... y a veces esa nada se resuelve en nada; a veces, trae consigo todo... Retire su mano, señorita.

FAUSTO.–Si ya la he quitado, Maestro.

FAUSTO.–Creía sentirla, pesando aún tan leve sobre mi hombro... Pero ahora démela... La necesito. Una especie de agradable languidez me impide levantarme. (*Ella le da la mano; él hace un movimiento como para atraer a Lust hacia sí: pero al momento suelta y rechaza la mano que sostenía.*) No... no vale la pena... Gracias. No me ayude. Si me la diera...

LUST.–¿Qué...?

FAUSTO.–*(Se levanta.)* Vendría todo.

LUST.–*(Baja la cabeza, con voz trémula.)* ¿Se va a casa?

FAUSTO.–Aún no. Me apetece trabajar todavía un poco, aquí. Nos queda aún una hora de luz, se diría que nos deja a disgusto. Pero el trabajo no avanza casi. ¿Quiere coger el cuaderno? ¿Le molesta algo? Tiene todo el aire de ir a echarse a llorar.

LUST.–¡No, qué va!... Es una cara que se me pone de vez en cuando, Maestro. No sé qué será lo que me hace eso con la cara. Debo de estar muy fea... pero una mujer no se equivocaría. Vería enseguida que no pienso en nada que pida llorar. Los hombres no saben leer en nosotras esas

pequeñas cosas, que a veces serían para ellos de la mayor importancia.

FAUSTO.–Diga mejor de la importancia que les dan a las mujeres.

LUST.–Digo más bien de la importancia que dan a una mujer. Ésa es feliz.

FAUSTO.–Ya veo que usted también cree en la felicidad, esa palabra para mujeres; y que la pone sobre todo en la sensación de ser el único cuidado, la preocupación soberana y eterna de otro... ¿Quién sabe?... Sea. Pero ya que no tiene ganas ni razón para llorar, me alegro, y le ruego que se acomode para el dictado... Donde quiera. Bien... ¿quiere releerme la última frase?

LUST.–¿La última de la otra vez?

FAUSTO.–No, la última de la vez anterior que luego vendrá después.

LUST.–¡Ah, muy bien!, ¡aquí está! (*Lee.*) «Me aseguré, en fin, mediante una revisión exacta de mis notas y mis pensamientos, de que el unánime error de los filósofos, así antiguos como modernos, había sido al fin sacado a la luz y era fácilmente demostrable.»

FAUSTO.–Perfecto. Sigo. *(Dicta.)* «Y así... así es como... No. Sin es como... así, en el curso de los años 45 y 46, durante una estancia en Basilea (B-A-S-I-L-E-A), como habitara familiarmente...»

LUST.–¿Familialmente?

FAUSTO.–Famili...ar...mente «en casa de una viuda triste...».

LUST.–¡Pobre mujer! ¡Una viuda triste!

FAUSTO.–Perdón... me he confundido; ponga «en casa de una viuda joven...».

LUST.–¡Oh! Triste estaba mejor...

FAUSTO.–«joven, triste»...

LUST.–¡Ah, entonces todo!

FAUSTO.–«joven, triste y ardiente... y ardiente...». Pero escriba usted.

LUST.–Sí. Sí... aquí está... está escrito. ¡Estaba escrito!

FAUSTO.–«... cuya juventud, tristeza y ardor me hacían la casa... la casa... muy...»

LUST.–¿Muy qué?

FAUSTO.–«Muy agradable... amable...» Pongamos «muy agradable...».

LUST.–«Pongamos», no, es usted el que pone. Yo, escribo...

FAUSTO.–«muy agradable, cuando tuve el honor de concebir...».

LUST.–¡¿Usted?!

FAUSTO.–¡Pero si es que me interrumpe todo el rato! ¡Escriba, venga!, «cuando tuve el honor de concebir el principio de ese Tratado de la Sutilidad del que el ilustre Cardan... (C-A-R-D-A-N)».

LUST.–¡Ya sé...!

FAUSTO.–«... del que el ilustre Cardan me había robado el título, unos años antes...».

LUST.–¿Robado antes?

FAUSTO.–Pues sí... en el mundo del espíritu, esas cosas pasan. Lo que no impide que también se robe después. Ya sabe, el espíritu sopla por donde puede, y lo que puede.

LUST.–Pero ¿y la viuda?

FAUSTO.–Espere que atice un poco mis recuerdos... ya. Prosigo. (*Dicta.*) «Una tarde de invierno, como meditara yo ante el gran fuego... el gran fuego... mirando las llamas... las llamas... y acariciando distraído...»

LUST.–¿Distraído?

FAUSTO.–«Distraído...»

LUST.–¿Así que no puede reflexionar sin eso? Ya le he recomendado un gato.

FAUSTO.–Venga, venga... (*Dicta.*) «...acariciando distraído a la persona mencionada, que se había adormilado sobre mi...».

LUST.–¿Arrodillado?

FAUSTO.–Adormilado... «Ador...mi...lado en mis rodillas...»

LUST.–Qué largas son sus frases... Así esa viuda no acabará nunca de...

FAUSTO.–¡Es insoportable!... Me corta usted a cada instante, señorita. Se pierde el hilo. Me veo obligado a pedirle que me relea toda esta frase. Tiene que ser larga, al tener que ser complicada.

LUST.–¡No, si ya veo perfectamente cómo se lía usted...! (*Lee.*) «Una noche de invierno, como meditara yo delante del gran fuego mirando las llamas, y acariciando distraído a la persona mencionada, que se había adormilado en mis rodillas...»

FAUSTO.–«Me vino la idea... de que había... entre todas esas cosas presentes... ese fuego... ese frío... ese color del día... esa ... tierna... forma de equilibrio en... en el abandono... más... amable, los sentimientos... vagos que vivían dulcemente en la sombra... de mi espíritu..., y por otra parte... por otra parte... mi pensamiento abstracto... una relación profunda... y cierta... que se extendía tam-

bién a mi pasado... y sin duda... a lo que pudiera ad...ve...nir... advenir...»

LUST.–Y advino, ¿no es eso? Dígalo de una vez...

FAUSTO.–*(Dicta.)* «... una relación, un acuerdo que nadie hasta entonces había sabido... sabido captar, y del que percibí al instante raíz, formulación y alcance...»

LUST.–¿Se acabó?... Ya no se ve... Yo por lo menos ya no veo...

FAUSTO.–Unas palabras más, y se acabó. (*Dicta.*) «Tan grande fue mi alegría... tan cierta mi victoria, tan... feliz la conclusión inesperada de una larga y difícil partida... jugada... contra... la volubilidad del pensamiento... ganada... con el gracioso concurso del azar, que... que...»

LUST.–*(Ansiosa.)* ¿Que qué?

FAUSTO.–*(Vivamente, levantándose.)* «Que besando en la boca a la persona mencionada, tuve que tomarme antes de nada, y sin más formas ni palabras, no sé qué desquite furioso en el amor de tanta felicidad de espíritu bruscamente concedida, tras tanta...»

LUST.–*(Deshaciéndose en llanto.)* Ay, no... no puedo más... ya no puedo escribir más... demasiado cansada... muy muy... can...sada ¡Y usted va tan deprisa!

FAUSTO.–Oh... ¿No te encuentras bien, Lust?

LUST.–No muy bien... no del todo... Era tan larga esa frase... y el lío... y la viuda... era encantadora, ¿verdad?

FAUSTO.–Sin duda... Sólo que... no existió nunca.

LUST.–¿La viuda? ¿De verdad?

FAUSTO.–Jamás. Es literatura... puro arte.. Notará usted el interés que tiene introducir en el árido relato de un descubrimiento metafísico una pizca de verdad... segunda, apenas nada, una pizca de vida, de carne... viva, ¿no es así?

LUST.–Ah, sí, claro que sí... si no ha existido es mucho más bonito. Es creación.

FAUSTO.–Justo. He puesto a la viuda por el efecto. Como el pintor que pone una rosa en su tela porque necesita una. Es por el efecto... y para los historiadores. Le he dicho y vuelto a decir que estas memorias no son recuerdos, y que tengo a cuanto me imagino por tan digno de ser YO como lo que fue, de lo que tengo mis dudas... Además, los recuerdos tal cual nunca tienen el menor interés... ¡Pero las memorias!... Vamos, pequeña Lust, ¿la he cansado mucho?

LUST.–¡No, qué va, Maestro!

FAUSTO.–Seguro que sí... venga, vamos a descansar...Ven a dar una vuelta por ese jardín que ya emborrona la noche, que nos atrae a su dulzura confusa de árboles y tinieblas...

LUST.–Claro, ¡qué alegría!... Pero ¡tengo una sed!... permítame que coja primero este hermoso melocotón... *(Coge el fruto y muerde, y se lo pasa mordido a Fausto.)* ¡Qué bueno... y además... además es suyo... y mío también...

FAUSTO *lo coge, lo muerde, se lo devuelve y la mira. Ella le coge del brazo, salen por la izquierda.*

ESCENA SEXTA

MEFISTÓFELES, *de verde serpiente. Se deja caer del árbol.*

MEFISTÓFELES.–¡Frrrrut...ta....frrrut...ta! Otra historia de frrrruta... es un reestreno... ¡y a mí que nadie ha tenido la idea de ofrecerme ni una manzana, jamás, ni un mal melocotón o una perita! Soy un viejo amigo de los árboles, pero mira que he rondado entre ellos, y aún no he encontrado el Árbol del Reconocimiento. La ingratitud

con el diablo es de rigor ¡Bah! Todos los frutos son amargos, y quien cree morder dulce pulpa se acaba de morder él mismo el corazón. Todo es veneno en la naturaleza: no hay arroyo, céfiro o perfume en que no flote yo o murmure. Sin mí sería Amor un fulgor breve, acto animal. Yo le pongo cuanto le hace falta de sombras y profundidad, la perspectiva del infierno, temor, odio, remordimiento, mezclándole sueños y dudas para hacer de él una maravillosa variedad. ¿Que sería el Amor sin la Serpiente que habla? Una monótona y periódica combinación de los sexos conforme a la historia natural... ¡puaf! ¡Qué santa simplicidad, y qué tonta! Pero esta vez, mi querido Fausto, yo no he dicho ni pío. El reptil discreto ha dejado obrar según la antigua receta al jardín, los aromas, la tarde, y la simple cercanía de una carne y otra. ¿Qué dictará ese tierno dictado? Se me hace la boca agua por saber la continuación. Aunque el medio más seguro de enterarse es amañársela uno. La tórtola está bien pillada. Pero al galán ya no se le ve muy vivo. Lo de dictar, aún, puede pasar... Y lo de mentir, pues esa viuda fogosa ha existido, y muy fogosamente... Incluso creo, puesto que estoy seguro y en buena posición para estarlo, que después ha cambiado de fuegos de una manera terrible... ¡Ja, ja! Joven, caliente y triste... ¡qué seguridad!... ¡Ja, ja! Eros energúmeno... Guardaos del Amor... Amor, amor... ¡jí, jí, jí! Convulsión grosera... ¡já, já, já!

ACTO TERCERO

Biblioteca del Dr. Fausto con los muros cubiertos de libros

ESCENA PRIMERA

El DISCÍPULO, BELIAL, ASTAROT, PUTONATÓN

Al alzarse el telón, los Tres Diablos, máscaras de animales repulsivos, están colocados de formas raras por el decorado. Putonatón, íncubo-súcubo, todo arreglado y maquillado, peluca dorada, enormes labios color fuego, de pie sobre un escabel hojea un libro. El Discípulo duerme, la cabeza sobre un in-folio abierto en la mesa, a la derecha. Ilumina la escena únicamente una llama lívida con bruscos destellos purpúreos y verdosos.

BELIAL.–¿Has acabado de rechinar, has acabado?

ASTAROT.–Me aburro, me aburro... ¡oh, cómo me aburro!... cric, cric. (*Da pataditas de impaciencia.*)

BELIAL.–Ñic y ñic, ¡ñiquiñaque, rechina, rechina tus dientes verdes y carcomidos...! Se diría que trituras eternamente la arena del reloj...

ASTAROT.–Roo, roo, limo, desmigo... todo me aburre, me roe el aburrimiento... ñec, ñec...

BELIAL.–¡Oh!, ese ñicñic... ¿qué es lo que roes?

ASTAROT.–Todo... corazones, cuerpos, glorias, razas, rocas... hasta el Tiempo... Yo hago polvo... ñic, ñic...

BELIAL.–Sobre gustos no hay disputa... Tú roes, y yo mancho.

ASTAROT.–¡Puaj! ¿Y qué manchas?

BELIAL.–Todo. Yo todo lo hago basura. Tú mordisqueas, y yo corrompo. Infecto los pensamientos. Ensucio las miradas. Enveneno las palabras. Yo hago la verdad obscena o repelente, y quien la busca me encuentra. Yo soy la verdad de la verdad...

ASTAROT.–Se encuentra un sucio diablo en el fondo de su busca...

BELIAL.–¡Innoble roelotodo, yo escojo!... Lo más puro que haya, eso es lo que me atrae... la inocencia es mi lote, lo inmaculado me embriaga... ¡Ah, cómo me gusta la flor de lis, qué grato me es el armiño! Todo candor ofrece una esperanza de inmundicia...

ASTAROT.–Oh, poeta... babeas.

PUTONATÓN.–¡Basta!... ¡jetas repugnantes!, no me dejáis entender lo que leo...

ASTAROT.–¿Y tú qué haces ahí arriba, Mariputi?

PUTONATÓN.–Busco materia de sueños... a veces hay buenas ideas en los libros.

BELIAL.–Viejo Sesentaiséis, ¿así que necesitas lecciones?

ASTAROT.–Déjale, o déjala. Nunca se sabe en qué genero hablar con esta guapura de doble uso.

PUTONATÓN.–¡Rata, boca de rata, roéte tu lengua! Cada noche, yo soy la cosa más bella del mundo, ninfa ideal o carnero monstruoso.

BELIAL.–¡Bah!... ¡También nosotros trabajamos de noche!

ASTAROT.–Yo rondo...

BELIAL.–Yo tiento...

PUTONATÓN.–Yo rondo y tiento y encanto... atizo, soplo, abrazo y enlazo... sí, monstruos, cuando yo me formo y me condenso en muchacha desnuda, fresca y rolliza, y me deslizo a lo largo del joven que duerme, le monto un sueño tan ardiente, un acceso tan agudo, que durante toda su vida, de mujer en mujer, perseguirá sin alcanzar el ser ilusorio y las delicias reales, demasiado reales, que yo he destilado de su sangre, y extraído de su candor...

BELIAL.–Muy bien, pues baja de tu percha, pálido súcubo... ahí tienes un durmiente bien caliente... ven a hacerle cosquillas a ese montón roncador de vida humana...

PUTONATÓN.–¿Y qué hace ahí?

ASTAROT.–Duerme... ¡Qué maravilla!... dormir... ¿Eso qué es? Debe de ser una recompensa suprema... Dormir, dormir, ¡eso sí que es un sueño!

PUTONATÓN.–Está bastante bueno. Y bien jovencito... ¡qué buen dormir!... Cómo se confía a la naturaleza, qué a sus anchas se encuentran en esa cara la inocencia, el olvido, el primitivo abandono, la confianza de durar...

ASTAROT.–Como si nosotros no existiéramos...

BELIAL.–¡Vamos, cásateme con eso! ¡Reviéntamele de su placer mortal!...

PUTONATÓN.–¡Qué lástima!

ASTAROT.–¡Alto ahí!... ¡Ni tocar! Es el Gran Cabrón quien le ha dejado así, aplastado sobre el librote, con una orden mágica de dormir hasta que él le despierte...

BELIAL.–¡Haya paz entonces! Si el Gran Cabrón tiene su propia idea...

ASTAROT.–Mefistófeles sabe lo que se hace. No querrás que te explique sus negocios...

BELIAL.–No somos más que bestias suyas... tú que tienes tanta malicia a fuerza de roerlo todo, quizá entiendas qué hacemos aquí...

ASTAROT.–Se hace lo que se es. A cada uno lo suyo. Yo roo, tú manchas, él o ella fornica... Nosotros tentamos, vosotros rondáis: se enreda....

BELIAL.–Y luego, que... se está mejor aquí que abajo, en el fondo... al fondo de los fondos de... del Abismo...

TODOS.–(*Con horror.*) ¡El Abismo!... (*Tras una pausa.*) El Abismo... El A-bis-mo... (*Tiemblan.*)

PUTONATÓN.–Y luego, que aquí se ven vivos... y uno se interesa. Esos seres tienen el amor, amar, dormir, ¡qué maravillas!... Lo tienen todo, esos cerdos de vivos...

BELIAL.–También tienen la muerte...

PUTONATÓN.–Pero tienen el amor.

ASTAROT.–El amor, ¡qué porquería! Yo lo corro a disgustos, peligros y dudas... ñic, ñic, yo roo el encanto, mino el deseo...

BELIAL.–Pues yo, lo infecto y lo exaspero. Tú le entristeces, y yo le enloquezco... le enveneno. Se desgarra, se devora, mata...

PUTONATÓN.–¡Pero qué sabréis vosotros, nada... nada de nada!... Y del Amor, menos, incluso menos que esos idiotas de vivos que lo viven... Yo sí que sé...

ASTAROT.–¿Y qué es lo que sabes tú, doble pendón?

PUTONATÓN.–Lo que se sabe cuando se hacen trampas. Yo leo en los dos juegos. Súcubo o íncubo, lo sé todo del amor. Óyeme esta copla: yo hago de hombre o de mujer, hago o padezco, doy o recibo, y a mi antojo me vuelvo el revés o el derecho del juego del entramarse. Por turnos

traiciono a la amada y al amante. Con sus sentidos, conozco todas las diferencias, y nadie más que yo lee en ambos corazones del monstruo de dos cabezas, el que forman amantes unidos que tiernamente se ignoran... bajo la capa del sueño, uso de omnipotencia. Abandonado el ser a la dicha de dormir, desvanecidas razón y virtudes, la carne entrega el alma a mis encantos. Deslizo en ella una languidez que conquista y se torna en deliciosa angustia. El ser jadea, suspira, y sus labios tendidos balbucean... entonces susurro en el fondo del espíritu fórmulas de perdición, diversos gérmenes de muerte... pues todo amor contiene desdicha que madura, y los más dulces lazos se vuelven nudos de serpientes... Cada sexo teme al otro y le atribuye un misterio... ¡Já, já...! ¡Un misterio!

BELIAL.–Estas especies de encarnados se regalan con enigmas...

ASTAROT.–Si se olieran que los espíritus no saben nada...

BELIAL.–No somos más que bestias... Todos nosotros somos inocentes...

ASTAROT.–Puros... Nadie hay más puro que el ángel y la bestia... Todos esos humanos son unos mestizos...

BELIAL.–Mezclados... tienen carne e ideas... el pienso y el pensamiento...

PUTONATÓN.–Si fuera sólo el pienso...

ASTAROT.–También está el regocijo, y los menudillos... ¡Yo odio!... ñic, ñic...

BELIAL.–¡Rechina, rechina...! ¡También yo odio!... Ensucio, corrompo, agrio la leche, la sangre, la bilis...

PUTONATÓN.–¡Y yo odio!, ¡odio debajo y odio encima!... Hago temblar las manos, flojear las piernas, encogerse el corazón, y romperse...

A UNA.–¡Yo odio!... ¡Odiar es vivir, en nosotros!

Aquí, el Discípulo rebulle y suspira.

BELIAL.–¡Hala! Este fango se mueve... Un gentil hombre toma forma...

PUTONATÓN.–Mi presencia ya le inquieta vagamente... Mira: le influyo. *(Se aproxima contoneándose y le sopla en el pelo: él se agita y balbucea)* ¿Ves? Respira distinto, su cara coge color. Todo en él se orienta hacia el fantasma que se forma de sus fuerzas. Sus manos buscan, y su alma cree asir ¿Hay que ir más lejos con la broma? Se va cargando de amor poco a poco... Pero yo estoy aquí sólo por la señorita... Menudos sueños que le he colado esta noche a esa tierna virgen...

BELIAL.–¿Virgen?

PUTONATÓN.–¿Virgen?... Sí. A ojos de terceros... Pero puta de cabeza.

ASTAROT.–Ya has hablado bastante, Putonatón... Me aburro, me aburro... Ñic, ñic, me roo tus cotorreos... Haznos gemir a ese pelele, que tiemble, y se retuerza, y gimotee...

BELIAL.–¡De eso nada, eh!... ¡Ojo como le despiertes!... El Gran Cabrón le tiene ahí, todo calentito, para algún empleo.

ASTAROT.–Pues tanto peor... El Gran Cabrón tiene sus propias ideas sobre esta casa. *(Muy bajo.)* Ya sabes que en otro tiempo tuvo líos con el Hombre de aquí. Se le escapó, ¿sabías?

BELIAL.–*(En bajo.)* ¿Crees que ha encontrado a alguien más malo que él?

ASTAROT.–Chss... *(Muy bajo.)* ¿Por qué no? *(Silencio.)*

PUTONATÓN.–Y al Cabrón no le gusta nada fallar un gran golpe. Cuando uno se ha reservado todos los honores

del Abismo, y se hace besar el culo por cuanto hubo de más eminente y excelente sobre la tierra... Pero es que el Hombre de aquí es un poco... otra cosa, distinta de un hombre, ¿sabes?

ASTAROT y BELIAL.–Chss, chsss... Silencio... Huele al Cabrón...

PUTONATÓN.–Tanto peor... Lástima... ¡Mirad qué bien duerme, criatura!... ¡Qué frescura!... Me hace vacilar entre mis dos especies... Fijaos, fijaos, apenas le rozo... Aún no pasa nada, y la simplicidad del sueño profundo que le rodea sigue intacta!... Inocente, querido mío, voy a encantar tu sueño... Veo tu destino amoroso que viene cargado de vida, al hilo del rico torrente de tu sangre... Mi inocente pequeño, tú ya no eres del todo el mismo... Ya no eres esa nada animal que respira sin ser... te sientes venir a ser... en trance de venir a ser una necesidad de dicha... Mira, qué hermosa soy... Qué fresca toda mi carne. Qué dulce toda mi piel... Tócame... Toca aquí... ¿Entiendes, pequeña bestia?... Aquí... Y ahí... y aquí...

Le rodea con gestos acariciadores. Él se endereza a medias, con los ojos cerrados, las manos perdidas en el espacio, y balbucea.

El DISCÍPULO.–¡Sí... sí! ¡Qué gracioso!... ¿Qué... qué? ¡Tata... bombón!, ¡tu bombón!... Ah, qué bueno... oy, oy, oy...

Se oye un fortísimo chasquido de látigo.

LOS DEMONIOS.–¡El Cabrón!

ESCENA SEGUNDA

LOS MISMOS, MEFISTÓFELES, *látigo en mano.*
Aparece, los Demonios se retiran a las paredes y se prosternan.

MEFISTÓFELES.–¡Bestias!, ¿qué hacéis con mis órdenes? (*Al Discípulo.*) ¡Larva, vuelve a la nada, desplómate en la au-

sencia! (*Gesto. El Discípulo se deja caer tumbado contra el libro.*) Tristes brutos incorpóreos, gusanos del fango del fuego eterno, mis sombríos esbirros, siervos innobles del verdugo que soy yo.

LOS DEMONIOS.–(*A una.*)
¡Satán, ten piedad de nosotros;
Príncipe del Mal, te rogamos, óyenos;
Corazón del Abismo, líbranos!

MEFISTÓFELES.–¡Oh, vulgo de la Gehenna, excremento de las tinieblas, ¿habéis olvidado que en el infierno no hay sitio para los rebeldes?

LOS DEMONIOS.–¡Satán, Satán, ten piedad de nosotros!

MEFISTÓFELES.–Ahora tembláis, perros abominables...

LOS DEMONIOS.–(*Salmodian por turno.*)
¡Corazón del Abismo!
¡Arca de la Malevolencia!
¡Pozo de la Mentira!
¡Sombra de la Verdad!

MEFISTÓFELES.–(*Chasquea el látigo.*) ¡Silencio! ¡Basta de esta infame parodia!... ¡Cobardes, aún sería ángel yo, si hubiera sabido arrastrarme como vosotros! ¡Ah, qué castigo teneros por ministros de mis actos, monstruos innobles!... ¡Sois feos!...¡Qué asco! No aguanto esta monótona necesidad de condenación que me empareja por toda la eternidad a vosotros, morros repulsivos, blasfemos figurados, instrumentos de espanto por los que se ejerce toda la bajeza de la Justicia Más Alta ¡Oh miseria!... Hacer siempre lo mismo... ¡Feliz el hombre vivo, que va del Bien al Mal, del Mal al Bien, y se mueve entre la luz y las tinieblas!; él adora, y reniega; él recorre todos los valores que la carne y el espíritu, la razón y los instintos, las dudas y los azares introducen en su absurdo destino.

Él puede ganar o perder... ¡Pero YO!... ¡Pobre Diablo!... (*Los Demonios se ríen.*) ¡Os reís, sucia jauría, mis abyectos fieles! ¡Reíd, reíd!... (*Les azota con su látigo de nueve colas.*) Reíd, rodad esa risa negra cargada de un rumor de cadenas... ¡Que no pueda yo destruiros, y a mí mismo!... (*A Astarot.*) ¿Tú qué rezongas, jeta de sombra hedionda?

ASTAROT.–Mi señor, os besamos conforme al rito la una y la otra nalga, y os ofrecemos el respetuoso homenaje de nuestras peores exhalaciones. Recibid nuestro incienso. Humildemente congregados a vuestras órdenes, nuestra estupidez aguarda de Vuestra Insigne Malevolencia lo que se digne prescribirnos con miras al cumplimiento de nuestras malicias, villanías, daños y cualesquiera perturbaciones intestinas en general en esta mansión... ñic, ñic...

MEFISTÓFELES.–Basta... Basta de roídos, mal engrasado. Chirrías francamente demasiado. Le roerías los nervios al mismo diablo... ¿Es que vas a reducir a polvo la sustancia de la Eternidad?

BELIAL.–¡Bravo! Bien dicho.

MEFISTÓFELES.–¡Silencio, cerdo!... No soporto ser alabado sino por hombres... y entre ellos, los más altos solamente saben hablar de mí... Conque ¡silencio! ¡Escuchadme, y temblad!... Aquí vive y se burla del Infierno un tal Fausto... Ése es cosa mía: es demasiado fuerte para vosotros, morralla... Ocupaos de la casa. Que la inquietud halle en ella su morada. Que haya angustia en el aire y en las sombras, que los muebles giman y recorran escalofríos los tapices; que la luz en las lámparas palpite extrañamente, y una presencia inexplicable y espantosa se deje sentir en todas las cosas de esta morada. En cuanto a ti, Putonatón, el mozo que está ahí y la joven que ahora viene te los entrego. Mañana, en que raye el día, quiero

verles seducidos. Les necesito, al uno y a la otra, lanzados por las vías de su carne, henchida de los venenos más acres de la lujuria. Trabájales la fibra. Siembra de amor su flaqueza nocturna. Organiza sus sueños. Hincha de esperanza confusa sus corazones demasiado pletóricos de fuerzas, y haz que se despierten en ese estado de inminencia del deseo y sobreabundancia de ternura en que el menor incidente les precipite el uno al otro. Tú sabes imitar el azar. Te pondrás de inmediato con este pichón, al que ahora tengo que manipular un poco su ingenua mollera. En cuanto a la chica, cuídamela... hay cierto misterio en esa pendona. Voy a decirle unas palabras...

(*Hace una seña; los demonios se recolocan, dejando libre el centro de la escena.*)

ESCENA TERCERA

LOS MISMOS, LUST *con una lámpara en las manos. Los Demonios son imperceptibles para los humanos, hablan y ríen sin ser escuchados.*

LUST.–Un libro... Un libro para no pensar... Un libro, entre mi alma y yo... Pero ¿qué libro, corazón mío, qué libro podría seducirme esta noche a otra vida que la mía? ¿Qué cuento, qué novela, cuando no hago más que inventarme tanta felicidad, tanta desdicha como puedo, y vivir demasiado con todo mi ser esos transportes, esos impulsos... esas caídas y recaídas de mi alma?... ¡Ay, si yo supiera lo que quiere!...

Aquí Mefistófeles, invisible, se coloca a su espalda. Y ELLOS DICEN A UNA, a media voz, las réplicas así señaladas.

A UNA.–Sabes muy bien lo que quieres. Sabes demasiado bien lo que quieres. No te atreves a decirte lo que sí te atreves a sentirte muy cerca de hacer...

LUST.–¡Oh, ¿qué voz me habla, que es la mía y me atormenta como otra voz?!... Doy vueltas y más vueltas en el lecho de mis pensamientos... ¡Un libro, un libro para no oírme...! Pero me parece que nunca más volveré a leer... ¡Oh corazón mío, ¿qué me importan todos esos libros, que no son más que inteligencia muerta, y cosas que pueden decirse?!...

A UNA.–Escucha, pequeño Yo... escucha... ¡Yo soy la más sincera de tus voces! Óyeme bien: yo soy tu verdad, tu camino y tu vida... Escucha, escucha, éste es el buen consejo...

LUST.–¡Oh!, ¿qué voz me habla, que es la mía y me turba?

A UNA.–Escucha, escucha, he aquí el único consejo: ¡ÁMATE!...

LUST.–¡Oh, mi corazón, que todo lo sabes! De pronto salta. De golpe se para, antes de todo pensamiento... Está ahí, como un puño cerrado que retuviera todo lo que importa...

A UNA.–ÁMATE... ÁMATE... AMA TODOS TUS DESEOS...

Aquí Mefistófeles se hace visible y pasa por delante de Lust, a quien saluda.

MEFISTÓFELES.–Buscaba usted un libro, mi querida señorita, que no tiene ninguna gana de leer... (*Ella advierte su presencia, sobresaltada tiembla, y retrocede.*) Tiene toda la razón. Pueden soñarse tantas otras cosas... Cuanto puede escribirse es niñería. Lo que no es inefable no tiene ninguna importancia... (*Ella retrocede.*) ¿Aún me tiene miedo?... Puedo dar miedo, sin duda... y hasta se lo he demostrado un poco... Pero también puedo hacerle un favor. (*Ella le vuelve la espalda.*) Fíjese, no sabe usted qué es lo que desea... Yo veo claro en las tinieblas, como los

gatos. Desenredo... Simplifico... La gente tiene miedo de sus ideas... miedo de amar lo que aman. ¿A qué va a buscar entonces un libro, y en un libro todas las majaderías de otro?... Lea y relea esa novela favorita que no cesa de escribirse en su cabeza, de ilustrarse, rehacerse y perfeccionarse, viva como usted misma... si no más. En cuanto a poesía, he ahí algo de lo que no tiene usted la menor necesidad... toda su persona es un poema. En sus ojos, en su cara, brilla el fuego lírico, y la ardiente sobreabundancia de un sentimiento soberano inspira a todo su ser la presencia de la extrema belleza ¡Es usted bella, bella!... (*Ella se tapa la cara.*) ¡Venga, no va a velar usted lo que admira el mismo Diablo...! Acepte los cumplidos de un conocedor desinteresado. A mí sólo me gustan los ángeles. Me perturban. (*Los Demonios se descoyuntan de risa.*)

LUST.–¡El Monstruo!.. Aún sigue ahí...

MEFISTÓFELES.–Vea usted, purísima niña, lo discreto que soy. Le digo que está en lo más bello de sí misma, y no he buscado ni querido buscar lo que la embellece tan plenamente. Sin embargo, usted sabe muy bien que leo en la sombra del alma como se lee a la luz un escrito, y sé que las verdades dan miedo de entrada a quien las forma en sí, y que germinan lejos del día... Pero no tiemble... ¿qué le pasa?

LUST.–(*Que ha advertido al Discípulo dormido, da un brinco, presa de espanto, y grita.*) ¡Ay!... ¡un muerto!...

MEFISTÓFELES.–Muerto de sueño. Respira bastante bien. ¿Qué iba a hacer yo con un muerto? Para mí un difunto es negocio cerrado... No, no es más que un amable jovencito venido aquí como el insecto a la llama, a beber de la luz faustiana en su misma fuente... Me temo que el Doctor le haya desairado un tanto, y por pura o impura

benevolencia, yo le he retenido bajo este techo. Quisiera introducirle a la sana doctrina. Vea usted ya los frutos de mi enseñanza: ya hago dormir, como un verdadero Maestro...

LUST.–Infeliz... ¿Por qué se ha quedado?... ¡Tan joven!... Está perdido... Si supiera qué vampiro...

MEFISTÓFELES.–El término es un poco débil.

LUST.–¡Le odio, le odio!

MEFISTÓFELES.–Odiarme... ¡es amarme!

LUST.–Y pensar que tengo delante... a usted, el Infierno... el mismo Espíritu del MAL...

MEFISTÓFELES.–Alguien hacía falta para el puesto... soy una criatura, como usted.

LUST.–¡Dios mío... Dios mío!

MEFISTÓFELES.–¡Eh, nada de groserías!... ¿No está escrito que seréis inducidos a tentación? ¿No hago mi trabajo? ¿O hacía falta que se encargara el Creador? ¿Y no exige el orden unos cuantos ministros de negro que le proporcionen la cantidad de horror, crueldad y perfidia que necesita para aprobar, escoger y castigar...? ¡Tanto peor para el que sucumba...! ¿Qué sería del mérito sin mí? Yo soy todo el peligro que se requiere para hacer un justo.

ASTAROT.–¡Qué interesante!

BELIAL.–¿Ya no te aburres, eh? Habla como un ángel.

LUST.–¡Señor, Señor...!

MEFISTÓFELES.–No se trata de decir ¡Señor, Señor!... Pequeña Lust, ¿así que se interesa usted por este muchacho?

LUST.–No le conozco de nada. Pero a usted sí. Tiemblo por un ser.

MEFISTÓFELES.–¿Tiembla por un desconocido?... Já, já... Por lo menos conózcale. Déme la lámpara. Mire, le alumbro: ¿a que está bastante bien? Merece que uno se ocupe de él y se lo dispute al Demonio.

PUTONATÓN.–¡Será chulo...!

BELIAL.–¡Mira que es malo el Malo!

PUTONATÓN.–La muy zorra le está echando el ojo. Pero mirad qué inocencia.

ASTAROT.–Y así el alma se va familiarizando... jí, jí...

LUST.–Pobre niño... ¡tan joven!... ahí, indefenso... hay que advertirle... (*Grita.*) ¡Señor, señor, despierte! ¡Señor!...

MEFISTÓFELES.–Inútil. Duerme a mi manera. En este momento un trueno le resultaría apenas un murmullo sin causa... Pero desde mañana por la mañana le encontrará usted bien despierto. Ya verá qué gentil, qué lozano, qué tierno. Mire qué frente más pura... Querría uno dormir como él... con él... junto a él... demasiado junto a él...

LOS DEMONIOS.–Dormir, dormir... nosotros nunca dormimos... ¡Ah, dormir!...¡Eso sí que es un sueño!...

LUST.–¿Qué hacer? ¡Salve a este pequeño!

MEFISTÓFELES.–¿Yo? Yo no tengo elección. No me atribuya usted las variaciones y caprichos de la Omnipotencia. Yo soy más absoluto. Soy el Mal en toda su pureza, e ignoro todos esos compromisos, rescates, misericordias, remisiones y gracias que, por ALLÁ ARRIBA...

LUST.–¡Ah, demasiado lo sé!... ¡Usted es implacable!... Corro a buscar al Maestro... sólo él podría hacer...

MEFISTÓFELES.–Siiiií... El Maestro... Ja, ja... puede que le extrañe el interés que pone usted en este bachiller de paso, que se ha plantado en su casa sin que él lo supiera.

Fausto no es precisamente un gran amante de la juventud; y luego, me pregunto si le gustará mucho el generoso arrebato de su Dama de Cristal con este bonito pájaro que tenemos aquí... Es verdaderamente un guapo mozo, el pequeño... (*Le ilumina. Juego de luz.*)

LUST.–¡Monstruo!... Monstruo...

MEFISTÓFELES.–El oficio ante todo, como decía un papa.

BELIAL.–A ese papa le conozco yo: está en la fosa BAAL.

MEFISTÓFELES.–Pero entonces... ¿es que está usted muy segura de la perdición de este encanto, no? Dígame, Lust, ¿le cree sin fuerza alguna frente a mí? ¿No será que piensa usted, sin figurárselo siquiera, que podría hallarse inerme frente a usted? ¿Eh? ¿Frente a sus ojos... eh?

ASTAROT.–¡Toma, la célebre serpiente!... (*Los Demonios ríen ruidosamente.*)

LUST.–No me conoce. No me verá, de ninguna manera.

MEFISTÓFELES.–Bah... Puedo presentársela en algún sueño. Y al despertar la reconocerá ¿Eh? Quedaría trastornado. ¿Se imagina?... Pero sea lo que sea lo que yo pueda hacer, no puedo meterme con su libertad... ¡CON SU LIBER-TAD!... ¡Es libre! Le digo que él es libre, ¡LIBRE! Y yo estoy entre hierros, no puedo más que probar, intentar... tentar, como decís vosotros... pero hasta el punto final, la libertad os corresponde. El Más Alto ha cedido al Más Bajo un derecho de caza en el escurridizo y flotante bosque del Libre Albedrío. Eso es monte alto, encantado y enmarañado, que está en vosotros. Yo dispongo en él mis trampas, multiplico mis emboscadas, exploto los azares... Y luego, tengo el sueño. Ahí trabajo a mis anchas. Nada de pensar, ni rastro de continencia. Al amparo de la completa debilidad conspiro con los espíritus de la carne. Pinto sobre tinieblas los colores más

vivos de la vida... Pero el alma tiene su despertar... Se me puede escapar. Es una lucha, Lust...

LUST.–¡Qué lucha más... desigual!

MEFISTÓFELES.–Sin duda. Bella como es usted, Lust, es parte de mi juego. Son los bienes encantadores que usted ofrece a los ojos, joven flor, los que pueden inclinar a un mortal hacia el mal que debo hacer. Verá que hablo claro, yo, a quien llaman Engañador. Sea usted tan franca como yo, y dígame (*la mira fijamente*): ¿ama usted a Fausto?

LUST.–¿Amar? Para usted esa palabra no tiene más que un sentido... que ignoro.

PUTONATÓN.–Jo... jo...

MEFISTÓFELES.–¡Jo, jo!

LUST.–¿Soy o no soy transparente para usted?

MEFISTÓFELES.–El Diablo será franco. Su corazón me pone en una situación embarazosa. A veces me intriga, como me desconciertan a veces la extrema inteligencia y la lucidez excesiva de Fausto.

LUST.–¡Que mi corazón le resulta oscuro!... si me lo resulta a mí... Con todo lo demonio que es usted, no puede entender nada de él. Después de todo, no es más que el Diablo. Un caído, un vencido... ¡Uno más débil, en suma! Un fracasado, un desecho arrojado a las alcantarillas de la creación... Váyase, malvado, no puede nada sobre mi corazón, ¡no entiende usted nada de él, nada, nada!... en usted no hay ni rastro de música... Oh, corazón mío, te burlas del mal... y aun del bien... ¡Pero usted!... ¡No eres más que espíritu!... Pero si los mismos ángeles, los arcángeles fieles, todos esos hijos de la luz y esas potencias de fervor no pueden entender... Son puros, son duros, son fuertes ¡Pero la ternura!... ¿Cómo quiere que seres eternos puedan sentir el valor de una mirada, de un

instante, todo ese don de la debilidad, de un bien que hay que atrapar entre nacer y morir? No son más que luz, y tú no eres más que tinieblas... Pero yo, pero nosotros llevamos nuestras claridades y nuestras sombras... Le digo que el Infierno, la Eternidad, son poco para mí...

MEFISTÓFELES.–Bah, bah, bah, se encontrará usted bastante idiota al final, es decir, en el gran comienzo... los espíritus no son tan bestias como cree, ni los ángeles tan insensibles... ¿Qué piensa sacar de nuestro Fausto? Es más frío que yo... Si tuviera un poco de corazón, hermosa mía, se habría salvado o condenado. Pero en resumen, ¿usted le ama?

LUST.–¿Lo sé acaso?... Su ausencia se me hace presencia, y su presencia me atrapa siempre como un imposible. Si está ahí, cerca de mí, ya casi no es él, pues verle es no pensarle. Con él, es como si yo fuera, pero menos...

PUTONATÓN.–Pequeña puta, ya me conozco yo tu manera de pensar en su ausencia.

MEFISTÓFELES.–Y dígame, el melocotón compartido estaba delicioso, ¿no?

LUST.–¿Por qué me pregunta eso?

MEFISTÓFELES.–Era de mi huerta...

LUST.–(*En bajo.*) Casi demasiado bueno. (*Tocan a la puerta.*)

MEFISTÓFELES.–Quería hacérselo decir. Si no, habría mentido... (*Tocan.*)

ESCENA CUARTA

LOS MISMOS, EL SERVIDOR. (*Lleva un candelabro.*)

SERVIDOR.–Perdón, señorita. Perdón, caballero. Es por un asunto de trabajo.

LUST.–¿Qué hay?

SERVIDOR.–Hay... ¿Qué es lo que hay?... Sí, ¿qué es lo que hay?... Hay que me lío... Es que me lío... Mi cabeza se lía... A ver, vamos a ver... (*Los Demonios se burlan de él, dan brincos y le hacen muecas.*) Desde hace unos días tengo la impresión de que la casa estuviera llena de arañas... Tengo las ideas llenas de hilos... No puedo pensar en nada sin pensar en todo, ni en cosa alguna sin pensar en nada... es curioso. (*Advierte al Discípulo.*) Anda, otro más... A ver, vamos a ver, esto me lía. Yo me lío... Es que vengo de hacerle la habitación roja al señor, le he preparado un buen fuego.

MEFISTÓFELES.–Inútil.

SERVIDOR.–¿Y ahora tenemos aquí a otro caballero? ¿Y dónde le pongo? Como ya está durmiendo...

MEFISTÓFELES.–Conmigo. Por la noche yo solo tengo miedo.

(*Los Demonios se desternillan.*)

SERVIDOR.–¿De qué, señor? A mí lo único que me da miedo es mi cabeza... A ver, vamos a ver... Uno nunca ha de tenerle miedo más que a su cabeza. En fin, si el señor quiere tener a ese señor consigo, ya está todo arreglado. Respiro. Pues de siempre de estos días resulta que aquí no se arregla nada... Quiero hablarle de ello con todos mis respetos al señor profesor, pero no me atrevo... te mira con esa mirada tan rica que te hace sentirte tonto, como un pobre animal... me vuelvo un animalillo, un caniche, cuando me mira.

LUST.–Pero en resumen, ¿qué es lo que pasa?

SERVIDOR.–Señorita, yo soy muy observador, y además, me hago mis pequeñas reflexiones. Ya puede uno empeñarse en ser un simple empleado, uno tiene su juicio y hasta

sus persuasiones, sí... No, espere... me lío; me lío... (*Los Demonios se ríen muy ruidosamente.*) ¡Jo, vaya viento!... a ver, vamos a ver... ¡Ah, sí! Los hechos son éstos: todas las mañanas, siempre, estos días, observo un caso extraordinario. Figúrense que estoy allí, en la cocina, calentándome la leche, ¿eh? Bien. Pues bien, ¿qué es lo que pasa? En el preciso instante, ¿eh?, en el preciso instante en que la leche va a hervir, soy víctima de una pequeña distracción de nada, y puf, mi leche, puf, al fuego... y así todos los días... Lo sé, estoy seguro de que va a pasar... no le quito ojo, la vigilo, le hablo... le digo espera, espera... ¿eh?, bueno ¡y bah!, se burla de todo. En el momento justo, sube; voy a retirarla... ¿eh?, y ¡zas! Pasa una idea por allí... No sé cómo, encuentra sitio para pasar entre mis ojos que vigilan y yo, listo a tirar del cazo. En resumen, que zas, la idea... y puf... mi leche hirviendo que se larga como si llevara al diablo en los calzones.

BELIAL.–¡Diablo, presente!

(*Todos los demonios se desternillan y gritan: ¡y puf!... ¡y puf!*)

MEFISTÓFELES.–Pues claro. Es el alma de la leche.

SERVIDOR.–¿Cree el señor?... Seguramente, será eso. El alma de la leche. Me voy a permitir apropiarme de esa opinión. Yo es que no terminé mis estudios. Pero soy muy observador, y veo perfectamente que el señor está al corriente de todo lo que venga torcido. Sí señor, en cualquier asunto hay con toda certeza un tiempo de nada, una endemoniada pizca de tiempo de nada, justo lo que hace falta para que uno suelte una estupidez que hasta entonces, con mucha sensatez, se guardaba para él bien aparte, bien vigilada... ¡Sí, seguro que no lo iba a hacer, muy seguro!... ¡No le quitaba ojo, faltaría más!... y luego, puf. Sale a escape, salta, se desborda, ¡y hala!, la leche de la inocencia hecha un salvaje por los carbones... (*Los*

Demonios se ríen.) ¡Pero qué viento hace esta tarde! ¿Ya oyen?, ¡ hace un viento de mil demonios!... Pues sí, y sin embargo así es como a veces un buen hombre se encuentra convertido en criminal, sin saber ni cómo ni por qué. Se le pasa por la cabeza una endemoniada pizca de tiempo de nada y zas... ya está hecha la estupidez antes de ir a hacerla... ¿y quién la ha hecho? Nadie. Y no obstante, ahí están, bien jorobados... se despiertan en plena desdicha...

MEFISTÓFELES.–A veces dichosos.

SERVIDOR.–Lastimosos siempre, señor.... Pero bueno, ¿no es más o menos así como a todos nos han... traído al mundo? Un endemoniado tiempo de nada...

MEFISTÓFELES.–Y ahí estamos, concebidos...

PUTONATÓN.–¡Convulsión grosera! ¡Puf! (*Todos los demonios a coro: ¡Puff!*)

SERVIDOR.–Si la señorita quiere acompañarme, creo que el señor profesor le ha dado instrucciones para la comida. Mañana es día de mercado y la cocinera se va al amanecer.

LUST.–Voy.

(*Sale aprisa, seguida por el Servidor que le abre la puerta del fondo y se echa a un lado. Al pasar junto a Belial, éste salta tras él y le apaga de un soplo el candelabro. Tinieblas.*)

SERVIDOR.–¡Vamos a ver... vamos a ver...!

LOS DEMONIOS.–¡Nos toca! ¡Nos toca!... ¡Caos!

MEFISTÓFELES.–(*Con voz atronadora.*) ¡Jaia... Discordia!... ¡Jaia... Desorden!... ¡Bum burrum!

LOS DEMONIOS.–¡Nos toca!... ¡Nos toca!... ¡Caos!

(*Gran barahúnda, risas, gritos, gemidos en la oscuridad*)

ESCENA QUINTA

MEFISTÓFELES, EL DISCÍPULO, *dormido aún, la frente sobre un gran libro.*

MEFISTÓFELES.–(*Sentado a la turca sobre la mesa.*) La Lust buscaba un libro. Un libro para no pensar... Pensar es eso que hacen cuando no hacen nada... Es una chica rara. Pensar ¿en quién? ¿En qué? ¿En Fausto? ¿En Fausto por el placer? ¿En Fausto rendido y luego en la convulsión del amor? No. No. Es una chica bien rara... (*Se levanta muy agitado.*) No veo qué quiere de Fausto. Entre hombre y mujer no hay tres posibilidades. Ni ella misma lo sabe. De la misma, yo lo sabría. Pero no sabe: así es que me resulta oscura. Yo soy el ser sin carne, que no duerme, ni piensa. Desde que esos pobres locos se apartan del instinto, me pierdo en el capricho, la inutilidad o la hondura de esas irritaciones de cabeza que llaman «ideas»... Me pierdo en ese Fausto, que a veces parece entenderme bien distinto de como es debido, ¡como si hubiera otro mundo que el otro mundo!... Aquí es donde se encierra y se entretiene con lo que hay en los sesos, donde rumia y le da vueltas a esa mezcla de lo que sabe con lo que ignora que llaman Pensamiento... Ella buscaba un libro. Un libro para no pensar... El caso es siempre lo de pensar... No sabe lo que quiere, y lo quiere con todas sus fuerzas. Lo que quiere la consume... ¿A ver si va a ser un fuego que no conozco? Me pierdo... Me pierdo en la inteligencia de Fausto, en el alma de Lust... La perdición del Diablo... no sé pensar ni tengo alma: por eso no conozco más que mi deber... En cuanto al otro... al más simple... (*Hace gestos mágicos sobre el durmiente.*) ¡Alejop!... ¡Herres!... ¡Hop!... Regresa... Renace... Revive... Recobra manos, ojos, labios... Rompo la esfera de sombra del sueño... Fuerzas, congregaos... Chispa de lo Verdadero, reaviva a este infeliz... ¡Herres!... ¡Hop!...

EL DISCÍPULO.–(*Se estira y bosteza, abre unos ojos como platos. La araña de cobre se enciende.*) Aauuu... Aaahhh... Qué de libracos... Nunca he leaahum...ido tan...to. Buff... (*Advierte a Mefistófeles.*) Anda, ¿aún está usted ahí?... Le dejo, y por dejarle, le encuentro... Es gracioso... Sin duda es que dormía y soñaba con usted.

MEFISTÓFELES.–Nooo... Estaba usted leyendo. Simplemente, leía demasiado de cerca, metiendo la nariz en una prosa espesa.

DISCÍPULO.–¿La nariz?... Después de todo la lectura, a fe mía, no es más que un vaivén de la nariz que camina de izquierda a derecha y vuela de derecha a izquierda... el autor le va llevando a uno de esa nariz, que no siempre le sigue... Pero lectura o no, era palpitante. Salgo de un poema, señor mío, y no de una prosa pastosa.

MEFISTÓFELES.–La prosa siempre es por no haber otra cosa... ¿Y entonces?

DISCÍPULO.–¿Entonces?... ¿Pero cómo traducir un poema? ¿Cómo decir...? No hay nombre para esa dulzura... Tan nueva, que alguna vez rayaba en angustia, pero una angustia deliciosa... Por momentos acariciaba una felicidad inaudita, con la aguda sensación de lanzarme a algún extremo de mí mismo, hacia no sé qué muerte incomparable que se hacía exigir cada vez con más furia... Una muerte por efusión... No. Es algo indescriptible. No digo más que absurdos.

MEFISTÓFELES.–El absurdo, señor mío, tiene razones que la razón sospecha.

DISCÍPULO.–Y luego me perdía también en un vertiginoso desorden de acercamientos cálidos o frescos, en que las manos que yo creía tener hallaban, palpaban, perdían fragmentos adorables, como de una estatua viviente y fugitiva, una Venus que se derretía...

MEFISTÓFELES.–¡Caray!... Guardaos del amor... espero que no fueran de alguna Jezabel descuartizada... su poema no era más que una improvisación de las fuerzas juveniles de su edad. Todos esos miembros encantadores, esas preciosas tajadas, se explican muy bien. Todo ese sueño está pleno de promesas.

DISCÍPULO.–(*Declamando.*) Y satisfarán los frutos la promesa de las flores...

MEFISTÓFELES.–Eso espero. Son avisos de la buena naturaleza. De eso sabe más ella que Fausto, joven amigo. Y yo ¿qué hacía en esa tierna carnicería?

DISCÍPULO.–¿Usted...? Bueno, eso es toda una historia... Pero... se me acaba de escapar. Aquí se rompe el hilo, y mi memoria expira. Sólo me acuerdo que usted ha atravesado por medio de la maravilla en el momento más patético, y vino el despertar.

MEFISTÓFELES.–¿Romper un encanto, yo? No.

DISCÍPULO.–Cuando digo usted, era usted y no lo era. Era un gigante seco, de una delgadez increíble, mucho más flaco que usted, y negro, negro como un carbón brillante. Y sin embargo, yo sabía que era usted.

MEFISTÓFELES.–El sueño es una mascarada. Puede que fuera un traje de rigor para circular en el carnaval de sus libertades nocturnas.

DISCÍPULO.–Pero puede que aún esté soñando... ¿Qué hago aquí? ¿Y qué hora es?

MEFISTÓFELES.–Es la hora que tiene que ser... la que tiene que ser para que las cosas que deben estar juntas se junten, y las que fueron no se diviertan con las que podrán ser... ¿Por qué le he retenido bajo este techo? Tengo razones para pensar que el doctor lamenta en cierta medida el tibio recibimiento que ha dado a un joven entu-

siasta venido de muy lejos para adorarle. Al doctor no le molestaría arreglar un poco la expeditiva impresión que puede haberle dado. A veces tiene arranques de gran hombre... Y luego, con razón o equivocadamente, he pensado que quizá le interesara a usted, que parece bien dispuesto a sonreír a las gracias de la vida, conocer a una joven que se aburre, que sin duda tiene sus sueños como usted los suyos, que es encantadora, y que es, en fin, la secretaria del doctor.

DISCÍPULO.–¿La secretaria del doctor?... ¿Pero cómo... no es usted? ¿Acaso es el padre de esa señorita y se preocupa por casarla?

MEFISTÓFELES.–¿Yo?... yo no tengo hijos, ay...

DISCÍPULO.–Pero en resumidas cuentas, usted desempeña algún papel aquí... ¿A quién tengo el honor de hablar?

MEFISTÓFELES.–Al gigante flaco y negro.

DISCÍPULO.–¡Bueno...! (*Se encoge de hombros.*)

MEFISTÓFELES.–¿Quién soy?... Si se lo dijera, no lo creería. Así es que no vale la pena. Y además, definirse siempre es engañar a la gente.

DISCÍPULO.–¡Pero usted hará algo en la vida, por Dios...!

MEFISTÓFELES.–¿En la vida?... (*Con voz sorda.*) Ñic, ñic... Ejem... hago... un poco de todo, puesto que hago lo que se quiera ¿Me entiende? Todo aquello que se quiera ¡Y hasta hago que se quiera! Soy profesor de Existencia. Enseño a amar lo que se ama, y a huir de lo que no se ama. Ayudo a vivir a quienes gustan de vivir, y a acabar a quienes ya tienen bastante. Satisfago. PROPORCIONO... Vea usted en mí al más discreto de esos tipos serviciales, buenos para todo, a los que se toma, se deja, y a quienes con éxito o sin él se cuenta con pagar finalmente en ingratitudes sin el menor remordimiento... ¡Al

contrario!... Ellos siempre están en la sombra, o entre bastidores de los líos que uno pueda tener, al alcance de la necesidad, el deseo o la desesperación.

DISCÍPULO.–Más o menos, como el arma asesina o suicida en manos del hombre acorralado.

MEFISTÓFELES.–¡Qué afortunada comparación!

DISCÍPULO.–En resumen, ¿que usted actúa por puro amor al género humano?

MEFISTÓFELES.–Soy su único amigo. No, nada me es más caro que dar a quien lo quiere todo el placer posible. Yo hago grata, simplifico, divierto, exalto o adorno la vida. En una palabra: SIRVO.

DISCÍPULO.–¿Sirve?... Antaño hubo alguien, un inmenso desposeído, que gritó contra el cielo todo lo contrario. Y clamó NO SERVIRÉ... Eso era orgullo. Era un tipo duro.

MEFISTÓFELES.–(*Modesto.*) Eran otros tiempos... Yo, sirvo. Sirvo, como le digo, para lo que se quiera, en lo que se quiera; y al momento, sin cháchara ni regateos. No le hago ningún sermón a los seres a quienes dejo obligados conmigo... En pocas palabras, hago el bien, y el bien que hago lo hago con el mismo placer que por lo general se halla en hacer el mal.

DISCÍPULO.–¡Diablos...!

MEFISTÓFELES.–¿Me decía...?

DISCÍPULO.–He dicho ¡diablos!

MEFISTÓFELES.–¿Es una invocación?

DISCÍPULO.–Es una manera de hablar... Y quizá también, a fe mía, una cierta nostalgia que se me escapa...

MEFISTÓFELES.–¿Y eso?

DISCÍPULO.–Pues sí. Ya no existe Satán, que era la mismísima complacencia. Se le invocaba, acudía. Se vendía uno, y él le colmaba... Y después, buena prisa que se daba uno en el mal trance para hacer lo necesario y arrancarle de las garras esa querida alma inmortal...

MEFISTÓFELES.–¡... al ladrón!... ¡Canallas!... ¡Ah, salvados bribones! ¡Al Paraíso, al Paraíso con esos timadores!

DISCÍPULO.–Entre nosotros... ¿no es eso lo que corre entre el vulgo y en la literatura a propósito de nuestro gran Fausto?

MEFISTÓFELES.–De seguro, no sé nada. ¿Sabe?, el doctor es una cabeza bien puesta.

DISCÍPULO.–En fin, hoy ya no hay ni almas ni Diablo, y lo encuentro bastante enojoso. Era tan simple, tan claro, tan fácil vender el alma a plazo y comprarla de nuevo, tirada de precio, a la liquidación del cuerpo...

MEFISTÓFELES.–Siempre se puede probar... Voy a hacer una hipótesis. Suponga que el famoso personaje en cuestión tenga aún cierta existencia... ¿eh? Nunca se sabe, ¿eh? Me cuento entre los más curiosos por saber que le haría usted el favor de pedirle, ¿eh?... (*Se inclina como un tendero que ofrece algo.*) Después de todo, él como todo el mundo... como los que están en lo más alto, incluso, no vivía sino del crédito que se le concedía... Vamos, dígame un poquito, como en los viejos tiempos, su ¡ven, Satán!, y pida sus deseos... ya se verá.

DISCÍPULO.–¿Deseos?... ¿Y qué desear?... el surtido no es precisamente inmenso. Es tan pobre el alma en objetos de deseo... Fíjese, los voy a contar con los dedos, y de una sola mano. Ser fuerte. (*Los dos cuentan a una extendiendo sus dedos.*)

MEFISTÓFELES.–UNO.

DISCÍPULO.–Ser bello.

MEFISTÓFELES.–DOS.

DISCÍPULO.–Ser amado.

MEFISTÓFELES.–TRES.

DISCÍPULO.–Ser rico.

MEFISTÓFELES.–CUATRO.

DISCÍPULO.–Ser amo.

MEFISTÓFELES.–¡Y CINCO! Cinco dedos... Todas las cartas vistas.

DISCÍPULO.–¡Menos tres!, de los que ni me preocupo... Me encuentro robusto. Me veo bastante guapo mozo, y me haré amar.

MEFISTÓFELES.–Guardaos del amor...

DISCÍPULO.–Ya me encargaré personalmente. ¡No! Ser amado diablo mediante, ¡no, gracias! No, no, sería humillante.

MEFISTÓFELES.–Más de uno, si me quiere creer, lo encontraría pero que muy bien. Algún día será usted menos difícil...

DISCÍPULO.–No, señor. En cosas de amor, el Diablo no entiende nada. No ve en él más que el fuego...

MEFISTÓFELES.–Un fuego de fiesta.

DISCÍPULO.–No ve más que un instante ardiente al que las gentes se arrojan a pares para arder en una llamarada, como insectos; y cree que ése es fin que puede alcanzarse con regalos, cumplidos, dulces y filtros... ¡Qué simpleza tan estúpida...! Pero todos esos pequeños remedios comunes y conocidos no hacen el amor que me hace falta... Yo quiero el gran amor, ese que lleva tu sentimiento

de vivir a la potencia de un canto, de un himno sobre las cimas...

MEFISTÓFELES.–¿Qué?

DISCÍPULO.–¿No lo entiende?

MEFISTÓFELES.–Ni jota.

DISCÍPULO.–Poca malicia tiene.

MEFISTÓFELES.–Pues, un poco, ya suelen decir.

DISCÍPULO.–Tan poca como el mismo Maligno... ¿usted también anda en esos tratos?

MEFISTÓFELES.–A veces. Pero vamos a ver: elevar el sentimiento de vivir a la potencia de un canto... ¿qué puede querer decir eso?

DISCÍPULO.–Vaya a preguntárselo a los ruiseñores...

MEFISTÓFELES.–Bueno, pues dejemos el amor y los pajaritos... ¿y el dinero?

DISCÍPULO.–Gracias. Sé lo que vale, pero también lo que cuesta. Es muy sencillo: te suprime. Si mañana voy y heredo ¿qué es lo que hago ese mismo día? Imito. Con las mismas me vuelvo avaro, o pródigo, que son dos tipos muy gastados en la comedia humana. Compro una mansión, un palacio, chicas, obras de arte bien escogidas, y todo a través de otros que no son yo... Y es que no hay mil y una maneras de eliminar el exceso de bienes. Se hace lo que los demás, pues se hace lo que quiere el dinero. Se compra lo que se compra, y eso son siempre las mismas cosas, las que se equivalen en dinero: un pura sangre vale una perla, que vale dos coquetas, que valen lo que valen, y así sucesivamente... Toda la economía cabe ahí: cosas, gentes, caricias, conciencias...

MEFISTÓFELES.–Todo. Todo. Todo.

DISCÍPULO.–¡No, todo no! Y luego, apenas es rico, uno cambia de amigos. A veces, de nombre, y siempre, de humor y de alma... es romper consigo mismo.

MEFISTÓFELES.– Ja, ja... en ésas estamos... Me gusta usted, joven... singular jovencito que quiere ser él mismo en el amor puro y el desprecio al oro... Por todos los diablos, pone usted las miras en lo más alto... Es el orgullo el que le tiene cogido, el Príncipe de los Pecados.... Ja, ja, en ésas estamos... de eso ya entiendo. Hay en usted algo único... el Orgullo, el Orgullo, el pecado supremo, el que tiene la vista fija en el sol y corrompe a su servicio a todas las virtudes, y las hace busconas suyas. El orgullo se arma con todos los talentos, y quiere pasar todas las pruebas; sabe arroparse y madurar envuelto en una formidable modestia. Él hace a los santos, los puros, los héroes, los mártires, gentes terribles... Ja, ja, no se puede figurar cómo aprecio ese veneno sin par, que embriaga a los fuertes... Si usted supiera... si usted supiera... (*Una pausa. Luego, con los ojos cerrados, marcando solemnemente las sílabas.*) Precipita. Hace caer desde lo alto... de tan alto a veces... que esa caída encuentra un trono en el Abismo... (*Silencio bastante largo.*) En fin, ¿qué desea usted?

DISCÍPULO.–Quisiera ser grande.

MEFISTÓFELES.–¿En qué? ¿Y como quién? Hay grandezas y grandezas.

DISCÍPULO.–Como... Fausto.

MEFISTÓFELES.–¿Como Fausto?... pero ¿no le ve usted, triste y despegado de todo?

DISCÍPULO.–Y más que lo sería si tuviera algún motivo... Sí: como Fausto. Dominar al espíritu con el espíritu... con el mío.

MEFISTÓFELES.–Y por qué no. Me gusta usted.

DISCÍPULO.–¡Ay...! Eso es imposible.

MEFISTÓFELES.–¿Imposible?... A usted solo, puede... Pero ¿no estoy yo aquí, a su lado, casi en usted?; y más generoso que ese avaro del doctor, lo sostengo. Yo aconsejo. Ya se lo he dicho: SIRVO.

DISCÍPULO.–¿Consejo?... ¡puaf! ¿Y las instrucciones de uso, al dorso?... Además, haría falta tanto saber... Saber todo... Saber como hombre de mundo... SABER, PODER, QUERER... he ahí la triple clave.

MEFISTÓFELES.–¿SABER, lo primero?... ¿SABER?... Pero mire usted esos muros. (*Se ilumina el fondo de la escena, que se ahonda en una sala muy amplia de biblioteca iluminada y abarrotada de libros.*) Tengo el honor de presentarle todo el fruto del espíritu humano.

DISCÍPULO.–¡Qué masa tan descorazonadora!... Todo está ya dicho... ¡Libros, libros!...¡Oh tumbas literarias!

MEFISTÓFELES.–Es como para no pensar ya en pensar...

DISCÍPULO.–Todos esos tomos en penitencia, definitivamente vuelta la espalda a la vida... tienen aire de tener vergüenza, de arrepentirse de haber sido escritos... ¡Lo que hay ahí de esperanzas, pretensiones, paciencia de insecto y furores de locos!... La de ilusiones, deseos, trabajos, latrocinios y azares que hicieron falta para acumular este siniestro tesoro de certidumbres arruinadas, descubrimientos caducos, bellezas muertas y delirios enfriados... ¡Y cuántos de esos libracos fueron concebidos con pasión, con la loca ambición de hacer olvidar a todos los demás!... Así, de siglo en siglo, se va alzando el edificio monumental de lo ILEGIBLE...

MEFISTÓFELES.–¡Vaya oración fúnebre!...

DISCÍPULO.–El silencio eterno de esos volúmenes innumerables me espanta.

MEFISTÓFELES.–Vamos... No se me desanime ya... Ahí estoy yo, junto a usted. Muy cerca. Casi en usted. Casi usted...

DISCÍPULO.–Inmenso es este osario espiritual... Todos esos libros por vencer... Todos esos muertos por matar...

MEFISTÓFELES.–Bah... Esos son unos vencidos, con sus vestidos de carnero. Pasto de gusanos. Esperan el fuego. Aquí las obras inmortales son cosas perecederas que sufren primero en el abandono la prueba de la muerte lenta. Todo cambia en torno a esas palabras cristalizadas que no cambian, y la simple duración las va haciendo insensiblemente insípidas, absurdas, ingenuas, incomprensibles... o triste y buenamente, clásicas.

DISCÍPULO.–Durar o no durar, ésa es no obstante la cuestión.

MEFISTÓFELES.–Querido, hay una manera de durar que es una manera de no durar. Fíjese, mire un poco ahí... todos esos poetas.

DISCÍPULO.–Les veo perfectamente la espalda.

MEFISTÓFELES.–Callan a coro. Por siempre.

DISCÍPULO.–¿Por siempre?... ¿Un Píndaro, un Virgilio?...

MEFISTÓFELES.–¡Por siempre! ¡Por siempre, se lo digo yo! Son gloriosos silencios. Nadie en el mundo sabe ya cantar sus cantos, tomar su voz. Todos vuestros sabios no hacen más que parodias.

DISCÍPULO.–Duran como pueden... ¿Y todo ese muro de allí abajo?

MEFISTÓFELES.–Aquí yace el Tiempo. Conservas de tiempo. Es la Historia Universal. ¡Juventud, saluda! Mírelos, tan

muertos uno como otro, el héroe y su historiador. Aquí verdad y mentira se combinan más íntimamente que música y letra. Alejandro no es menos imaginario que Teseo, y Napoleón vale lo que Hércules, ni uno ni otro algo más que papel ennegrecido y sus efectos en las molleras, donde lo que fue y lo que no viven igual juego ingenuo...

DISCÍPULO.–Me entra vértigo. Todo se confunde a mis ojos, que creen ver el Pasado en desorden... Un muladar de siglos del que se eleva a cada instante el vaho de las nostalgias, los remordimientos y las dudas, los vapores de glorias que se disipan y grandezas que se expanden. Demasiado bien veo que todas las partes se han perdido, pero que las derrotas no son al final menos indiferentes ni menos ilustres que las victorias.

MEFISTÓFELES.–¿Por qué no? Los acontecimientos son las burbujas que revientan en la superficie de esa mezcolanza que son las cosas humanas. No se les puede sacar más que escritos, sobre los que bordan lo que les apetece las gentes de bien... Fabrican causas... Todo con hilos de seda... Pero mire un poco ese otro lado. Aquí está el rincón sombrío donde están las grandes arañas.

DISCÍPULO.–(*Se acerca a descifrar títulos y nombres.*) Heráclito. Obras completas... Sólo Fausto podía tener un Heráclito en diez volúmenes in-folio... ¡Fíjese! Descartes, Tratado... ¿de la oración de la razón?... Curioso... Leibniz... Pero éste es el rincón de los filósofos...

MEFISTÓFELES.–Pues sí... Solitarios charlatanes. Combinan de cien maneras una docena de palabras con las que se jactan de componer o explicar todas las cosas. Así es como siguen el consejo que les dio un Sabio, hacerse semejantes a dioses...

DISCÍPULO.–Un Sabio... sinuoso.

MEFISTÓFELES.–El más sutil de los Sabios... No entendieron que se trataba de otra cosa bien distinta de escribir, que no es más que un medio para engañar su impotencia... Les basta con oírse unos a otros lo justo para mantener su desacuerdo, que es toda su razón de ser... El resto del juego consiste en poner de cara de ignorar lo que se sabe y saber lo que se ignora... Mire, allí hay unos cuantos orígenes del mundo y de la vida... a elegir... Pero aún hay algo mejor. La colección augusta.

DISCÍPULO.–¿De qué?

MEFISTÓFELES.–¡Ah!, ¿cómo decirle? Todos los libros sagrados, de todos los tiempos y pueblos... Cada uno decreta que todos los demás son fábulas... Pero detrás, en la sombra de la sombra de las santas verdades...

DISCÍPULO.–¿Esos libros negros?

MEFISTÓFELES.–El único saber que cuenta... El que se reserva en el fondo de la despensa... Los libros de magia... Pero venga, abra alguno.

DISCÍPULO.–Es fruto prohibido. Me está usted... tentando, ¿no?... Pero bien que me río yo de todas esas sandeces.

MEFISTÓFELES.–Es el saber oscuro... pero aquí tenemos muchas otras cosas. Piensa usted bien si cree que el arsenal del doctor contiene todas las armas. Un montón de ciencias. Yo me ahogo en él... Geoesto, geolootro, y metrías, nomías, logías, grafías, las ísticas y las áticas... En resumen, con qué nombrar todas las plantas, todos los animales, conchas, piedras y astros, con qué fabricar infinitos y espacios a voluntad, contar las gotas del mar, prever que una manzana que cae jamás volverá al árbol por sí sola, y demostrar que si una serpiente puede ser abuela de una gallina, la procesión inversa no es en absoluto razonable... Y luego...

DISCÍPULO.–Basta, basta... ¡Abajo los libros!... Todos... Las logías, las grafías, las nomías, ¡al diablo con todo ese galimatías!...

MEFISTÓFELES.–Inútil. El Diablo no quiere saber nada...

DISCÍPULO.–Me da vueltas la cabeza ante ese montón de todos los excrementos del espíritu... ¿cómo acabar con una montaña semejante?... Desespero. Abandono. Renuncio.

MEFISTÓFELES.–¡Mi turno!... Estoy aquí. Estoy aquí, le digo. A su lado. Muy cerca de usted. Casi en usted.

DISCÍPULO.–¿Se ha leído todo eso?

MEFISTÓFELES.–¿Yo? No sé leer.

DISCÍPULO.–¿A su edad?

MEFISTÓFELES.–En mi época, nadie sabía leer. Se adivinaba. Así es que se sabía todo. Además, personalmente le he sacado mucho partido a sustituir el conocimiento de los libros por la penetración íntima de sus autores. Todos esos escribas tienen sus miras secretas, sus límites íntimos, sus secretillos, su mala conciencia, y su duda inminente acerca del misterio de su propio valor... Es un atajo famoso, que le recomiendo...

DISCÍPULO.–No, no... me tambaleo bajo el peso de todos esos otros que han querido lo que YO QUIERO... y han podido...

MEFISTÓFELES.–¡Que no! ¡Que no! Estoy con usted... Casi en usted. Escúcheme. Yo soy su sinceridad, y la penetro y enriquezco con mi experiencia. Escúcheme... Todos esos otros ya no son nada. Aquí no hay más que una multitud de sombras vanas, y sólo usted vivo y bien vivo... Usted es el instante mismo; y alzado sobre sus pies, desde lo alto de su carne en flor, de su cabeza en la plenitud de sus fuerzas, les desafía... Cuarenta siglos de

escritos le contemplan con envidia. Valor, ¡siéntase usted el Príncipe de este día! Nada puede prevalecer frente a la potencia de la negación, el desprecio y la energía virgen del orgullo que se alzan en el corazón de un joven ambicioso que aún no ha hecho nada. ¡Qué fuerza, no haber hecho nada!... Sabe usted muy bien que nada hay tan bello como lo que no existe. ¡Ja, ja!... Lo siente, ¿eh?... Y que no hay obra tan excelente que no muestre a la aguda mirada de los celos, y bien pronto, vicios, agujeros y flaquezas bastantes como para que no desespere un amante de la fama aún por estrenar... Escúcheme: todo ese pasado, con sus maravillas usadas, gastadas y tristes, está indefenso frente a la empresa de gloria de una inteligencia en marcha...

DISCÍPULO.–Me parece que sí, que usted me está... tentando...

MEFISTÓFELES.–¿Por qué no?

Durante todo el final de la escena, Mefistófeles da brincos de gato salvaje, de réplica en réplica, en torno al Discípulo.

DISCÍPULO.–(*Aparte.*) Este ser me hace sentir ganas de huir o estrangularle... (*En alto.*) Dígame, ¿no es aquí... o un sitio como éste... donde Fausto declamó esas palabras famosas que todo el mundo sabe de memoria? (*Declama*):

He estudiado, ay, filosofía,
jurisprudencia, y medicina,
también por desgracia teología,
a fondo y con afán apasionado...

MEFISTÓFELES.–Pero sólo depende de usted que sea aquí mismo.

DISCÍPULO.–¿Conoce usted lo que viene a continuación?

MEFISTÓFELES.–¿La continuación?... Ja, ja... Pero la continuación... podría ser perfectamente... ¿usted y yo?

DISCÍPULO.–¿Qué? ¿Usted y yo? ¿Yo y usted?

MEFISTÓFELES.–¿No quiere usted ser como Fausto? ¿Dominar el espíritu por el espíritu? Se trata tan sólo de saber qué espíritu, y qué espíritu, y de ellos, cuál domina y cuál es el dominado.

DISCÍPULO.–Sí... Discúlpeme. Empiezo a creer... incluso creo cada vez más que se divierte tomándome el pelo... me hace unas insinuaciones en las que encuentro pretensiones exorbitantes, donde no faltan ambigüedades y tinieblas. Me hace promesas que serían inquietantes para su razón, o para la mía, si viera en ellas otra cosa que una forma de divertirse a mi costa que se prolonga... En fin, señor, que sigo sin saber a quién tengo el honor de hablar... ¿cómo se llama usted?

MEFISTÓFELES.–A fe que no tengo la menor idea. Son los otros, señor mío, quienes nos dan nombre. No se tiene nombre para uno mismo, ¿no? ¿Cómo me llamo? Pero si yo no me llamo nunca. Se me llama como se quiere. Ya se lo he dicho, soy el Siervo de los Siervos de sí mismos, y las gentes le dan a sus criados el nombre que les conviene. Cada uno que me interpela, apela a mí a su manera.

DISCÍPULO.–¿Y si le llamara SATÁN, ya que representamos Fausto?

MEFISTÓFELES.–¡Va por SATÁN!... ¡A sus órdenes!...

La sombra gigantesca del Diablo se proyecta sobre los muros.

DISCÍPULO.–¡Eres el Diablo!

MEFISTÓFELES.–¡Y usted muy tardo de entendederas, joven amigo!...

Mefistófeles desaparece; la sombra permanece un poco sobre el fondo.

MEFISTÓFELES.–(*Con una voz que resuena con ecos desde abajo.*) ¡Hasta más ver!... ver... ver... ver...

El Discípulo lanza un gran libro tras la sombra que se desvanece. La iluminación hace más débil. La escena recobra el aspecto del comienzo del acto.

ESCENA SEXTA

DISCÍPULO.–(*Solo. Va y viene. Intensa agitación.*) ¡Lárgate, diablo asqueroso!... ¡Vete a ti mismo! ¡Llévate tú mismo!... ¡Vaya casa!... ¡Están todos locos!... Y yo que venía aquí a buscar las supremas visiones del conocimiento... Hasta la misma casa está loca. Aquí el sueño es delicia, y la vigilia, pesadilla...

Se sienta.

ESCENA SÉPTIMA

DISCÍPULO, LUST, *que entra con su lámpara y unos cuantos libros que va a devolver a los estantes.*

DISCÍPULO.–(*Se levanta y se inclina.*) Señorita...

LUST.–¿Aún está usted ahí? ¿Solo?

DISCÍPULO.–¡A Dios gracias!... Aunque uno nunca sabe si está solo...

LUST.–Es cuestión de sentimiento. (*Silencio.*)

DISCÍPULO.–¿Acaso busca usted un libro, señorita?... No los toque... Guárdese de la inteligencia.

LUST.–No es a ella a lo que temo... Sólo venía a devolver a su sitio a estos dos o tres poetas. (*Se queda mirando un tiempo al Discípulo.*) Haría usted bien en irse a dormir, señor. Es ya muy tarde.

DISCÍPULO.–Es la hora que tiene que ser...

LUST.–¿La hora que tiene que ser?...

DISCÍPULO.–La hora que tiene que ser para que los seres que deben estar juntos se junten... Y por eso, algo le ha hecho volver aquí.

LUST.–Es muy tarde, señor... demasiado tarde.

DISCÍPULO.–Tenga piedad de mí, señorita... tengo demasiadas cosas que decirle...

LUST.–¿A mí?

DISCÍPULO.–A USTED... ¿A quién puedo confiarme, si no es a usted? Mi cabeza se pierde, y aquí no hay más que usted, la única criatura humana, aquí; una presencia de vida, una persona de verdad... y dulce, en esta casa en que no he visto más que monstruos desde que he entrado... Su Fausto me ha dejado helado. Yo que venía lleno de fe. Y me he encontrado una mirada, y una voz...

LUST.–Su mirada es mágica. Más vasta que cuanto puede verse...

DISCÍPULO.–Pues a mí me volvía cosa, me reducía al estado de especimen sin valor de humanidad, de una humanidad cualquiera, a un animal parlante... Y yo que le traía mi corazón...

LUST.–Si le conociera... Conocerle mejor es entender perfectamente que no se le puede juzgar. Es tan grande... Es forzoso que a un espíritu tan profundo, tan completo, los nuestros no puedan enseñarle nada, darle nada...

DISCÍPULO.–Eso es evidente... Pero le digo que yo le traía mi fe, mi esperanza, mi deseo apasionado de hacerle sentir todo lo bello que su genio había creado en un joven... Después de todo, ¿no era yo también una obra,

una de sus obras?... Pero ese hombre ya no es capaz ni del menor sentimiento...

LUST.–¡Él... ¡Pero si... si usted le conociera!... Si la sustancia de nuestros sentimientos en él se ha vuelto luz... ¡Él...! Pero si los sentimientos de ese ser extraordinario, estoy segura, y bien segura, son de un tono tan por encima de los sentimientos comunes... Cuando uno da forma a ciertos pensamientos, y vive a la vez en la intimidad de la nada y de todas las cosas... Pero, señor, si él tiene su bondad superior... y su ternura... muy suya...

DISCÍPULO.–¿Él?

LUST.–¡Sí, estoy segura, bien segura! ¡Su ternura!... Sí. Pero una ternura misteriosa, que emana de una inteligencia admirable de la que es como el aroma. Puede que parezca extraña. Si le ha parecido frío, distante, como ausente, es que habría alguna razón para que lo fuese, alguna idea mayor en su cabeza... ¿Pero cómo quiere usted que ese ser de universo sea incompleto, que no tenga sus lágrimas, las suyas, y su particular abandono?

DISCÍPULO.–Sea. ¡Qué bien le conoce usted...! Pero ¡el Otro!

LUST.–¡El Monstruo! ¡Ay! ¡Le he visto a usted casi en su poder!... Dormía bajo su mano, y he temblado por usted.

DISCÍPULO.–¿Por mí?... ¿De verdad?... ¡De verdad ha temblado por mí!... ¡Qué humana es usted... La única humana, entre todos esos monstruos y sus otros mundos que dan miedo, y que no son más que nuestro miedo... Porque al final me ha dado miedo...

LUST.–Eso es todo lo que puede dar ese monstruo.

DISCÍPULO.–Sí... de entrada me divertía. Andaba haciéndose el zalamero, y engatusándome. Jugaba con el ratón. Y luego me entró un malestar... sentía el horror de un poder espantoso. Todo me lo prometía él, y todo me lo

arruinaba: todo ofrecido, y todo, rebajado... me enseñó todos esos libros... ¡Ah! ¡Basta, basta de inteligencia!...

LUST.–Nunca basta.

DISCÍPULO.–Me proponía todo... pero entre todos esos bienes que pretendía que me iba a proporcionar si le escuchaba, hay uno que ahora me parece el único...

LUST.–¡El único! ¿Y cuál ese bien de bienes?

DISCÍPULO.–Uno que estoy viendo.

LUST.–¿Y qué ve usted aquí?

DISCÍPULO.–A usted.

LUST.–No. Está soñando aún.

DISCÍPULO.–Sueño y estoy despierto. Estoy despierto y sueño. Veo lo que quiero, y quiero lo que veo. Por una vez acordes, ¿no es inaudito?... ¿Lo entiende usted, señorita? Un acorde inaudito... Cierre o abra mis ojos, usted está ahí, usted misma es usted, usted es usted misma... ¿me entiende?

LUST.–¿Yo?... Es extraño... Pero si no me conoce de nada. Si me acaba de ver.

DISCÍPULO.–Pero al momento la conocía tan completamente que puedo pintarla entera en dos palabras.

LUST.–Muy rápido es usted, señor... Un vistazo le basta para penetrar los seres...

DISCÍPULO.–¡A los otros no! ¡Qué tengo que ver yo con los demás!... ¡Pero usted!... ¡Usted!... Usted me resulta transparente.

LUST.–(*Se ríe.*) ¡Otra vez!... ¿Transparente...? Para usted también. Bueno, pues cuénteme un poco... ¿qué lee usted en mí?...

DISCÍPULO.–Señorita a quien acabo de ver, a quien apenas acabo de oír, de quien no sé ni el nombre, ni nada...

LUST.–Me llamo Lust.

DISCÍPULO.–LUST... ¡qué nombre tan encantador!... ¡Lust, Lust!... ¡Cómo me gusta ese dulce nombre!... Lust, ¡oh, Lust!, se lo digo con tanta fuerza como lo siento, es usted...

LUST.–Guárdese de...

DISCÍPULO.–Digo, y veo, y siento, que es usted... simplemente... todo lo contrario de ese ser innoble, venenoso, abominable, que esta noche me ha tomado como presa de sus propósitos envenenados.

LUST.–¿Yo... lo contrario de...? ¡Vaya idea!

DISCÍPULO.–Sí. Exactamente todo lo contrario.

LUST.–Pero... yo no soy un ángel...

DISCÍPULO.–Eso espero. Los ángeles no tienen forma, ni esos ojos, ni esa voz... Ni tienen ese corazón, que ha latido de miedo y de piedad por el durmiente desconocido... Pero usted... Míreme. (*Una pausa.*) Escúcheme bien; señorita Lust, esto es grave: le aseguro y me aseguro que ya no podré pensar nunca más que en usted... Nunca más... que en usted.

LUST.–(*Como para sí.*) Eso son los consejos del Monstruo...

DISCÍPULO.–Señorita, oh, señorita... y usted, la única que puede borrar de mi espíritu el recuerdo infame, usted me dice eso...

LUST.–Perdón... ¿Pero qué le susurraría él, ese monstruo, que nos pierda a los dos?

DISCÍPULO.–Y usted me dice eso... Recapacite... Tenga piedad de mí, como acaba de tenerla... Piense en la espan-

tosa jornada que acabo de vivir, en lo que he sufrido... Ese Fausto, que me ha decepcionado, y herido, que me ha hecho otra vez nada... Y el otro, que me cazaba el alma con sus tretas y manipulaba todas mis razones para vivir. Pero está usted. Usted, la única razón, usted, la vida; usted, la humanidad; usted, mi semejante, mi hermana, más que una hermana. (*Trata de coger las manos de Lust, que le rechaza suavemente.*)

LUST.–Guárdese del amor, señor.

DISCÍPULO.–No. No me guardo, y me permito amar, amarla...

LUST.–Guardémonos del amor...

DISCÍPULO.–También usted dice eso... Pero si ese bello nombre, amor, es un canto entre sus labios. Eleva mi ser a la potencia de un canto.

LUST.–Sí, guardémonos... Demasiado sé lo que es el amor. Es un bien que hace mal... mucho mal...

DISCÍPULO.–Usted lo sabe... ¿así es que ama a alguien?

LUST.–No lo sé... Vaya a descansar, señor. Yo estoy muerta de cansancio. (*Va a salir.*)

DISCÍPULO.–¿Se va?... ¡Ay!, ¿y cree que voy a dormir, después de estos tres encuentros de hoy?... Pero éste ya acaba conmigo... (*Se sienta con aire abatido.*)

LUST.–Escúcheme, amigo mío. Amigo de una sola noche, escúcheme... No creo que estemos hechos el uno para el otro. Estoy segura... más vale que se lo diga, ¿no? Me parece usted tan verdadero, tan sencillo, tan franco, que su pureza me gana, y hablo... Créame, estoy bastante... emocionada... Sí, usted lo ve todo en mí, a su antojo, pero eso es no verse más que a usted... Me llama humana, y si yo le dijera... que hay en mí algo que me resulta

oscuro, algo a lo que nada, nada humano podría satisfacer... Usted no me disgusta... no se mueva... Si en el mundo sólo hubiera lo que el mundo ofrece a todo el mundo... de verdad, quisiera ser la que pudiera responderle... de otro modo bien distinto... Enseguida encontrará usted a alguien... seguro... Aquí, pierda dulcemente toda esperanza... Su pena me da pena... (*El se tapa la cara.*) Estás triste, amigo...

DISCÍPULO.–Y me llama usted de TÚ...

LUST.–Es para decirle adiós... (*Sale aprisa.*)

DISCÍPULO.–¡Me entrega usted al diablo!

TELÓN

ACTO CUARTO
Y ÚLTIMO
*(Falta)**

* De este acto sólo existen algunos fragmentos publicados en el tomo II de las obras completas del autor y en el *Cahier Paul Valéry,* n.º 2, 1977.

EL SOLITARIO
o
Maldiciones de universo
(*Fantasía dramática*)

ACTO PRIMERO

Un lugar muy alto. En el cielo, tantas estrellas como en un cliché de la Vía Láctea. Rocas, nieve, glaciares.

Al alzarse el telón, el Solitario tendido de bruces, casi invisible sobre una roca plana.
Tras unos momentos, se ve aparecer a Fausto y luego a Mefistófeles envueltos en sus capas, como si llegaran al término de una ascensión muy penosa.

ESCENA PRIMERA

EL SOLITARIO, FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO.–¡Ánimo!... Ya estamos.

MEFISTÓFELES.–Gracias. Estarás tú... Yo, jamás. No iré más allá ¡Qué frío tan atroz hace aquí!

FAUSTO.–Ya no hay más allá, ni más arriba ¿Estás temblando?

MEFISTÓFELES.–La altitud. No el aire.

FAUSTO.–Estamos más o menos en el cielo. A mí me valen todos los climas. No hace calor ni frío cuando se está pensando siempre en otra cosa. Venga, vete... Ya nos encontraremos de nuevo.

MEFISTÓFELES.–Lo prefiero... Tengo el mal de las alturas ¿Por qué me has arrastrado hacia lo alto?

FAUSTO.–¿Es que aún no has entendido que no hay ni alto ni bajo...! ¡Bueno, vete!

MEFISTÓFELES.–¡Atrás, Satán! ¡También tú me plantas el vaderetro en la cara! Muchas gracias. Así sea. Te dejo... Pero ten cuidado: quizá expira aquí cuanto sé y cuanto puedo.

FAUSTO.–Es decir, poca cosa... Ya nos encontraremos de nuevo.

MEFISTÓFELES.–Siempre... Te espero abajo, en lo más bajo... (*Desaparece. Su voz o el eco repiten* más bajo... bajo... bajo... *en varios tonos descendentes.*)

ESCENA SEGUNDA
FAUSTO, EL SOLITARIO

FAUSTO.–El vértigo me resulta desconocido. ¿Puede que me esté prohibido?... Puedo mirar al fondo de un abismo con curiosidad. Pero en general, con indiferencia. Sin embargo aquí, en este techo del mundo, siento una sombra de malestar... No es la altura la que me turba, ni esa especie de succión que ejercen la abrupta profundidad y su vacío. Es otro vacío, que actúa sobre otro sentido bien distinto... La soledad esencial, la rarefacción extrema de los seres... Primero, nadie; y luego, menos que nadie. Ni brizna de yerba, ni un musgo. Al cabo de sus fuerzas, la naturaleza terrestre se detiene agotada un poco más abajo. Aquí ya no hay más que piedra, nieve, un poco de aire, el alma y los astros. Cuatro o cinco palabras bastan para decirlo todo de este lugar tan alto. Que tan poco diga todo es sin duda un signo de universo. Hay enormemente nada en el Todo... ¿Y el resto?... Una pizca de polvo diseminado... ¿Y la vida? Un vestigio insensible en uno de los granos de ese poco polvo. Pero

aun ese vestigio es desmesurado para lo que contiene de espíritu ¿Por qué he subido hasta este punto crítico? ¿Lo sé acaso? La idea de alcanzar un lugar de nuestro mundo donde se pueda asomar justo la punta de la nariz fuera de lo que existe... Por debajo de mí, hormiguea ese extraño desorden de especies que se obstinan en vivir en la corteza tan delgada de escorias y escombros que envuelve nuestra tierra... Nada vivo por encima, nada vivo por debajo... Y eso pulula, se disuelve en el tiempo, se sustituye... Y eso, a veces, piensa. Lo más extraño es que el esfuerzo de eso que en esa capa ínfima piensa se aplique por entero a enmascarar o negar su condición más evidente de existencia: ¡esa delgada lámina! ¿Será que la vida no podría subsistir sino en la ignorancia de lo que es, de lo que ella misma es?... Aquí el lenguaje se embarulla, y la filosofía toma la palabra...

EL SOLITARIO.–(*Se pone en pie y aúlla un largo grito modulado.*) Ahh... ahh... ahh... ahh...

FAUSTO.–¿Qué?... ¿La soledad aúlla?... ¿Es que el silencio eterno querrá acabar consigo mismo?

EL SOLITARIO.–Ah... a... (*Larga emisión de voz modulada; luego, salmodiando.*) Jo, jo, la Noche... Aullaré, aullaré a la Noche. Le diré mi verdad, toda mi verdad... Jo... Jo... Escucha un poco.

Noche admirable, abismo de horas, eres nada...
Me río de la sombra y sus relojes...
¡Brutal como la masa, oh noche!
¡Noche, cifras, saco de granos, simientes vanas!
Con tus siglos y tus luces eres nada... nada.

FAUSTO.–Sin duda es una de las curiosidades del país... pero ese aullador resulta bastante terrible.

EL SOLITARIO.–*El firmamento canta lo que uno quiera...*

Al uno habla de Dios,
Al otro opone un silencio frío...
El pánico ante el cero... la nada asusta... jo... jo...
Y hay aún quienes se asombran,
quien se pasma ante millones en cifras y papel...
Ja... lombriz altiva de las estrellas...
¡Astros entre los cuales la luz se trueca,
sólo existe entre vosotros! ¡Pobres cielos, no sois
más que un breve asombro de hombres, polvo en la mirada!
Se regala mi ojo breve este universo,
basta su globo a la gloria infinita...
Lo cierro y me torno en la fuerza que os niega... ja...
Noche admirable, terror del sabio, virgen madre
de nobles frases y de tablas de cifras grandes,
¡oh rotación de rotaciones de rotaciones
que nos infliges el suplicio
de tus tristes repeticiones,
noche admirable, abismo de horas, eres nada!
¡Nada de nadas, nada, nada!

FAUSTO.–(*Se adelanta hacia el Solitario.)* Perdone, señor...

EL SOLITARIO.–¿Una basura? ¡Lárgate!

FAUSTO.–Perdón, señor, me he extraviado en estas montañas...

EL SOLITARIO.–¡Que no me gustas!

FAUSTO.–Pues ¿qué le hecho yo?

EL SOLITARIO.–Eres.

FAUSTO.–Sí, creo...

EL SOLITARIO.–Conque ¡largo! Eres. Manchas. Vete.

FAUSTO.–Y usted... ¿es que no es?

EL SOLITARIO.–No. Desde que no hay más que yo, no hay nadie. Vete, o te tiro abajo ¡Vete, o al precipicio!

FAUSTO.–(*En guardia.)* Perdone, caballero... Pudiera ser que su precipicio, señor mío, se viera en la embarazosa situación de tener que elegir.

EL SOLITARIO.–¡Ves perfectamente que aquí no hay sitio para dos! Si se es dos, ya no es una soledad.

FAUSTO.–Muy justo.

EL SOLITARIO.–¿Qué vienes a hacer aquí? No hay ni trigo, ni oro, ni zorras. No hay nada. La nada se ajusta a uno solo, y sólo al solo.

FAUSTO.–Están hechos el uno para el otro.

EL SOLITARIO.–Así es que vete, puesto que yo soy solo, como se es perro, o mono, o vaca. Soy el solo de mi especie, el solo, y sólo yo soy solo.

FAUSTO.–¿Usted cree? Pero mi querido señor SOLO, si así está todo el mundo. No concibo a nadie que no esté solo como... como su cuerpo. Cuando sufre usted, en cualquier parte, ¿con quién encuentra compañía? ¿Y cuando goza? ¿Y el pensamiento, no es la soledad misma y su eco?

EL SOLITARIO.–Entonces... ¿Entonces es justo al contrario?... Y yo sólo no estoy solo... ¿qué dices tú de solo? Yo soy LEGIÓN.

FAUSTO.–¡Eso es mucho! ¿Y dónde están?

EL SOLITARIO.–No se puede decir que ELLOS sean varios... Son UNO, y UNO, y UNO, que no se suman... aunque ELLOS SE compongan en perfectas armonías, tan maravillosa y precisamente diferentes son, que es imposible enumerarLES. Van a unirse, y al punto es otro lo que eso forma. Cada uno, el más bello. Cada uno, presagio, recuerdo, signo... y no un ser. Uno hay que es la sonrisa de otro; y uno, que la presencia de otro; y uno,

su mirada, y uno, su acto; y uno, incluso, uno, sobre todo, su ausencia. Y el amor de uno por otro es a su vez uno que se distingue y desprende dulcemente de uno y otro; y así... y todo es como una creación de mi inteligencia, y no es una creación de mi inteligencia.

FAUSTO.–¿Usted cree? ¿Y por qué no?

EL SOLITARIO.–Tú eres un burro. Porque no tengo inteligencia ¿Cómo quieres que la tenga, cuando ahí están ELLOS...? ¿Qué podría ser mi inteligencia cuando ELLOS están...?

FAUSTO.–*(Aparte.)* Éste está loco de solemnidad.... Mucho peor, en el fondo, que el diablo. Éste está mucho más avanzado.

EL SOLITARIO.–¿Para hacer qué, la inteligencia? ¿De qué te sirve la tuya? Para ser un burro. Quien no tiene inteligencia no es un animal. El perfecto no tiene inteligencia. Si el corazón lo tuviera, estaríamos muertos. Desde que se resiente de inteligencia, el corazón anda en pena; padece, se encoge o se acelera; debe defenderse. ¿Contra qué? Contra la inteligencia. Si la naturaleza, esa imbécil, ha debido inventarnos un poco de inteligencia, es que no ha sabido darle al cuerpo con qué apañárselas en cualquier coyuntura, sin charlatanerías íntimas y sin reflexión.

FAUSTO.–Está claro. De suerte que, si la Naturaleza hubiera tenido mucha más inteligencia, se hubiera ahorrado la poca que nos dio.

EL SOLITARIO.–Jo, jo... Se diría que empiezas a entender... Yo también he sido muy inteligente... Yo también he creído mucho tiempo que la inteligencia estaba por encima de todo. Pero observé que la mía me servía de bien poca cosa, casi no tenía empleo en mi vida. Todos mis conocimientos, mis razonamientos, mis claridades, mis curiosidades, no desempeñaban más que un papel o nulo o de-

plorable en las decisiones y actos que más me importaban... Cualquier cosa importante afecta, deprime o suprime el pensamiento; y aun es en eso en lo que se reconoce su importancia... ¡Pensar, pensar...! El pensamiento agria el placer y exaspera la pena. Cosa grave, el dolor alguna vez da inteligencia. ¿Cómo quieres que un producto del dolor no lo sea de degradación y desorden? ¿Pensar? No, ni el amor ni el alimento se han vuelto por ello más fáciles y agradables. ¿Y qué es entonces una inteligencia que no interviene en esas grandes acciones? ¡Al contrario! El disfrute de caricias y suculencias se echa a perder, corrompido, atropellado, infectado por las ideas... Yo también era muy inteligente. Más de lo necesario para adorar al ídolo Inteligencia. La mía, que no obstante era bastante buena, no me ofrecía más que la fatigosa fermentación de sus actividades malignas. El trabajo perpetuo de lo que inventa, divide, se retoma y se agita en el estrecho recinto de cada instante no hace sino engendrar deseos insensatos, hipótesis vanas, problemas absurdos, nostalgias inútiles, temores imaginarios... ¿Y qué otra cosa querías que hiciera?... Mira un poco allá arriba... ¿eh? ¡El bello cielo, el célebre cielo estrellado sobre nuestras cabezas! ¡Mira, y cavila! ¡Cavila, mínima Basura, todas las majaderías que esa granza y ese polvo han sembrado en las molleras; todo lo que han hecho imaginar, declamar, suponer, cantar y calcular a nuestro género humano... Sí, Basura, el cielo y la muerte han vuelto a los humanos pensantes más estúpidos que mis cerdos.

FAUSTO.–¿Conque también tiene puercos?

EL SOLITARIO.–Vivo de mis puercos entre mis ángeles.

FAUSTO.–¿Y dónde están?

EL SOLITARIO.–¿Mis puercos? Más abajo. En un establo, mil pies más abajo.

FAUSTO.–Podrían robárselos.

EL SOLITARIO.–¿Mis puercos? Jo, jo... No hay quien pueda meterse a eso, como no sea el diablo, y aun así... Jo, jo... Son puercos encantados, ¿sabes?... Un lote escogido: unos descienden en línea directa de los mejores ejemplares de las porquerizas de Circe, la maga; y los otros... ja, ja... los otros proceden de aquellos famosos puercos que una vez fueron rudamente perseguidos y arrojados al mar llenos de espíritus.

FAUSTO.–Sí, de unos muy activos... Tenga cuidado: todavía hay por aquí o por allá varios de los más malos buscando asilo...

EL SOLITARIO.–Pues si tienes intención de inquietarme, malgastas tus palabras. Además, tengo allá abajo una buena vigilancia... el que fuera mi inteligencia está en uno de esos cerdos, y no sufriría que otro le invadiera o le robara su bella y rellenita marrana.

FAUSTO.–¿Le deja a él el amor?

EL SOLITARIO.–Sin duda. Puesto que es inteligencia... así es que la prostitución es asunto suyo, siendo como es el principio mismo de la inteligencia. ¿A qué, a quién no se entrega ella? La menor mosca la hace desenfrenarse. Se acopla con lo que venga, y la abundancia de sus productos no testimonia más su infame facilidad. Ofrece, se ofrece, se adorna, se mira, se expone; y a veces, pone su mérito en la desnudez de su exposición... ¡Y anda que el lenguaje, su agente principal! ¿Qué es si no ese lenguaje que nos introduce no importa qué, y nos introduce en quien sea? Un proxeneta.

FAUSTO.–Pero... ¿y las creaciones del verbo, las obras maestras, los purísimos cantos, las verdades de diamante, las arquitecturas de la deducción, las luces de la palabra...?

EL SOLITARIO.–¡Hala!, ¡para el carro!... Mira que eres burro ¿Hay que volverte a demostrar que toda obra de la inteligencia no es más que una excreción, por la que se libra a su modo de sus excesos de orgullo, desesperación, codicia o aburrimiento? ¿O bien de su curiosidad inquieta, o de la vanidad que le empuja a fingir las virtudes que no tiene: rigor, pureza, certeza, dominio de sí? Si expulsa formaciones admirables, es que no puede soportarlas en sí, y que son intolerables para su verdadera naturaleza, de suerte que con claridades, bellezas y verdades, se las gasta como la carne viva cuando expulsa el cuerpo extraño que ha penetrado o se ha compuesto con ella. Eso es lo que comprendí cuando era una basura, y lo que me ha llevado a esta altura sagrada, donde al fin he encontrado... lo que en ella se encuentra...

FAUSTO.–¿Aquí?... ¿Y qué se encuentra aquí, más que hielo y usted?

EL SOLITARIO.–Si la palabra pudiera comunicarlo, sería poca cosa. Todo lo que puede decirse es nulo. Bien sabes qué hacen los humanos con todo lo que puede expresarse. Tú lo sabes. Hacen de ello vil moneda, instrumento de error, medio de seducción, dominación, explotación. Pero nada puro, nada sustancial, nada precioso y real es transmisible. La realidad es absolutamente incomunicable. Es lo que a nada se asemeja, nada representa, nada explica y nada significa, lo que no tiene duración ni lugar en un mundo o un orden cualquiera: pues una duración o un lugar le son dados a una cosa por otras que le son extrañas, y el orden exige que cuanto parece estarle sometido sea sólo el hecho de una presencia y un poder que le son indiferentes y exteriores... Así que vuelve a mirar ese desorden del cielo... Los trayectos de esos pequeños fuegos engendran la idea de un orden ¡Y los hombres aún siguen con ésas!... Pero la figura de esos trayectos es la acción de alguien que anota sus elementos, y los elabora, y construye una forma por

medio de posiciones que se excluyen. El astro no puede estar aquí y allá; pero la figura hace verlo en todos los puntos de su movimiento. Conque ¿quién ha puesto el orden? El deseo. Pero ahí no hay más que un asunto entre el que ve y quiere, y lo que ve.

FAUSTO.–Ese asunto, no obstante, marcha bastante bien. Las previsiones son milagrosamente...

EL SOLITARIO.–¡Milagro tú! La previsión, Basura, es el acuerdo entre una idea, una expectativa, y un suceso cómplice, o complaciente por completo. Eso no tiene ninguna importancia... para mí. Tú prevés perfectamente de un vistazo cantidad de cosas que se realizan. De un vistazo prevés que tal salto te hará salvar tal zanja, y que tal movimiento de tu brazo pondrá el vaso en tu boca. Todos los vivos hacen tales prodigios. De ellos están hechos. La vida es perpetua previsión. Y luego, ¿hay algo más banal que los prodigios? Mira cómo los prodiga y dilapida la naturaleza; le cuestan tan poco que todo su valor debe reducirse a vuestros asombros. La inteligencia aún se excita con esas maravillas de perra gorda, y eso es lo que me ha convencido de su debilidad. Digo de perra gorda, y exagero. Cuenta cuántas hormigas hay en el mundo, y verás como te habrían estafado si las pagaras a perra la pieza, ¡esas maravillas! Así que para el carro... Vuestras inteligencias aún son muy ingenuas, y así seguirán mientras sigan sensibles a esos efectos milagrosos, mientras la grandeza extrema o la extrema pequeñez, las máquinas de la vida, les pasmen de estupor, mientras en ellas estén la manía de la explicación y la sed de misterios, combinadas con sus instintos de gozo, lucro, estupro, poder y seguridad.

FAUSTO.–Es demasiado duro ese sermón... Cuanto más le oigo, más me parece este lugar muy alto, tan alto... que mi razón encuentra el aire demasiado raro, y se siente desfallecer.

EL SOLITARIO.–¡Vete, no te he dicho nada que no hubieras podido sacar de ti mismo, si no fueras basura e imbecilidad! ¡Vete, vuelve a las cloacas! ¡Vamos, aprisa! ¡Que como te quedes una pizca más, nada, serás presa del mal de las montañas! Mis Amigos van a llegar... ¡Vete! Vuelve a caer, sigue a tu peso, señor no se quién...

FAUSTO.–Lamento dejarle. Pero verdaderamente más vale que siga usted rigurosamente solo. Adiós... (*Aparte.*) De verdad que me gustaría ver la continuación de esta locura. (*Hace ademán de descender y se disimula tras una roca.*)

EL SOLITARIO.–(*Hace gestos de maldecirle, luego se echa de bruces, se vuelve a levantar y se pone a vociferar con los brazos extendidos.*)

¡A mí, esplendor de lo puro, a mí, pueblo soberbio,
potencias del instante, santa diversidad!
¡Venid!, ¡altas virtudes, sonrisas sin rostro!;
Sonad, voz sin palabra y palabra sin voz,
Reíd, risas de nada, sois el fin de cuentas,
Reíd, la noche es nada, reíd, el día es nada,
¡pero vosotras!
Tropel sin cuento, que no incontable,
vuelo de gozo y placeres sin carne,
potencias sin prodigios, fuerzas sin forma,
aniquilad misterios, enigmas y milagros,
vosotras que me curasteis del número de los soles,
del asombro de las sombras y de las abejas,
del pasmo ante el espejismo infinito...
Grandes amigos sin cuerpos ni almas,
mejor que serafines, mejor que concubinas,
que me guardáis de mi cuerpo y me guardáis de mi alma,
que me guardáis del tiempo, del sexo, del sueño,
del deseo y la nostalgia y de la vida,
de todo cuanto fue y de cuanto puede,

de eso que conoce, y de eso que siente;
de mí mismo, a quien odio como una esposa,
de muerte que no sea una de vosotras.
¡Pasad, vientos soberbios, a mí!
¡Acamad en mí todo trigal,
arrancad las riendas del saber,
hollad las flores de mi pensar,
tronchad las rosas de mi sentir,
y todo cuanto no sea digno de no ser!
¡Quiero que el aire helado en que alentáis me lave
la falta cometida antes que nada fuera!
¡Aprisa!, ¡dadme prisa!,
es la hora, es tiempo de que me vuelva lobo!
¡Ah... aaah... ah!
(*Lanza un gran grito y se tumba de bruces.*)

FAUSTO.–¡Oh!... Y pensar que hay hombres en el mundo capaces de tomarse por cualquier cosa... ¡Qué monstruo de buen juicio este individuo terrible! Hasta él, ignoraba que pudiera existir una especie más allá de la demencia... Es un descubrimiento. Y verdaderamente es peor que el diablo. Él es otra cosa totalmente distinta... ¿Qué pueden ser esos amigos indescriptibles que invocaba? Pero ¡vaya cierzo! Estoy borracho de frío. Son ellos que pasan, sin duda. Me noto el cerebro cogido, hecho un bloque de hielo.

(*Se dispone a descender. El Solitario, que ha oído sus pasos, se levanta, corre hacia él y le salta a la garganta.*)

EL SOLITARIO.–¡Basura! ¡Estaba ahí!

FAUSTO.–Pero si ya me voy... (*Se enzarzan. Lucha desesperada. Fausto es precipitado al abismo. Ruido de caída.*)

EL SOLITARIO.–¡Vete!... Cae como una basura... Ahh ahh...¡Al lobo!¡Al lobo! ¡Ahh!

TELÓN

INTERMEDIO

LAS HADAS

De la oscuridad se ve emerger un interior que tiene algo de gruta de prismas basálticos, de palacio fantástico y de bosque viejo. Enormes troncos y sus multiplicados ramajes retienen en sus ramas nudosas las masas cristalinas, forman un sistema de arquitectura cerrado que poco a poco se ilumina con una luz plateada.

Al alzarse el telón, Fausto está tendido, desmayado, sobre un bloque cubierto de una alfombra de extraña riqueza, que se extiende ampliamente por el suelo.
A su alrededor están las Pequeñas Hadas, en grupos y alineadas, listas para empezar su ronda. Junto a él, las dos Grandes Hadas. Una le sostiene la mano; la otra, inclinada sobre su cara.

FAUSTO, HADAS PRIMERA Y SEGUNDA, PEQUEÑAS HADAS

LAS PEQUEÑAS HADAS (*muy rítmico, casi cantado*)

PRIMER GRUPO.–
¡Si paso el dedo
por su nariz,
su alma lo troca
en mosca así!
¡Y si su boca
cuando la toca
sonríe aquí...
¡vive, sí!... ¡sí!

SEGUNDO GRUPO.–
¡Ha movido su meñique!
¡Pellizca, hazle sufrir!,
y sus ojos ha de abrir,

y el habla le ha de venir,
¡todo antes que morir!

PRIMER GRUPO.–
Muchas hebras por coger,
¡su alma no se le irá!,
todo tiene algún apaño,
sea carne o sea paño.
¡Por su linda cara un beso
plantadle y le hará bien eso!

(*El Hada Segunda se inclina sobre Fausto y le besa largamente en la boca.*)

SEGUNDO GRUPO.–
Todo tiene algún apaño,
salvo el tiempo malgastado,
si queda una chispa leve,
ese beso que ahora os debe,
Señora, será pagado.

(*Fausto se incorpora un poco, y como en sueños, o con los ojos cerrados, devuelve el beso.*)

PRIMER GRUPO.–
¡Mirad, que ha devuelto el beso!
¡Ya está a salvo, ya está preso
en el anzuelo otra vez!
¡Se sacude como un pez,
Señora, señora!
¡Aún está el títere entero,
devolvió el beso primero,
Señora!

GRUPO SEGUNDO.–
Si huye la muerte
al recordar,
y reponerte
le hace temblar,

vendrá al reclamo
de entre los muertos
siervo con amo,
alma con cuerpo.

TODAS LAS HADAS.–(*Prestissimo, muy rítmico*)
De cuanto supo,
cuanto le cupo,
cuanto emprendió,
cuanto cumplió,
si yo me empeño,
ni un pelo al dueño
le ha de faltar.

(*Todas las Hadas van a colocarse entre el decorado. La luz se hace sensiblemente más tenue. Fausto rebulle, se pone en pie palpándose el cuerpo.*)

FAUSTO.–¿No?... ¿o sí?... ¿Muerto? ¿Muerto, o vivo?... ¿Sí? ¿O no?

LAS HADAS.–(*En sordina.*) Sí, sí, sí...

FAUSTO.–Parece como si hubiera una mayoría confusa a favor del sí... hay un sí en el aire... Así que la cosa se habría pospuesto aún, y la muerte no estaría asegurada. A menos que... ¿no será la muerte precisamente esto? Es posible, puesto que no tengo experiencia al respecto. La elección sigue en pie. Pero ¿para quién? Pero... ¿acaso sufro? Ahí está todo. Esa es positivamente la única cuestión: sufrir, o no sufrir. El resto es filosofía. Lujo. Me noto algo, por aquí; y por aquí. Un poco en la cabeza; y bastante en los riñones. Bueno; ese mal es más una señal de un bien. Signo de vida. Bueno. Si es que vivir es bueno... ¡En pie! No se ve nada claro, aquí. Pero tampoco veo precisamente mucho hacia atrás: el pasado está tan ausente como el presente. Me encuentro añicos de pensamiento, esquirlas en una herida del entendimiento. La

cabeza ha sufrido. Pero ¿de qué? Estoy seguro, tan seguro que resulta extraño, de que algo ha debido de pasar... antes de esto. Lo que pasara ha debido de romperse no sé cómo. Es gracioso que el pensamiento pueda hacerse pedazos. Pedazos de pensamiento, juntos y revueltos... Tengo en la cabeza varios juegos batidos y mezclados... En resumen, que podría apostar a que soy, o más bien, fui... Es lo mismo. Después de todo, yo no soy más que la persona que habla... Pero que habla ¿a quién?... Sin embargo hay una verdad, y una sola. Pero ¿dónde está? He aquí una cuestión famosa... Me asomo a mi vacío. Grito en este pozo... ¡surgid, oh, verdad! Espero en vos, creo firmemente de vos que existís, y que sois única... Nada. Todos esos tasajos de inteligencia en un caos actual. Mi verdad se desprende bien despacio de ese picadillo, picadillo, picadillo... ¿Igual comí anoche algo pesado? ¿Ayer? ¿Ayer, qué? Si me interrogara un juez... me vería en un buen aprieto como tuviera que mentir al momento... Esperemos... Cuento con que un poco de tiempo... durar es ungüento mágico que cicatriza ¡tantas heridas! Sí, un poco de tiempo debe rehacerme un verdadero pasado, un pasado como es debido, correcto, decentemente histórico; con su perspectiva, sus inscripciones, sus cifras y unos cuantos monumentos o sucesos de mis diferentes edades. Paciencia. Eso sale. Es cosa de poco. Un pasado lo tiene todo el mundo. Cuestión de imaginación, en resumen... Sí, bueno, pero primero me haría falta un NOMBRE... eso es indispensable. En general, uno tiene un nombre. Uno consigo mismo nunca piensa en él. Pero en este caso particular, tengo necesidad de un nombre.

EL HADA PRIMERA.–(*Que se ha adelantado frente a él, le sopla.)* ¡Fausto!

FAUSTO.–¿Fausto? Fausto... ¿por qué no? Me viene esa palabra. Es un nombre. Es buena idea. Al fin sé algo: que ha

habido un tal Fausto. Y eso insinúa que quizá sea yo, Fausto: que hay probabilidades a mi favor de ser Fausto, y de serlo cada vez más. Tiendo a Fausto, Fausto... ¿Fausto? Pero es un nombre muy conocido. Montones de historias... Bueno. Si soy Fausto, tengo entonces un pasado definido... Y por último ha debido sucederle algún mal caso a... Fausto.

EL HADA SEGUNDA.–(*Le sopla.*) El Loco, El Solo, allá arriba...

FAUSTO.–¡Ah, ya...! El Loco, El Solo, El Lobo... Oh, gracias, memoria de mí ¿o de Fausto? ¡Eres mi madre, Memoria! Me alumbras... Finalmente, heredo una parcela de pasado. Y ahora se va precisando cierto fulgor de catástrofe. Sí, El Loco de Lo Alto; ¡ese monstruo era fuerte como la muerte! Me empujaba. Gritaba. Resbalé, rodé... Aquello estaba rodeado de precipicios. Debo de estar al fondo de alguno. Muerto, entonces. Es lógico. ¿Muerto? Sí... sí. Pero ¿y el beso? Ha habido un beso. Muy bueno. Muy fresco. Un beso muy... poderoso. Ahí está, aún. El beso vino antes del Loco. Naturalmente. Es lógico. No puedo haber sido besado al vuelo, rodando desde las alturas del Loco... Ah, he aquí un buen pedazo de verdad pura. Bien reconstruida. Con cronología, lógica, y todo el pasado bien montado. Al fin salgo de mi prehistoria... Bien. Pero pasemos en este instante de la verdad a la realidad. La realidad, ésa es la cuestión, de entrada: ¿dónde?... ¡Eso sí que es una buena pregunta! ¿Dónde se está? El Cómo y el Porqué se verán más tarde. Pero muerto o vivo, estoy en alguna parte, venido de algún lugar ¿Dónde? Ahora bien, no veo ni gota. Si esto es el abismo de la muerte, está francamente mal iluminado... (*Se hace la luz, dorada.*) Luz, ¡oh, luz!... Al fin te decides a ocuparte de mí... Memoria y luz, la humanidad fáustica hace progresos inmensos: el pasado, el presente, todo acude a

ella, todo se aclara. Mis ojos tienen sed de cosas. Esta noble claridad les resulta dulce como el agua pura. Es bello esto. ¿Qué es? ¿Caverna?, ¿templo? No. ¿Bosque? No... Es el fondo del mar... Es absurdo, no hay ni gota de agua. ¿Templo viviente? ¿Bosque petrificado?... A veces la naturaleza se divierte en hacerse la artista, en hacer creer que puede trabajar con las manos siguiendo una idea... Y a veces los hombres intentan dar forma en el espacio de una vida, con sus planes y sus manazas, a algo en lo que ella mete miles y miles de siglos para producirlo sin sombra de pensamiento. Eso crea graves malentendidos... pero acaso haya cosas que no sean hijas de la naturaleza ni de la acción... Nada prueba que no puedan existir más que dos modos de fabricación y dos fábricas... Ahora bien, si... jo, jo... tú, me parece que razonas... yo razono. Luego...

EL HADA PRIMERA.–(*Sobre dos notas.*) ¡Fausto, Fausto!

FAUSTO.–¿Fausto? Ése es yo, ¿no?... Ése es yo que pienso y yo que soy. He aquí una verdad general. Y como aplicación particular hipotética, yo que puede ser que sea Fausto... Y ahí ¿quién es?

LAS HADAS PRIMERA Y SEGUNDA.–(*A una.*) ¡Fausto, Fausto! (*Se acercan a él.*)

FAUSTO.–¡Oh! ¡Qué guapas son! ¡Qué amables sois! Venid mucho más cerca, ¡ya soy menos muerto, damas inesperadas! Cierto gusto por vivir aparece con vosotras.

LAS DOS HADAS.–(*A una.*) Fausto, Fausto...

FAUSTO.–¿Conque me conocéis hasta el punto de reconocerme? ¿Dónde estoy entre vosotras? ¿Con cuál nombre nombraros, a VOSOTRAS que sabéis mi nombre?

HADA PRIMERA.–De niño te conocí.

FAUSTO.–¿Tú, Muchacha? No.

HADA PRIMERA.–*Yo te he visto de Niño. Cuando era esa hora*
en la que hacia el sueño se escora,
rendido entre inmensas orillas,
el Niño entre el cuento y la sombra,
y zarpa en su mágica alfombra
su noche a nuestras maravillas:
las carrozas de fuego aladas
por dragones de oro escoltadas,
y los dones que damos,
los hechizos que echamos
con una varita encantada,
y al cucurucho enroscada
la sabia nodriza serpiente,
las faldas de ratón, la pluma reluciente,
los sayos de pobreza o los sombreros de rosas,
los trajes con colas gloriosas,
bordados color día y púrpura flamante,
con que vestimos al instante...

FAUSTO.–*Si doy fe a mis oídos, que duermo es cosa cierta.*

HADA PRIMERA.–*No, que quien mira bellas maravillas despierta.*
Lo ordinario es lo que es dormitar incesante,
runrún de la máquina humana
que otra vez se repite vana
lo monótono y semejante
del rodar del sol constante.
¿Sin la sorpresa, qué hais de ser?
No luce el genio sin romper
la semejanza del pasado.

FAUSTO.–*Mi niñez está lejana.*

HADA PRIMERA.–*Jamás ha terminado.*

FAUSTO.–*Viví, o más que eso, vencí más de un pesar,*
rompí toda esperanza, y todo bien gasté,
a la virtud vicio mezclé...

HADA PRIMERA.–*Lo que fue nada es. Y tú nunca has vivido.*
Corta ese sedal, rompe con la memoria,
pues se cumplió, no seas presa ya de la historia.
Cuanto ser se pudiera, nuestro arte lo ampara,
Que no hay dicha, pena o gloria,
favor por tarde que llegara,
que al cabo en prematuro no sepamos trocar.
Mis hermanas sutiles hilanderas de azar,
desanudan los nudos que el durar anudara,
y del tiempo recobran cuanto él se cobrara.
Y no es vano el lamento, la nostalgia impotente,
que el más dulce sentido se reaviva en la fuente.

FAUSTO.–*En cuál encantamiento… ¿en dónde he ido a caer?*

HADA PRIMERA.–*En tal abismo que otro vendría a perecer.*
Mas no todos son tú. Y abismos hay en donde
Fortuna lanza y colma a las víctimas que esconde.

FAUSTO.–*Vosotras me colmáis, bellas que me acogéis*
y gracias a vuestro conjuro
del fondo de una sima abismo sin par hacéis,
en que he de recelar o sueño o lazo oscuro.

HADA SEGUNDA.–*Tú que morir debías, nada hay tan fatal*
que no lo rinda algún encanto.
Como el amor hace de un llanto
poema puro de cristal,
fundir puedo en tus penas un alma nueva al vuelo,
yo que así tu caída volví en golpe de suerte.
A ti sin mí te tendría la muerte,
mío eres pues, si yo te lo revelo:
Yo te di, sí, con mi beso el regreso
a la luz y..(a media voz) tu boca lo volvía
sin saber, como devuelve el beso
amor que en pleno día aún del sueño preso
sueña lo que en sombras tan tierno vivía.
Ya tan sólo en tu rostro ceniza se ofrecía,

alma ebria de nada al borde de la nada,
tu carne a ti ya sólo por un aliento atada...
Yo fui a besar tu boca indefensa.

FAUSTO.–*¡Oh niña, sí!, y fue tan bien besada*
que debí dar otro a cambio, ¡oh hada!,
como el Niño lo da, que no lo piensa.
Mas cobré al fin las fuerzas para ser yo sin par.

HADA SEGUNDA.–*¿Y quién es tú?... ¿Conoces quién puedes ser mejor?*
Sólo él es, tú ya no eres... aquí más que el señor.
Dispón que en más dichoso te hagamos hoy cambiar,
en Fausto al que el exceso hubiera hecho aprender.
¿Quieres ser otra vez, como rey regresar,
corazones y tiempos seducir y vencer?

FAUSTO.–*¡Qué tronos tu mirada en mis ojos hace arder!*
Mas Musa a la que escucho, y Gracia a la que veo,
oír tu voz me basta, tan pura que ya creo,
de tan transparente, y honda,
ver lucir tu promesa cual joya bajo la onda,
y salvo en tal dulzura, a tu arcano saber
como mínimo igual, no hay ya en nada poder.
Tus labios imperiosos son los de una hechicera
que al hablar besara y que al besar dijera,
y siento a pesar mío que me vuelve ambicioso
la tierna autoridad de tu cuerpo precioso.
Y todas tus palabras, que son cual pedrerías
ideales que ríen en umbral de hermosura,
excitan en mi pecho antiguas fantasías....
Mas muertos mis laureles, secas las rosas mías,
ya a todo cuanto quise le he dado sepultura,
¿y aquí agitas tu antorcha, en esta sombra oscura?
¡Oh sombríos tesoros, oh infiernos, oh memoria!,
de nuevo cobrar tierra, de nuevo alzar mi gloria,
sabiendo cuanto sé, revivir duro y cierto,

no vivir ya un desorden de intentos sin concierto,
mas esta vez saltarle, el alma toda armada,
potencia virginal y por todo informada,
al mundo al corazón, y con soberbia mano,
vencer hombre y mujer, y a todo dios humano...

HADA SEGUNDA.–*Cuanto un mortal pudiera querer más extremado,*
cuanto debe pintarse de sí el enamorado
que arde por llegar a toda su grandeza,
¡todo ante ti palpita, el oro y la pureza
de las puras, el alma de la masa sumisa
que informe brinda al pie de bronce que la pisa
un vino tinto en gloria como en sangre bullente.
Di una palabra... Ni eso... ¿Tu silencio asiente?

FAUSTO.–*Interroga y aguarda que le instruyan mejor,*
que no soy yo de esos que seduce el favor,
y que cierran sus ojos cuando les llueven dones.

HADA SEGUNDA.–*Tanto bien te deseo que atiendo a tus razones.*
He ahí mi primer don. En las prisiones duras
de un sino que reserva a humanos las ternuras,
nos complace engañar nuestro mal, complacientes
deshojando sobre ellos nuestros bellos presentes.
La incorruptible honra de una carne encantada
la turbación nos niega de la carne tentada,
indignas de morir, felices sin gozar,
nos quedan nuestros dones por modo de mimar.
Mis encantos probaron ya su raro poder.
Si me crees de ley y en mí quieres fiarte
(pues que de fe han menester
cualquier magia o cualquier arte),
yo sabré reencontrar en tus fuerzas perdidas
ésas que dejó a ciegas tu vida confundidas.
Yo devuelvo al vil plomo esplendor de oro puro,
yo reconozco al Niño detrás de un rostro duro,

y hasta la limpidez de aquel tiempo tan tierno
en la profundidad de un pensar vuelto infierno.
Yo deshago hilo a hilo tramados días viejos,
de tus pasos inquietos remonto el curso lejos,
y en ti veo nacer a la desobediencia.
Cede el tiempo a mis dedos cuanto creíste haber,
cuando sed de saber y de concupiscencia
de ti hicieron aquél que fue preciso ser.
Y tiernamente sueño con tu adolescencia.
Tus ojos que ensombrecen tantas agrias acciones,
tus ojos torturados por todas las pasiones,
no me borran la gracia de aquel muchacho tierno,
a ése que podrías renacer tú discierno,
Fausto, si en mí confías y me crees de ley,
¿quieres volver a ser, regresar como rey?

FAUSTO.–*Sólo sabes un cuento si me sabes entero,*
inefable es lo que es de verdad verdadero:
¡lo que cabe contar cuenta bien poco o nada!
Trae quien juega en su pecho secreta su jugada,
mas ve en triunfo y derrota vanos lances del juego,
sólo sabe que corre por sus venas el fuego,
sin querer otro bien que su vida inflamada,
sin ver cosa que no lance a tal llamarada.
Me has dado nuevo aliento y suspiro, en serio,
ante tantos tesoros, corazones e imperio.
Y un supremo placer de este mundo aún espero...
Pero mi orgullo ha roto mi placer por entero.
Si fue cuanto fue sólo derroche y ruina inmensa,
me importa aún menos qué traerá el tiempo consigo.
¿O piensas que mi orgullo quiera en recompensa
rostros de hombre por testigo,
regresar a su escena y revivirme en paga,
fuerte ante sus ojos, yo,
cada vez más rebelde a cuanto les embriaga,
a quien no venció el cielo ni el infierno venció,

ni la tibia delicia de los cuerpos fundió?
Yo no abomino en mí de esa amargura suma,
no haber sabido hallar fuego que me consuma,
de cualquier esperanza me siento desligado,
como de ese pasado del que todo he olvidado,
crímenes y fervores, mis virtudes ahogadas,
tanto triunfo tan vil de carnes que entregadas
rindió el mundo en mí a tanto demonio tan perverso.
No, no... no malgastéis vuestros favores, Hadas
Por muy grande poder que en mí halléis inmerso,
no logrará que tome gusto al Universo.
No hay cuidado ya en mí de ninguna aventura,
supe al ángel vencer, al demonio engañar,
sé de más para amar, sé de más para odiar,
y no aguanto ya más ser una criatura.

HADA SEGUNDA.–*Al fin, tú mandas, ay... y te hemos de acatar.*

HADA PRIMERA.–*Que la naturaleza sólo es nuestra por ventura,*
esclavas de palabras como de enigmas ciegos,
y el que las tiene manda y reina en nuestros juegos.
En la metamorfosis tienen ellas poder,
tú que lo sabes todo, lo debías saber.

FAUSTO.–*¿Sé yo alguna tan certera?*

HADA SEGUNDA.–*Sólo sabes negar.*

HADA PRIMERA.–*Fue un no tu voz primera...*

HADA SEGUNDA.–*Con ella has de acabar.*

TELÓN

APÉNDICE

LE SOLITAIRE
(pasajes en verso)

[p. 119]
Nuit admirable, abîme d'heures, tu n'es rien...
J'insulte l'ombre et ses horloges...
Bête comme la foule, ô nuit!...
Nuit, nombres, sac de grains, semences vaines!
Avec tes siècles et tes lampes... tu n'es rien... Rien, rien, rien...

[p. 119-120]
Le firmament chante ce que l'on veut...
A l'un parle de Dieu
A l'autre oppose un froid silence.
La panique devant zéro... Le rien fait peur.. Ho...Ho...
Et il en est qui s'émerveillent,
Qui s'éblouissent de milliards en chiffres sur papier...
Ho...Ho...Haute vermine des étoiles...
Astres entre lesquels la lumière s'échange,
Elle n'est qu'entre vous! Vous n'êtes, pauvres Cieux,
Qu' un peu d'étonnement des hommes, poudre aux yeux!
Mon petit oeil s'offre cet univers,
Un oeil suffit à la gloire infinie...
Je le ferme et deviens la force qui vous nie... Ho, Ho...
Nuit admirable, effroi des sages, Mère vierge
De phrases nobles et de tables de grands nombres,

Ô rotation de rotations de rotations,
Qui nous infliges le supplice
De tes mornes répetitions,
Nuit admirable, abîme d'heures, tu n'es rien!
Rien, rien, rien, rien!

[p. 127-128]
A moi Splendeur du pur, à moi, peuple superbe,
Puissances de l'instant, Sainte diversité!
Venez! Hautes Vertus, sourires sans visages;
Sonnez, Voix sans parole et Parole sans voix,
Riez, Rires du rien, ce rire est le total du compte,
Riez, la nuit n'est rien, le jour n'est rien,
Mais VOUS!
Troupe sans nombre et non pas innombrable,
Vol d'une jouissance et voluptés sans chair,
Forces sans formes, puissances sans prodiges,
Exterminez mystère, énigmes et miracles,
Vous qui m'avez guéri du nombre des soleils,
Des stupeurs devant l'ombre et devant les abeilles,
De l'éblouissement du mirage Infini...
Mes grands amis sans corps ni âmes,
Mieux que des séraphins, mieux que des concubines,
Qui me gardez contre mon corps, contre mon âme.
Contre le temps, contre le sexe et le sommeil,
Contre la vie et le désir et le regret,
Contre tout ce qui fut et tout ce qui peut être,
Contre ce qui connaît et contre ce qui sent;
Contre moi-même, que je hais comme une épouse,
Et contre toute mort qui ne soit pas Quelqu'un de Vous.
Oh... Passez en moi, Vents superbes!
Couchez en moi toutes les herbes,
Rompez le ronces du savoir,
Foulez les fleurs de ma pensée.
Broyez les roses de mon coeur,

Et tout ce qui n'est pas digne de ne pas être!
Je veux que l'air glacé que vous soufflez me lave
D'une faute commise avant que rien ne fût!
Hâtez-vous, hâtez moi!
Il est l'heure, il est temps que je me change en loup!
Ah...aâ... â...

[p. 129-131]
Si je lui gratte
Le bout du nez
C'est une mouche
Dans son esprit!
Si je lui touche
Un coin de bouche
S'il me sourit,
Il vit, il vit!

Il remue le petit doigt,
Pince-le, fais-le souffrir
Et les yeux vont se rouvrir
Et la langue revenir:
Tout vaux mieux que de mourir!

Maintes mailles à reprendre,
L'âme ne s'en ira pas!
Tout s'arrange et se reprise,
La chair comme une chemise,
Baise-le pour ses beaux yeux,
Il ira de mieux en mieux!

Tout s'arrange et se reprise,
S'il n'est pas de temps perdu,
Et s'il reste un peu de flamme,
Tout va bien pour vous, Madame,
Le baiser sera rendu.

Il a le baiser rendu!
Il est sauf, il a mordu
Derechef à l'hameçon!
Voyez-moi ce beau frisson,
Madame, Madame!
Le pantin n'est pas brisé,
Il a rendu le baiser,
Madame!

Si la mort cède
au souvenir,
Si ton remède
Le fait frémir,
Tout va renaître
D'entre les morts,
L'âme et son maître,
L'âme et son corps.

Tout ce qu'il put,
Tout ce qu'il sut,
Tout ce qu'il fit,
Tout ce qu'il vit,
Si je le veux,
Pas un cheveu
Ne manquera!...

[p. 135-140]
Je t'ai connu enfant. Je t'ai connu à l'heure
Où l'enfant que le songe effleure
Sur sa nourrice aux gros genoux,
Entre les ombres et la Fable,
S'abandonne à l'Homme du Sable,
Et tes nuits ne voyaient que nous...
Les chars de feu qui nous transportent,
Les dragons d'or qui nous escortent,

Les dons que nous faisons,
Les sorts que nous jetons
Du bout de nos longues baguettes,
Les serpents qui nous tettent
Et s'enroulent sur nos fuseaux,
Les robes de souris et les plumes d'oiseaux,
Les hardes de pauvresse ou les chapeaux de roses,
Et les traînes d'apothéoses
Brocart couleur du jour, pourpre intense de Tyr
Que nous savons vite vêtir...

Je suis sûr que je dors, si je crois mes oreilles.

Non, c'est ne point dormir: les merveilles éveillent.
L'ordinaire des jours n'est qu'un demi-sommeil
Où la simple machine humaine
Se répète ce que ramène
De monotone et de pareil
Chaque pas que fait le soleil.
Que seriez-vous sans la surprise?
L'esprit ne brille qu'il ne brise
La ressemblance du passé...

Mon enfance est lointaine...

Elle n'a point cessé.

Mais j'ai plus que vécu, surmonté mainte crise,
Consumé tous les biens, tous les espoirs perdu,
Mêlé le vice et la vertu...

Ce qui fut n'est plus rien. Tu n'as jamais vécu.
Sache du souvenir rompre le fil de soie
Et des temps accomplis cesse d'être la proie.
Tout ce qui pouvait être est remis à notre art:

Il n'est de peine ni de joie
Ni de faveur qui vînt trop tard
Que nous ne puissions pas rendre prématurée.
L'art subtil de mes soeurs, Tisseuses du Hasard,
Sait dénouer les noeuds qu'a formés la durée
Et reprendre au passé ce qu'il a pris pour part.
Le regret, le remords ne sont point sans ressources,
Et le plus doux des sens se ravive à la source.

Dans quel enchantement... Où donc suis-je tombé?

Dans un abîme tel, tel autre eût succombé.
Mais tous ne sont pas toi... Mais il est des abîmes
Où la Fortune guette et comble ses victimes.

Je suis comblé de Vous, Belles qui m'avez pris,
Et fîtes par un sortilège
Du fond d'un précipice un abîme sans prix
Dont je dois craindre ou le songe ou le piège.

Faust qui devais périr, il n'est rien de fatal
Qui ne le cède à quelque charme.
Comme l'amour fait d'une larme
Un pur poème de cristal,
Je puis de tes dégouts fondre une âme nouvelle,
Moi qui fis de ta chute una grâce du sort.
Si je ne fus, tu devais être mort:
Tu m'appartiens si je te le revèle.
Je t'ai donné le baiser du retour
A la lumière: (a media voz)*et t'ai senti le rendre*
Sans le savoir, comme le rend l'amour
Qui dort encore, et qui rêve en plein jour
De ce qui fut aux ténèbres si tendre.
Tu n'offrais déjà plus qu'un visage de cendre,
Ame ivre de néant sur les rives du rien,

Ta chair et toi n'aviez qu'un souffle pour lien...
Je vins baiser ta bouche sans défense.

Ô Fille, ô Fée, et la baisas si bien
Que j'ai dû rendre un baiser pour le tien
Sans le savoir, comme le rend l'enfance...
Mais enfin, j'ai repris la force d'être Moi.

Qui, Toi?... Tu le connais, celui que tu peux être?
Lui seul existe ici... Tu n'est plus...que ton maître!
Ordonne qu'on te change en plus heureux que toi,
Un Faust, dont les excès n'auront fait que l'instruire...
Veux-tu redevenir et reparaître roi,
Roi du temps, roi des coeurs, fait pour vaincre et séduire?

Quels trônes à mes yeux tes beaux regards font luire!
Mais, MUSE que j'écoute et GRACE que je vois,
Il me suffit d'entendre une si pure voix,
Si transparente et si profonde,
Où ta promesse luit comme un joyau sous l'onde,
Pour qu'au moins à l'égal de ton secret savoir
Rien que cette douceur soit pleine de pouvoir.
Ta lèvre impérieuse est d'une charmeresse,
De qui le baiser parle et le discours caresse,
Et je sens, malgré moi, me rendre ambitieux
La tendre autorité de ton corps précieux.
Mais chacun de tes mots, qui sont des pierreries
Idéales, riant sur le seuil le plus beau,
Irritent dans mon coeur des vieilles rêveries...
Non, mes lauriers sont morts, mes roses sont flétries,
Tout ce que j'ai voulu, je l'ai mis au tombeau,
Et tu viens dans cette ombre agiter ton flambeau!
Ô mes sombres trésors, mes enfers, ma mémoire,
Dois-je reprendre terre et rehausser ma gloire,
Revivre, dur et sûr, sachant ce que je sais,

Revivre, et non plus vivre un désordre d'essais,
Mais, c ette fois, plonger une âme tout armée,
Une puissance vierge, et de tout informée,
Au coeur même du monde... Et de mes fières mains,
Vaincre l'homme et la femme, et tous les dieux humains...

Oui, tout ce qu'un mortel peut souhaiter d'extrême,
Tout ce que doit se peindre un amant de soi-même
Quand il brûle d'atteindre à toute sa grandeur,
Tout devant toi palpite, et l'or, et la pudeur
Des plus pures, et l'âme informe de la foule
Qui, sous le pied d'airain du héros qui la foule
Prodigue un vin de gloire, épais comme du sang!
Parle... Un mot... Même pas... Ton silence consent?

Mon silence interrogue: il attend qu'on m'instruise.
Je ne suis point de ceux que la faveur séduise
Et qui ferment les yeux quand pleuvent les bienfaits.

Je te veux tant de bien que je te satisfais.
C'est là mon premier don. Captives que nous sommes
D' un sort qui nous défend des tendresses des hommes,
Il nous plaît de tromper la mal dont nous souffrons
Par ces présents de fée effeuillés sur leurs fronts.
L'incorruptible honneur d'une chair enchantée
Nous refusant l'émoi de toute chair tentée,
Trop heureuses sans joie, indignes de périr,
Nos grâces comblent ceux que nous pensons chérir.
Mes charmes t'ont prouvé leur étrange énergie:
Que si tu veux me croire et te fier à moi
(Car il n'est d'art ni de magie
Qui ne demande quelque foi),
Je te retrouverai dans tes forces perdues
Celles qu'aveuglément ta vie a confondues.
Je sais rendre au plomb vil la lueur de l'or pur,

Je reconnais l'enfant dans le visage dur,
Et la limpidité des premières années
Parmi la profondeur des amères pensées.
Je défais, fil à fil, la trame des vieux jours;
De tes pas inquiets je remonte le cours,
Et je vois naître en toi la désobéissance.
Le temps cède à mes doigts ce que tu crus tenir
Quand la soif du savoir et la concupiscence
Firent de toi celui qu'il fallut devenir.
Je songe avec tendresse à ton adolescence.
Tes yeux, qu'ont assombris tant d'âpres actions,
Tes traits qu'ont tourmentés toutes les passions
Ne m'abolissent point la grâce du jeune être.
J'y distingue celui que tu pourrais renaître,
Faust, si tu veux me croire et te fier à moi.
Veux-tu redevenir et reparaître en roi?

Si tu sais tout de moi, tu ne sais qu'une fable.
Le véritable vrai n'est jamais qu'ineffable:
Ce que l'on peut conter ne compte que fort peu!
Le joueur garde au coeur le secret de son jeu,
Mais la perte et le gain lui sont des passes vaines:
Il ne sait que le feu qui lui court dans les veines:
Sa violente vie est le seul bien qu'il veut,
Lui qui ne voit d'objet qu'il ne jette à ce feu!...
Tu m'as rendu le souffle et crois que je soupire
Après tous ces trésors, et les coeurs, et l'empire,
Et que j'espère au monde un suprême plaisir...
Mais mon esprit superbe a défait le desir.
Si ce qui fut ne fut qu'une absurde dépense,
Ce que soit l'avenir m'importe encore moins.
Crois-tu que mon orgueil veuille pour récompense
Prendre les hommes pour témoins,
Remonter sur leur scène et fortement revivre
A la lumière de leurs yeux,

Moi, toujours plus rebelle à ce qui les enivre,
Moi, que n'ont pu gagner ni l'Enfer ni les Cieux,
Ni fondre la tiédeur des corps délicieux?
Je ne hais pas en moi cette inmense amertume
De n'avoir pu trouver le feu qui me consume,
Et de tous les espoirs je me sens délié
Comme de ce passé dont j'ai tout oublié,
Mes crimes, mes ferveurs, mes vertus étouffées,
Mes triomphes de chair de tant de vils trophées
Que le monde a livrés à mes démons divers...
Non, non... n'égarez point vos complaisances, Fées...
Si grands soient les pouvoirs que l'on m'a découverts,
Ils ne me rendront pas le goût de l'Univers.
Le souci ne m'est point de quelque autre aventure,
Moi qui sus l'ange vaincre et le démon trahir,
J'en sais trop pour aimer, j'en sais trop pour haïr,
Et je suis excédé d'être une créature.

Hélas!... Nous ne pouvons enfin que t'obéir...

Que si nous disposons de toute la nature
C'est esclaves de mots pour nous mystérieux:
Qui les possède règne et commande à nos jeux.
La Parole a pouvoir sur la Métamorphose,
Tu devrais le savoir, toi qui sais toute chose.

Sais-je l'un de ces mots?

Tu ne sais que nier.

Ton premier mot fut NON...

Qui sera le dernier.

DIÁLOGO DEL ÁRBOL

LUCRECIO.–¿Qué haces ahí, Títiro, amante de la sombra, a tus anchas bajo este haya hasta perderse tus miradas en el oro del aire tejido de hojas?

TÍTIRO.–Vivo. Espero. Mi flauta está lista entre mis dedos, y yo me vuelvo semejante a esta hora admirable. Quiero ser instrumento del general favor de las cosas. Abandono a la tierra todo el peso de mi cuerpo: mis ojos viven allá arriba, en la masa palpitante de la luz. Mira cómo el ÁRBOL, por encima de nosotros, parece gozar el ardor divino del que me resguarda: su ser en pleno deseo, con certeza de esencia femenina, me pide que le cante su nombre, y que le dé figura musical a la brisa que le penetra y dulcemente le atormenta. Espero a mi alma. Esperar es de gran valor, Lucrecio. Sentiré sobrevenir el acto puro de mis labios, y todo cuanto aún ignoro de mí, prendado del haya, se estremecerá en murmullos. ¡Oh Lucrecio!, ¿no es milagro que un pastor, un hombre olvidado de su rebaño, pueda verter a los cielos la forma fugitiva, algo así como la idea desnuda del Árbol y el instante?

LUCRECIO.–No hay, Títiro, milagro ni prodigio que la inteligencia no pueda reducir, si así lo quiere, a su propio enigma ingenuo... A ese árbol tuyo, yo lo pienso, y lo poseo a mi manera.

TÍTIRO.–Pero tú haces profesión de comprender las cosas: de este haya, sueñas con saber mucho más de lo que podría saber ella si tuviera pensamiento que le indujera a

creer comprenderse... Pero yo sólo quiero saber mis momentos felices. Hoy mi alma se hace árbol. Ayer la sentí fuente. ¿Mañana...? ¿Ascenderé con la humareda de un altar, o tendré la altitud por encima de las llanuras, sintiendo la potencia del buitre sobre sus lentas alas?... ¿lo sé yo acaso?

LUCRECIO.–No eres pues sino metamorfosis, Títiro...

TÍTIRO.–A ti te toca decirlo. Te dejo a ti la profundidad. Pero ya que esta masa de sombra te atrae como una isla de frescor en mitad del fuego de este día, deténte y atrapa el instante. Compartamos este bien, troquemos tu conocimiento de este Árbol y el amor y las alabanzas que a mí me inspira... Yo te amo, Árbol inmenso, y estoy loco por tus miembros. No hay flor, no hay mujer, gran Ser de multiplicados brazos, que más que tú me conmueva y arranque a mi corazón furor más tierno... Bien sabes tú, Árbol mío, que al rayar el alba vengo a abrazarte: con mis labios beso la corteza amarga y lisa, y me siento hijo de nuestra misma tierra. En la más baja de tus ramas cuelgo el cinto y el zurrón. De tus sombras tupidas alza el vuelo de repente con estrépito un gran ave, y huye entre tus hojas, y espantada me espanta. Pero la ardilla sin miedo desciende y corre hacia mí: acaba de reconocerme. Tierna nace la aurora, y una a una cada cosa se declara. Cada cual dice su nombre, pues el fuego del nuevo día la despierta a su turno. El viento naciente da sonido a tu alto ramaje. Pone en él una fuente, y yo oigo el aire vivo. Pero es a ti a quien escucho. ¡Oh confuso lenguaje, lenguaje que te agitas, quiero fundir todas tus voces! Movidas cien mil hojas dan forma a lo que el durmiente murmura a las potencias del sueño. Y te respondo, Árbol mío, te hablo y te digo mis pensamientos ocultos. Todo, de mi verdad, todo, de mis rústicos deseos: tú lo sabes todo de mí, y los ingenuos tor-

mentos de la vida más simple, la más cercana a ti. Miro en torno a ver si estamos solos, y te confío lo que soy. Ora me confieso odiar a Galatea, ora algún recuerdo me hace delirar, te tomo por su ser y sobreviene un arrobo que locamente quiere fingir y alcanzar y asir y morder otra cosa que un sueño: algo que vive... Otras veces, empero, te hago dios. Ídolo como eres, oh haya, te rezo. ¿Por qué no? Hay tantos dioses en nuestras campiñas, y los hay tan viles... pero tú, cuando el viento se apacigua, y la majestad del Sol calma, aplasta e ilumina cuanto hay en la extensión, tú soportas en tus miembros divergentes, en tus hojas sin cuento, el peso ardiente del misterio del mediodía: y dormido en ti el tiempo no dura sino por el rumor irritante del pueblo de los insectos... Entonces me pareces una especie de templo, y no hay pena ni alegría que no dedique a tu sublime simplicidad.

LUCRECIO.–¡Oh virtuosismo! Estremecido murmuras maravillas. Te escucho y te admiro...

TÍTIRO.–No. No sabrías. Tu te sonríes de mi Árbol y sueñas con el tuyo. Para ti mi flauta no es sino juguete de la brisa, cuando la brisa se toma por unos labios de mortal: riza la superficie del instante, y entretiene el oído. Mas para el alma poderosa y profunda, ¿qué es? Apenas más que un perfume sospechado. Mi voz no sigue sino a una sombra de pensamiento. Mas para ti, gran Lucrecio, para tu sed secreta, ¿qué es la palabra, una vez que canta? Ahí pierde el poder de perseguir la verdad... Sí, yo sé lo que vale cuanto el Árbol me enseña. Me dice lo que quiere que yo quiera sentir. Convierto cuanto amo en delicias segundas, y abandono al aire lo que del cielo me viene. Nada más, y nada menos... Vamos, no espero que mi placer agote otra cosa que a mí, simple como soy. Pero tú, cargada la frente de sombras que formas, con la

esperanza de un rayo que golpeara a los dioses, tú te vuelves todo inteligencia, y cerrado a la luz, tus ojos buscan en ti el ser de lo que es. Cuanto aparece a la luz del día es nada para tu razón, y lo que nuestro árbol balbucea al viento ligero, el dulce murmullo estremecido de su cima rozada, el amplio titubeo de todo su ramaje, y todo su pueblo alado gorjeando sin cuidado alguno, ¿qué te importan a ti? Tú quieres la naturaleza de las cosas...

LUCRECIO.–Ese gran Árbol no es para ti sino tu fantasía. Crees amarle, Títiro, y no haces sino ver en él tu capricho encantador que revistes de hojas. No amas más que tu himno, y me gustas así. Del Haya solemne tomas qué cantar, los remolinos de su forma y los pájaros sonoros, su sombra que te acoge en el corazón ardiente del día, y favorecido por las Musas, celebras en tu frágil caña los encantos del gigante.

TÍTIRO.–¡Pues bien, canta tú y dicta a la naturaleza, a la tierra, los toros, las rocas y el mar; da leyes a la onda y formas a las flores! Piensa por el Universo, ese monstruo sin cabeza que se busca en el hombre un sueño de razón; mas no desdeñes al simple que te escucha. Ábrele los tesoros de las tinieblas de la verdad ¿Qué sabes de este haya un poco más que nosotros?

LUCRECIO.–Mira bien, para empezar, esas fuerzas brutas, la madera potente de esos miembros tensos: la vida ha hecho esta materia plena con que soportar el peso de un aquilón y mantenerse firme al paso de las trombas; el agua de la tierra espesa y maternal, bebida durante años profundamente, produce a la luz del día esta sustancia dura...

TÍTIRO.–Dura como la piedra, y como ella, se esculpe.

LUCRECIO.–Que se acaba en ramas que se acaban en hojas, y al cabo los hayucos, huyendo por todas partes, esparcirán la vida...

TÍTIRO.–Veo lo que dices.

LUCRECIO.–Ve pues en este gran ser una especie de río.

TÍTIRO.–¿Un río?

LUCRECIO.–Un río viviente, cuyas fuentes hunden en la masa oscura de la tierra los caminos de su sed misteriosa. Es una hidra, oh Títiro, trabada en lucha con la roca, que crece y se divide para apresarla; que más fina cada vez, movida por lo húmedo, se desmelena entera por beber la menor presencia del agua que impregne la noche maciza, donde se disuelve toda cosa que fue viva. No hay bestia repulsiva de la mar más ávida y múltiple que ese mechón de raíces, ciegamente ciertas de avanzar hacia la profundidad y los humores de la tierra. Pero ese avance procede, irresistible, con una lentitud que le hace implacable como el tiempo. En el imperio de los muertos, los topos y los gusanos, la obra del árbol implanta las potencias de una extraña voluntad subterránea.

TÍTIRO.–¡Qué maravillas me cuentas, oh Lucrecio!... Pero ¿cómo te diría con qué sueño al escucharte? Tu árbol insidioso, que insinúa en la sombra su sustancia vivaz en mil filamentos y bebe el jugo de la tierra dormida, me recuerda...

LUCRECIO.–Dilo.

TÍTIRO.–Me recuerda al amor.

LUCRECIO.–¿Por qué no? Lo que digo halla eco y penetra en tu entendimiento hacia tu alma de pastor. Así, Títiro, mi palabra ha tocado ese punto, ese nudo profundo del ser en que reside la unidad, ése desde el que irradia en nosotros, iluminando el universo con un mismo pensamiento, todo el tesoro secreto de sus similitudes...

TÍTIRO.–No sé... Tu discurso me resulta oscuro, oh Lucrecio.

LUCRECIO.–Yo me entiendo. Eso basta. Habla pues a tu modo, y de amor, si quieres. Pero no, mejor cántame esa metamorfosis... ¿Cómo en tu mente una planta que crece te hizo soñar el amor, esa necesidad de placer?

TÍTIRO.–¿Placer? No es el amor de tan simple sustancia.

LUCRECIO.–¿Y qué pretendes que sea, mejor que un instinto universal? No es sino una aguijada que el destino forja.

TÍTIRO.–¡Aguijada!... ¡Y tú dices que tengo alma de pastor!... ¡Una aguijada!... ¡Y tú haces de él nada más que el dardo de un boyero! El amor que tú concibes es sólo el del macho cabrío y las bestias del bosque. En un acceso esos brutos, ebrios de su simiente, buscan repulsivos en la estación de sus calores librar su carne de ese veneno vivo. Aman sin amor, al azar de los encuentros. Bien lo sé, como pastor que a veces se mezcla en el asunto y compone a su antojo macho con hembra, cuando quiere tener cabritillos a su gusto.

LUCRECIO.–Y héte aquí a Títiro cruzándose en el camino del destino... metes tus manos en la sombra en que la suerte tantea... haces trampa...

TÍTIRO.–¿No es ése acaso el asunto de los humanos, cuya inteligencia toda atormenta a la naturaleza, les estorba su vida, y quiere engañar a la muerte?

LUCRECIO.–No te vayas a subir a mis abstractas parras, no sea que te pierdas. Déjame a mí el aforismo y los razonamientos. Estoy esperando ese árbol y ese amor que te complaces en juntar. Si quieres, cántame cosas de tu propia cosecha. Mientras que mi oído se fía de tus canciones, temo no sacarle gusto a tu filosofía.

TÍTIRO.–Escucha pues. Esto es lo que se me viene en mente:

No es AMOR si hasta el extremo no crece,
crecer le es ley, siendo el mismo perece,
y en aquél que de amor no muere, muere.
Vive de una sed nunca cumplida,
árbol de alma que en carne arraiga y siente,
de vivir en lo más vivo la vida,
de lo amargo o lo dulce indiferente
y aun más de crueldad que de ternuras,
Gran Árbol Amor, que puntual procuras
a mis flaquezas fuerzas por cuantos
¡guarda el pecho mil hoyes que entre tantos
se hacen hoja en ti y dardo refulgente!
Mas si al sol de la dicha se abre en cantos
tu gozo henchido a los oros del día,
tu sed que va ahondándose a entretantos
bebe en sombra en la fuente de los llantos...[1].

LUCRECIO.–Eso no son versos. Tienen algo de enigma.

TÍTIRO.–Improvisaba. Es sólo un primer momento de un poema futuro. Lo que decías antes respecto a ese Árbol me

[1] *AMOUR n'est rien qu' il ne croisse à l'extrême:*
Croître est sa loi; il meurt d'être le même,
Et meurt en qui ne meure point d'amour.
Vivant de soif toujours inassouvie,
Arbre dans l'âme aux racines de chair
Qui vit de vivre au plus vif de la vie
Il vit de tout, du doux et de l' amer
Et du cruel, encor mieux que du tendre.
Grand Arbre Amour, qui ne cesses d'étendre
Dans ma faiblesse un étrange vigueur,
Mille moments que se garde le coeur
Te sont feuillage et flèches de lumière!
Mais cependant qu' au soleil du bonheur
Dans l'or du jour s'épanouit ta joie,
Ta même soif, qui gagne en profondeur,
Puise dans l'ombre, à la source des pleurs...

ha hecho soñar en el Amor. Árbol y Amor, en nuestra inteligencia pueden juntarse los dos en una idea. Uno y otro son cosa que nacida de un germen imperceptible crece y se hace fuerte, y se despliega y se ramifica; pero tanto cuanto se alza hacia el cielo (o hacia la dicha) debe descender en la oscura sustancia de lo que somos sin saberlo.

LUCRECIO.–¿Nuestra tierra?...

TÍTIRO.–Sí... Y ahí, en el mismo seno de las tinieblas en que se fundan y confunden lo que es de nuestra especie y lo que de nuestra materia viva, y lo que es de nuestros recuerdos, y de nuestras fuerzas y flaquezas escondidas, y en fin, el sentimiento informe de no haber sido siempre y tener que dejar de ser, ahí es donde se encuentra lo que he llamado la fuente de las lágrimas: LO INEFABLE. Pues nuestras lágrimas, a mi parecer, son expresión de nuestra impotencia para expresar, es decir, deshacernos por la palabra de la opresión de lo que somos...

LUCRECIO.–Lejos vas para un pastor. ¿Conque lloras siempre?

TÍTIRO.–Puedo llorar siempre. Y pastor como soy, he observado que no hay pensamiento que, perseguido hasta lo más cerca del alma, no nos conduzca a unas márgenes privadas de palabras, esos bordes mudos donde subsisten sólo la piedad, la ternura, y esa clase de amargura que nos inspira tal mezcla de lo eterno, lo fortuito y lo efímero, nuestra suerte.

LUCRECIO.–¿Y es en eso entonces en lo que meditas cuando pasas las noches de verano guardando tu rebaño que duerme, mientras toda una manada de astros, acosada aquí o allá en el horizonte por el relámpago silencioso, o atravesada por un imprevisto vuelo de meteoros, parece pastar el tiempo, y paso a paso, como pace un rebaño su camino, pacer el porvenir sin tregua?

TÍTIRO.–¿Y qué hacer? En esa hora nocturna el Árbol parece pensar. Es un ser de sombra. Los pájaros dormidos le dejan como único ser vivo. Se estremece en sí mismo: se diría que se habla. El miedo habita en él como en nosotros cuando estamos solos en la noche con nosotros mismos, por entero a merced de nuestra verdad.

LUCRECIO.–Es cierto; nada hemos de temer sino a nosotros mismos. Dioses y destinos nada pueden sobre nosotros sino por la traición de nuestras fibras sensibles. Sobre el alma inferior reinan con descuido; su poder no es un acto de la Sabiduría; pero la divinidad encuentra en débiles cuerpos, por argumento supremo, la tortura del sabio.

TÍTIRO.–Pero ¿no es el fuego el fin mismo del Árbol? Cuando todo su ser se torna en dolor atroz, se retuerce; pero se hace luz y ceniza pura antes que pudrirse, minado por aguas estancadas, roído de gusanos...

LUCRECIO.–¡Escoge entre dos males, Títiro, si puedes! Más vale no pensar en ello; ¿qué hay más inútil? Pues cuando son, ya son bastante claros de por sí... Pero si yo fuera compañero de tus noches, invisibles los dos en la sombra al pie del Árbol, reducidos a nuestras dos voces, a un solo ser al que aplasta por igual el fardo de tantos astros, te diría, te cantaría lo que me canta y me dice y me impone en el alma mi contemplación interior de la Idea de la Planta.

TÍTIRO.–Y yo escucharía religiosamente en la noche; dejaría de sentir mi ignorancia; no entendería todo lo que dijeras, mas lo amaría de tal modo, con tan gran deseo de que eso fuera la verdad, con tan gran arrobo de espíritu, que no puedo concebir dicha más segura, ni momentos más incorruptibles...

LUCRECIO.–El ser que se maravilla es bello como una flor.

TÍTIRO.–Perdóname: no he podido contenerme y te he interrumpido cuando hablabas de esa Idea de la Planta...

LUCRECIO.–¿No ves que cada planta es obra, y no sabes acaso que no hay obra sin idea?

TÍTIRO.–Pero no veo autor...

LUCRECIO.–El autor no es más que un detalle poco menos que inútil.

TÍTIRO.–Me confundes... ¡Tomas a Títiro por juguete!... Pero soy un animal que razona, y sé como tú que todo requiere causa. Cuanto es, fue hecho; todo supone a alguien, hombre o divinidad, una causa, un deseo, la potencia de un acto...

LUCRECIO.–¿Estás seguro de que nada puede ser de suyo, sin causa, sin razón, sin fin que le preceda?

TÍTIRO.–Bien seguro.

LUCRECIO.–¿A veces sueñas?

TÍTIRO.–Antes de cada amanecer.

LUCRECIO.–Como el día naciente en el granito de la estatua ilustre, al que hace resonar, así Títiro-Memnón improvisa en sí mismo con la aurora, para sí solo, cuentos maravillosos... pero tus sueños, Títiro, ¿son de algún valor? Al despertar, ¿merecen haber sido soñados?

TÍTIRO.–Los hay tan bellos... ¡Los hay tan verdaderos!... Los hay divinos... Y otros del todo siniestros... Tan extraños, a veces, que los creo formados por algún otro durmiente, como si en la noche se confundieran de ausente y de alma indefensa... Los hay crueles de haber sido tan dulces: tal dicha se rasga en el momento en que me colma, y me abandona a merced del día en la ribera de lo verdadero... mi carne toda vibra aún de amor, pero la inteligencia se niega, y fríamente contempla la agonizante

palpitación de su cuerpo... Del reptil trizado, las dos trizas se retuercen...

LUCRECIO.–Así, tú no eras por tanto sino un espectador forzado a sufrir el espectáculo. Pero ¿quién, díme, quién es pues el autor de ese drama?

TÍTIRO.–El autor... no lo sé. No encuentro a nadie.

LUCRECIO.–¿Tú?

TÍTIRO.–De seguro, no, pues esos juegos del sueño no pueden tomar forma sin que yo esté excluido de sus disposiciones: en otro caso, nada de terrores, ni sorpresas, ni encantos.

LUCRECIO.–Conque no hay ni rastro de autor. Bien lo ves, Títiro; una obra sin autor no es entonces imposible. Ningún poeta ordenó por ti esas fantasías, y tú nunca habrías sacado de ti mismo esas delicias ni esos abismos de tus sueños... Nada de autor... Así es que hay cosas que se forman de por sí, sin causa, y se hacen su destino... Por eso yo desecho, como una más de las necesidades infantiles de la inteligencia de los mortales, la lógica ingenua que en todo quiere encontrar un artista y su meta, bien distintos de la obra. El Hombre, ingenuo ante toda cosa que vea así en la tierra como en los cielos, astros, bestias, estaciones, apariencia de reglas, semejanzas de providencia afortunada o armonía, interroga: *¿Quién hizo esto? ¿Quién lo ha querido?* Creído de que todo debe compararlo a esos cuantos objetos que salen de nuestras manos: nuestras vasijas, nuestros útiles, nuestras moradas, nuestras armas... a todos esos compuestos de materia e inteligencia que nuestras necesidades engendran.

TÍTIRO.–Pero ¿tú crees captar mejor la naturaleza de las cosas?

LUCRECIO.–Intento imitar el modo indivisible... Oh Títiro, creo firmemente que en nuestra sustancia se encuentra a poca profundidad la misma potencia que produce asimismo toda vida. Cuanto nace en el alma es la naturaleza misma...

TÍTIRO.–¡Cómo!, ¿todo lo que se nos viene a las mientes sería entonces esencial?

LUCRECIO.–No todo lo que nos adviene, sino ese mismo advenir. Te digo, Títiro, que entre todo lo que vive existe un lazo secreto, una similitud que engendra tanto el odio como el amor. El semejante acaricia o devora a un semejante. Sea que coma al cordero, sea que cubra a la loba, el lobo no puede sino hacer o rehacer al lobo.

TÍTIRO.–Pero ¿es que tú podrías hacer o rehacer al Árbol?

LUCRECIO.–Te he dicho que siento nacer y crecer en mí una virtud de Planta, y sé confundirme en la sed de existir del germen que se esfuerza y procede hacia un número infinito de otros gérmenes, a través de toda una vida de planta...

TÍTIRO.–Permíteme que te interrumpa... Se me viene a las mientes una pregunta...

LUCRECIO.–Lo que iba a decirte, quizá cantarte, hubiera secado, me parece, la fuente de palabras que de golpe surge en el fondo de tu espíritu. ¡Pero habla!... Si te pidiera que esperaras, te escucharías interiormente con complacencia en vez de escucharme.

TÍTIRO.–Sí, ¿no crees, Sabio como eres, que nuestro conocimiento de cualquier cosa que sea es imperfecto si se reduce a la noción exacta de esa cosa, si se limita a la verdad, y una vez llegado a cambiar la visión ingenua en idea neta, en puro resultado de exámenes, experiencias, y todas las observancias formales que eliminan error o ilusión, se atiene a esa perfección?

LUCRECIO.–¿Qué más te hace falta, sino lo que es? ¿Y no es lo verdadero la frontera natural de la inteligencia?

TÍTIRO.–Por mi parte, creo que la realidad, siempre infinitamente más rica que la verdad, comprende en toda materia y respecto a cualquier sujeto la cantidad de cosas desdeñadas, mitos, cuentos y creencias pueriles que necesariamente produce el espíritu de los hombres.

LUCRECIO.–¿Y no quieres entonces que esa mala hierba sea quemada por los sabios, exhalando un olor grato a Minerva?

TÍTIRO.–Es que si la trasplantas y cultivas bien separada deja de ser mala; se le puede hallar algún uso. Pero esto es lo que discurro yo, un simple y un ignorante. Una vez que se tiene firmemente la verdad, y no se teme ya perderse en vanos antojos, la sabiduría debiera volver sobre sus pasos, recobrar y recoger como cosas humanas todo cuanto fue creado, forjado, pensado, soñado y creído, todos esos productos prodigiosos del ingenio nuestro, esas historias mágicas y monstruosas que nacen tan espontáneamente de nosotros...

LUCRECIO.–Cierto es, y en efecto extraño, que la verdad no pueda sernos conocida por el empleo de muchos artificios. ¡Nada menos natural!

TÍTIRO.–He notado que no hay cosa en el mundo que no haya sido adornada con sueños, tenida por signo o explicada por algún milagro, y ello, tanto más cuanto más ingenuamente pujante es la preocupación por conocer los orígenes y primeras circunstancias. Y sin duda por eso pronunció esta sentencia un filósofo del que ya no sé el nombre: EN EL COMIENZO ERA LA FÁBULA.

LUCRECIO.–¿No soy yo el que lo dijo? Pero he dicho tantas cosas que ésa es tan mía como ajena...

TÍTIRO.–¡Eres tan rico!... Pero vuelvo a mi discurso, y con él a nuestro Árbol... ¿Conoces la maravillosa historia del Árbol infinito?

LUCRECIO.–No.

TÍTIRO.–¿Y del cedro cargado de amor, no sabes nada? ¿En la isla de Xiphos?...

LUCRECIO.–Lo ignoro todo del cedro, y nada sé de la isla.

TÍTIRO.–¿Y la más asombrosa?

LUCRECIO.–Ignoro también la más asombrosa.

TÍTIRO.–La más asombrosa historia de Árboles es sin duda la de esos manzanos gigantes, de los que uno ofrecía a quien mordiera la fabulosa pulpa de sus frutos una vida eterna, mientras que el fruto de otro producía, apenas saboreado, una extraña claridad de mente en quien lo comía, que sentía invadirle una vergüenza ligada a las cosas del amor. Un rubor súbito envolvía todo su ser, y sentía su desnudez crimen y quemadura....

LUCRECIO.–¡Qué de raras combinaciones se encuentran a sus anchas en tu memoria, Títiro!

TÍTIRO.–Amo lo que me asombra, y no retengo sino aquello que sólo podría provocar olvido en la inteligencia de un sabio.

LUCRECIO.–¿Y ese árbol infinito?

TÍTIRO.–Fue en los primeros tiempos, cuando la tierra era virgen, y aún estaban por nacer el hombre y todos los animales. La Planta era dueña y señora, y revestía la entera figura del suelo. Hubiera podido permanecer como única y soberana forma de vida, ofreciendo a los ojos de los dioses el variado esplendor de los colores de las estaciones. Inmóvil por naturaleza en cada uno de sus individuos, se desplazaba como especie, ganando la exten-

sión de sitio en sitio. Era por el número de sus gérmenes, que prodigaba alocadamente a los cuatro vientos, por lo que procedía y se propagaba a la manera de un incendio, que devora cuanto encuentra por devorar; y eso es lo que aún harían hierbas y arbustos sin el hombre y sus labores. Mas lo que vemos es nada frente a lo que fue esta potencia de conquista, a saltos de simientes aladas, en esa edad heroica del vigor del vegetal. Ahora bien (escucha esto, Lucrecio), sucedió que uno de esos gérmenes, fuera a causa de lo excelente de la tierra en que cayó, o de los favores del sol, o por alguna circunstancia totalmente distinta, creció como ninguno, ¡y de hierba se hizo árbol, y ese árbol, prodigio! ¡Sí! Parece que se formó en él una especie de pensamiento y voluntad. Era el ser más grande y bello bajo el cielo cuando, quizá presintiendo que su vida de árbol se mantenía en crecer tan sólo, y nada más de crecer vivía, le advino una suerte de locura de desmesura y arborescencia...

LUCRECIO.–Por tanto ese árbol era una especie de inteligencia. Lo más alto de la inteligencia no vive sino de crecer.

TÍTIRO.–Como un atleta con las piernas separadas hace efecto contra las columnas entre las que se ha colocado, y las empuja con no menos energía con sus brazos henchidos de querer, así ese árbol vino a ser hogar de la más poderosa pujanza, forma de la fuerza más tensa que la vida hubiera producido jamás; una fuerza enorme, aunque imperceptible en un instante, que puede levantar poco a poco una roca grande como una colina o derribar el muro de una ciudadela. Se dice que al cabo de mil siglos cubría con su sombra todo el Asia inmensa...

LUCRECIO.–¡Qué imperio mortal debió ejercer esa sombra!...

TÍTIRO.–Sí, el Árbol soberano hacía la noche bajo él. Ningún rayo de sol atravesaba su follaje, en cuya espe-

sura todos los vientos se extraviaban, y su frente se sacudía las tempestades adversas como los corpulentos bueyes a las moscas vanas. Los ríos ya no existían, tanto bebía en savia del mismo cielo y de la tierra. Desplegada en el seco azul su soledad intensa, era el Árbol Dios...

LUCRECIO.–Es una aventura maravillosa, Títiro.

TÍTIRO.–Perdóname. Con toda inocencia he metido este cuento en medio de discursos más profundos y sabios que ibas a declararme acerca de nuestro propósito.

LUCRECIO.–No sé si pueda decir algo mejor que una Fábula... quería hablarte del sentimiento que tengo, a veces, de ser yo mismo Planta, una Planta que piensa pero no distingue sus diversas potencias, su forma, de sus fuerzas, ni su porte, de su lugar. Fuerzas, formas, grandeza, volumen y duración no son sino un mismo río de existencia, un flujo cuyo licor expira en sólido muy duro, mientras ese oscuro querer crecer se eleva, estalla y quiere volver a ser querer, bajo la especie innumerable y ligera de sus granos. Y me siento vivir la inaudita empresa del Tipo de la Planta: invadir el espacio, improvisar un sueño de ramajes, hundirse en pleno fango y embriagarse de las sales de la tierra, mientras al aire libre abre por grados a las larguezas del cielo millares verdes de labios... Tanto se hunde, tanto se eleva: encadena lo informe, y la emprende con lo vacío; lucha por convertirlo todo en ella misma, ¡y esa es su Idea!... ¡Oh Títiro!, me parece participar con todo mi ser en esa meditación potente, y operante, rigurosamente mantenida en su designio, que la Planta me ordena...

TÍTIRO.–¿Dices que la Planta medita?

LUCRECIO.–Digo que, si alguien en el mundo medita, es la Planta.

TÍTIRO.–*¿Medita?*... ¿Quizá se me hace oscuro el sentido de esa palabra?

LUCRECIO.–No te inquiete. La falta de una sola palabra hace que viva mejor toda una frase: se abre más vasta, y propone a la inteligencia ser un poco más inteligencia para colmar la laguna.

TÍTIRO.–No soy tan fuerte... No sé concebir que una planta medite.

LUCRECIO.–Pastor, lo que ves de un arbusto o un árbol no es sino el afuera y el instante, ofrecidos al ojo indiferente que no hace sino rozar la superficie del mundo. Pero a los ojos del intelecto la planta no ofrece un simple objeto de vida humilde y pasivo, sino un extraño propósito de trama universal.

TÍTIRO.–¡No soy más que un pastor, Lucrecio, ten consideración!

LUCRECIO.–¿No es meditar sumirse más a fondo en el orden? Mira cómo el Árbol ciego de miembros divergentes se crece en torno a sí según la Simetría. La vida en él calcula, agota una estructura, e irradia su número por ramas y tallos, y cada tallo su hoja, en los precisos puntos señalados del futuro naciente...

TÍTIRO.–¡Ay!, ¿cómo seguirte?

LUCRECIO.–No temas, sino escucha: cuando te viene al alma una sombra de canción, un deseo de crear que te agarra la garganta, ¿no sientes tu voz henchirse hacia el sonido puro? ¿No sientes fundirse su vida y tu propósito hacia el sonido deseado cuya onda te alza? ¡Ah, Títiro! una planta es un canto cuyo ritmo despliega una forma cierta, y expone en el espacio un misterio del tiempo. Cada día coloca un poco más alta la carga de sus armazones torsos, y ofrece al sol por millares sus hojas, deli-

rante cada una en su puesto según le dé el aire, y crea su inspiración singular y divina...

TÍTIRO.–Pero tú mismo te tornas en árbol de palabras...

LUCRECIO.–Sí, la meditación que irradia me embriaga... Y siento todos los muertos estremecerse en mi alma en un murmullo.

TÍTIRO.–Te dejo en ese estado admirable. Ahora he de reunir mi rebaño. Cuidado con el fresco de la tarde, que cae tan aprisa.

Una vez que se tiene firmemente la verdad, y no se teme ya perderse en vanos antojos, la sabiduría debiera volver sobre sus pasos, recobrar y recoger como cosas humanas todo cuanto fue creado, forjado, pensado, soñado y creído, todos esos productos prodigiosos del ingenio nuestro, esas historias mágicas y monstruosas que nacen tan espontáneamente de nosotros...

Antonio Machado Libros

ISBN 84-7774-634-6